

Santa Teresa del Niño Jesús Consejos y Recuerdos

Recogidos por Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina),
hermana y novicia de Santa Teresa del Niño Jesús

PROLOGO

Los Consejos y Recuerdos publicados hasta ahora a continuación de la Historia de un alma, en la edición grande, fueron entresacados de las Depositiones que las antiguas novicias de santa Teresa del Niño Jesús escribieron para los Procesos canónicos de Beatificación y de Canonización.

Esta nueva edición no contiene más que los Consejos y Recuerdos recogidos por la propia hermana de la Santa: Sor Genoveva de la Santa Faz. Conocido es ya el puesto especialísimo que ésta ocupaba en el corazón y en la vida de la Santa. Celina no era sólo su hermana según la carne: estaba destinada a ser su discípula según el espíritu. A este propósito, escribía Teresa en su Autobiografía: «Puedo decir que mi cariño fraternal se parecía más que nada a un amor de madre; estaba lleno de desvelo y de solicitud por su alma». A este respecto aun, confió el día 16 de julio de 1897 a la Reverenda Madre Inés de Jesús en una de sus últimas conversaciones lo que sigue: «Yo había hecho el completo sacrificio de mi Hermana Sor Genoveva, pero no puedo decir que no la deseaba. Muchas veces en el verano, durante el silencio de la., noche, sentada en la terraza, me decía a mí misma: «¡Ah, si mi Celina estuviese aquí cerca de mí! ... Pero no, esto sería una dicha demasiado grande...». Y me parecía algo irrealizable. Pero no deseaba esta dicha por un sentimiento de naturaleza, sino por su alma, para que ella fuese por nuestro camino... Y cuando vi que entraba aquí, y no sólo que entraba sino que me la encomendaban completamente a mí para instruirla en todas las cosas, cuando vi que Dios sobrepasaba de este modo mis deseos comprendí qué inmensidad de amor tenía Dios para conmigo...».

Estas notas subrayan el alcance de los testimonios que siguen. Su gran valor histórico se deduce de que son extractos:

1º, de las notas íntimas que, por mandato de la Reverenda Madre Inés de Jesús, había redactado Sor Genoveva, en gran parte mientras vivía aún santa Teresa del Niño Jesús. La Santa conoció estos primeros ensayos y los halló conformes a la verdad.

2º, de sus Depositiones, preparadas en orden a los Procesos canónicos, cuya substancia se resume en dichos testimonios.

Sor Genoveva de la Santa Faz ha añadido algunos recuerdos, redactados recientemente.

Las divisiones y los títulos se han añadido para hacer viable su publicación.

Cuando Sor Genoveva de la Santa Faz, poco después de la muerte de Teresa, escribió sus notas íntimas, les puso como preámbulo las siguientes líneas:

J.M.J.T.

Había leído en mi infancia la vida de los Santos. Aquellos relatos habían transportado e inflamado mi corazón, habían hecho nacer en mí aspiraciones hacia lo bello, habían entusiasmado y guiado mi juventud...

Había vislumbrado, soñado, pero nunca alcanzado, el ideal de la santidad, pues para tocar una cosa es necesario estar muy cerca de ella, y para que la admiración sea sin nubes es necesario poder imitar al héroe que la inspira.

En el Carmelo, yo encontré en nuestra querida Hermanita Teresa to que había buscado. Por medio de ella todos mis deseos se vieron colmados.

¡Oh, María, Madre mía! Bajo vuestra mirada escribo estos pocos recuerdos, a fin de que en la hora de las tinieblas, de la prueba y de la tentación, me acuerde de que estas cosas me fueron dichas por el Ángel que vos me habíais dado para guiar mis primeros pasos en la vida religiosa; es él, lo sé, quien desde lo alto del cielo me acompaña aún y guía mis últimos pasos.

Entrada ya en los ochenta y tres años de edad, Sor Genoveva ha querido revisar las notas tomadas en el umbral de su vida. religiosa y como al dictado de su santa Hermanita. Una vez terminado este trabajo, ha dado de sí misma este testimonio conmovedor, que queremos reproducir íntegramente:

«He releído y clasificado mis recuerdos,. consignados en los cuadernos íntimos y en mis preparativos de Deposition para los dos Procesos.

»Estos textos, alternados las más de las veces en diálogo, dan, como dice la imitación, el verdadero acento de la voz de la naturaleza y de la voz de la gracia». Y aunque sobre algunos temas la voz de la naturaleza» se repite hasta hacerse enojosa, no he querido suprimir cosa alguna, a fin de no perder nada de las sabias respuestas de «la voz de la gracia».

»¡Puedan estos recuerdos vividos ayudar un poco a las almas que luchan con sus defectos e imperfecciones!

»Atestigo que estas páginas son, en toda verdad, conformes a lo que yo vi y oí».

SOR GENOVEVA DE LA SANTA FAZ Y DE SANTA TERESA

o. c. d.

9 de junio de 1951.

Nada tenemos que añadir a este documento. El define mejor de lo que nosotros

pudiéramos hacerlo el espíritu que ha inspirado esta publicación. La que hizo revivir sobre el lienzo la Faz ensangrentada del Maestro, tal como la revelaba misteriosamente en sus pliegues el Santo Sudario de Turín, la que consagró su talento a reproducir en toda su expresión el retrato de su Hermanita, pone aquí una minuciosa fidelidad en relatarnos las anécdotas y los menores episodios que fijarán definitivamente para la Historia la fisonomía moral de Santa Teresa del Niño Jesús. Ningún trabajo tan a propósito para excitar juntamente nuestra admiración y nuestra imitación.

Santa Teresa del Niño Jesús
Consejos y Recuerdos
Recogidos por Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina),
hermana y novicia de Santa Teresa del Niño Jesús

I

MAESTRA DE NOVICIAS

1 El 20 de febrero de 1893, la Reverenda Madre Inés de Jesús, elegida Priora del Carmelo de Lisieux, nombró Maestra de novicias a la Madre María de Gonzaga, a quien ella sustituía en el gobierno de la Comunidad. Poco después pidió a Sor Teresa del Niño Jesús -de sólo veinte años de edad, pero cuya inteligencia y virtudes conocía mejor que nadie- que se ocupase discretamente de sus compañeras, recibiendo sus confidencias y formándolas en la vida religiosa. No había entonces en el noviciado con la Santa más que dos Hermanas (conversas): Sor Marta de Jesús y Sor María Magdalena del Santísimo Sacramento. Fueron entrando sucesivamente en el Carmelo de Lisieux y juntándose a ellas: Sor María de la Trinidad, el 16 de junio de 1894; Sor Genoveva de la Santa Faz, el 14 de septiembre de 1894; y su prima Sor María de la Eucaristía, el 15 de agosto de 1895.

2 El 21 de marzo de 1896, la Madre María de Gonzaga fue reelegida Priora, y decidió juntar a esta carga la de Maestra de novicias. La Reverenda Madre Inés de Jesús le aconsejó que se hiciese ayudar lo más posible por Sor Teresa del Niño, Jesús, que tan perfectamente había desempeñado desde hacía tres años la misión que se le confiara. La Madre María de Gonzaga se apropió fácilmente estos puntos de vista y dejó, prácticamente, toda la dirección del noviciado a Sor Teresa del Niño Jesús, que fue, por lo tanto, Maestra sin llevar el título, hasta su muerte, el 30 de septiembre de 1897.

3 Sólo después de haber sustituido completamente en el noviciado a la Madre María de Gonzaga -es decir, a partir de marzo de 1896-, la Santa reunía diariamente a las novicias, después de vísperas, de dos horas y media a tres (Nota 1). No les daba conferencia propiamente dicha. Su enseñanza no tenía nada de sistemática. Les leía o les hacía leer algunos pasajes de la Regla, de las Constituciones o del Manual de las Costumbres Santas, llamado «Papel de multas» (Nota 2), daba algunas explicaciones o precisiones que juzgaba oportunas, o respondía a las preguntas que le hacían las jóvenes Hermanas; después. reprendía sus faltas, si las había, y hablaba familiarmente con ellas sobre lo que podía interesarles en aquel momento, referente a la espiritualidad o a las labores en curso.

*

4 En sus conversaciones particulares con las novicias, la Santa daba los consejos que mejor se, adaptaban a cada una. Esclarecía los casos de conciencia y las dificultades de sus novicias según las tendencias personales de las mismas, según sus necesidades propias, según sus pruebas o alegrías actuales. Sucedió que ciertos consejos dados a una, no hubieran convenido a otra. Esto había sido puesto de, relieve por la misma Santa. (Se observará en el pasaje que sigue un

raro don sobrenatural de psicología, que. se encuentra en toda su actuación entre las novicias):

«.... He comprobado que todas las almas sostienen poco más o menos los mismos combates y, por otra parte, que existe entre ellas una diferencia extrema; esta diferencia obliga a no llevarlas de la misma manera... Llega una a comprender que es absolutamente necesario olvidar los propios gustos, los conceptos personales, y que se ha de guiar a las almas, no por el propio camino, por la propia ruta, sino por el camino particular que Jesús indica a cada una...» (Nota 3)

«...¿Qué sucedería si un hortelano poco diestro no injertase bien sus árboles, si no supiese distinguir la naturaleza de cada uno o quisiese hacer brotar, por ejemplo, rosas de un albaricoque? Por eso, es necesario saber reconocer desde la infancia lo que Dios pide a las almas y secundar la acción de su gracia, sin aceleraría ni retrasaría nunca...» (Nota 4)

La Santa hacía esta observación, tan juiciosa, a propósito de la educación de los niños. ¡ Qué bien supo tenerla en cuenta en esta educación de las almas, en la formación dada al noviciado!

Inspirándose también en estas observaciones, cada uno escogerá de entre estos Consejos y Recuerdos los que mejor respondan a sus necesidades personales, pues todos no pueden convenir indistintamente a cada lector.

5 Nuestra santa Maestra era de una gran bondad, pero también de una gran firmeza, y no nos pasaba absolutamente nada. Tan pronto como se apercebía de alguna imperfección, iba a buscar a la culpable y, aunque esto le costaba mucho, nada la detenía en el cumplimiento de su deber.

Un día, en un dulce desahogo, Sor Teresa del Niño Jesús me dijo: «El tiempo que he pasado ocupándome de las novicias ha sido para mí una vida de guerra, de lucha, Dios ha trabajado para mí..., yo trabajaba para El, y nunca mi alma ha adelantado tanto... No buscaba ser amada, no me preocupaba de lo que se pudiera decir o pensar de mí, no buscaba sino complacer a Dios, sin desear que mis esfuerzos diesen fruto. Sí, hay que sembrar el bien a nuestro alrededor sin preocuparnos de su cosecha. El trabajo para nosotros, el éxito para Jesús. No temer la batalla cuando se trata del bien del prójimo, reprender a despecho de la propia tranquilidad personal, y mucho más con el fin de servir a Dios que con el fin de lograr que las novicias comprendan. Y para que una reprensión reporte fruto, es necesario que cueste hacerla y no tener ni sombra de pasión en el corazón».

Este testimonio es exacto. Yo notaba su gran renunciamento, su paciencia en escucharnos, en instruirnos, sin buscar alegría ni distracción alguna. Me daba cuenta también de su desinterés y del celo con que se ocupaba de las novicias menos dotadas, mostrándoles siempre el mayor afecto. Respetaba a las almas, cualesquiera que fuesen.

6 Para todo lo que le decíamos tenía ella una respuesta y, para hacerse comprender bien, citaba textos de la Sagrada Escritura o contaba historias que grababan en nuestra memoria las Verdades que quería inculcarnos.

Yo admiraba su gran sagacidad en descubrir las astucias de la naturaleza, los diversos movimientos de nuestra alma. Tenía, en efecto, una perspicacia del todo celestial, hasta el punto de creer nosotras que a veces leía nuestro pensamiento. Se la notaba verdaderamente inspirada. Yo la consultaba en la creencia de que no podía equivocarse y de que el Espíritu Santo hablaba por su boca, sin que nada se saliese, sin embargo, de lo ordinario y sin que pareciese darse cuenta de la gracia que obraba por ella.

*

7 Acontecía molestarla las novicias a tiempo y a destiempo, marearla, hacerle preguntas indiscretas acerca de lo que escribía (el manuscrito de su vida o alguna carta a alguno de sus hermanos espirituales). Nunca la vi contestar de una manera impaciente en lo más mínimo, brusca, ni aun apresurada. Era siempre tranquila y dulce.

*

8 Como ella misma testimonia de sí, cuando se trataba de decir la verdad, no se detenía ante nada ni tenía miedo alguno a la guerra. Si era necesario reprendernos, no calculaba sus fuerzas. Todavía la veo, temblando de fiebre, quemada la garganta, en los últimos meses de su vida, reunir todo su vigor para afear la imperfección y corregir a una novicia. En una de estas ocasiones me dijo: Es necesario que muera con las armas en la mano, teniendo en la boca la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (Nota 5)

Su prudencia

9 En los comienzos de su cargo de Maestra de novicias, cuando le contábamos nuestros combates interiores, nuestra querida Hermanita procuraba sosegarlos, o por medio del razonamiento, o demostrándonos con claridad que tal o cual de nuestras compañeras no había obrado mal. Esto llevaba a largas discusiones que no alcanzaban el fin deseado y que no eran de provecho alguno para nuestras almas. Se dio bien pronto cuenta de ello y cambió de táctica. En lugar de intentar quitarnos nuestros combates destruyendo su causa, nos los hacía mirar de frente...

10 Así, por ejemplo, si yo iba a decirle: «¡He aquí que estamos a sábado y mi compañera de oficina, encargada de llenar esta semana el arcón de leña, no ha pensado aún hacerlo, mientras que yo pongo en ello tanto cuidado cuando me toca a mí», ella trataba de familiarizarme con aquella misma cosa que me sumía en la indignación. Sin que intentase borrar el oscuro cuadro que yo trazaba ante sus ojos ni esclarecerlo, me obligaba a contemplarlo de más cerca y parecía ponerse de acuerdo conmigo:

- «¡ Bien! Admitámoslo: convengo en que vuestra compañera ha cometido las faltas que le atribuí...».

Obraba así para no irritarme y luego, sobre esta base, se ponía al trabajo. Poco a poco llegaba a hacerme amable mi suerte; hasta llegaba a hacerme desear que las Hermanas me ahorrasen miramientos y agasajos, que mis compañeras cumpliesen imperfectamente sus obligaciones, que fuese reprendida en su lugar, acusada de haber hecho mal aquello de lo que ni siquiera estaba encargada. En fin, me situaba en los sentimientos más perfectos. Luego, cuando esta victoria estaba ganada, me citaba ejemplos ignorados de virtud de la novicia acusada por mí. Muy pronto al resentimiento sucedía la admiración, y yo pensaba que las otras eran mejores que yo.

Pero aún más: si ella sabía que el famoso arcón de leña había sido llenado ya para entonces por aquella Hermana después de la inspección que yo había hecho en él, se guardaba de decírmelo, aun cuando esta revelación habría aniquilado de un golpe mi combate. Siguiendo, pues, el plan que acabo de trazar, cuando había logrado ponerme en disposiciones de perfección, entonces me decía sencillamente: «Sé que el arcón está lleno». Algunas veces nos dejaba para lo último la sorpresa de semejante descubrimiento y aprovechaba esta circunstancia para demostrarnos que muy frecuentemente nos creamos combate a nosotras mismas por razones que no existen y que son puras imaginaciones.

*

11 Sor Teresa del Niño Jesús me hablaba a mí, su hermana y novicia, porque tenía permiso para hacerlo, por estar encargada de mi dirección; pero me di cuenta muchas veces de que se privaba de desahogarse acerca de lo que le concernía personalmente. No nos confiaba sus penas, pues tenía por principio que una Superiora debe olvidarse completamente de sí misma, y cuando se le confía un sufrimiento íntimo o un malestar de salud, no debe quejarse de esos mismos males. De este modo, nos hacía el bien sin intentar hacérselo a sí misma, sin sacar consuelo alguno de corazón. Me confidenció que al tomar sobre sí la carga del noviciado lo primero que había pedido a Dios era el no ser nunca amada «humanamente», lo cual le fue concedido (Nota 6) La amábamos mucho, pero ninguna de nosotras sé veía tentada de fomentar hacia ella ese afecto loco e inconsiderado que es muchas veces patrimonio de la juventud. Acudíamos a ella por la necesidad de hallar la verdad.

Algunas Hermanas ancianas, observando su celestial prudencia, fueron también a consultarla en secreto. Su ascendiente provenía, sobre todo, de su virtud, de su deseo de llevar las almas a Dios y de los medios que empleaba para lograrlo: la abnegación total y la oración. Frecuentemente, durante nuestras conversaciones, elevaba su corazón a Dios, y muchas veces sorprendía yo este movimiento interior.

Santa Teresa del Niño Jesús
Consejos y Recuerdos
Recogidos por Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina),

hermana y novicia de Santa Teresa del Niño Jesús

I

MAESTRA DE NOVICIAS

1 El 20 de febrero de 1893, la Reverenda Madre Inés de Jesús, elegida Priora del Carmelo de Lisieux, nombró Maestra de novicias a la Madre María de Gonzaga, a quien ella sustituía en el gobierno de la Comunidad. Poco después pidió a Sor Teresa del Niño Jesús -de sólo veinte años de edad, pero cuya inteligencia y virtudes conocía mejor que nadie- que se ocupase discretamente de sus compañeras, recibiendo sus confidencias y formándolas en la vida religiosa. No había entonces en el noviciado con la Santa más que dos Hermanas (conversas): Sor Marta de Jesús y Sor María Magdalena del Santísimo Sacramento. Fueron entrando sucesivamente en el Carmelo de Lisieux y juntándose a ellas: Sor María de la Trinidad, el 16 de junio de 1894; Sor Genoveva de la Santa Faz, el 14 de septiembre de 1894; y su prima Sor María de la Eucaristía, el 15 de agosto de 1895.

2 El 21 de marzo de 1896, la Madre María de Gonzaga fue reelegida Priora, y decidió juntar a esta carga la de Maestra de novicias. La Reverenda Madre Inés de Jesús le aconsejó que se hiciese ayudar lo más posible por Sor Teresa del Niño, Jesús, que tan perfectamente había desempeñado desde hacía tres años la misión que se le confiara. La Madre María de Gonzaga se apropió fácilmente estos puntos de vista y dejó, prácticamente, toda la dirección del noviciado a Sor Teresa del Niño Jesús, que fue, por lo tanto, Maestra sin llevar el título, hasta su muerte, el 30 de septiembre de 1897.

3 Sólo después de haber sustituido completamente en el noviciado a la Madre María de Gonzaga -es decir, a partir de marzo de 1896-, la Santa reunía diariamente a las novicias, después de vísperas, de dos horas y media a tres (Nota 1). No les daba conferencia propiamente dicha. Su enseñanza no tenía nada de sistemática. Les leía o les hacía leer algunos pasajes de la Regla, de las Constituciones o del Manual de las Costumbres Santas, llamado «Papel de multas» (Nota 2), daba algunas explicaciones o precisiones que juzgaba oportunas, o respondía a las preguntas que le hacían las jóvenes Hermanas; después. reprendía sus faltas, si las había, y hablaba familiarmente con ellas sobre lo que podía interesarles en aquel momento, referente a la espiritualidad o a las labores en curso.

*

4 En sus conversaciones particulares con las novicias, la Santa daba los consejos que mejor se, adaptaban a cada una. Esclarecía los casos de conciencia y las dificultades de sus novicias según las tendencias personales de las mismas, según sus necesidades propias, según sus pruebas o alegrías actuales. Sucedía que ciertos consejos dados a una, no hubieran convenido a otra. Esto había sido puesto de, relieve por la misma Santa. (Se observará en el pasaje que sigue un raro don sobrenatural de psicología, que. se encuentra en toda su actuación entre las novicias):

«.... He comprobado que todas las almas sostienen poco más o menos los mismos combates y, por otra parte, que existe entre ellas una diferencia extrema; esta diferencia obliga a no llevarlas de la misma manera... Llega una a comprender que es absolutamente necesario olvidar los propios gustos, los conceptos personales, y que se ha de guiar a las almas, no por el propio camino, por la propia ruta, sino por el camino particular que Jesús indica a cada una...» (Nota 3)

«...¿Qué sucedería si un hortelano poco diestro no injertase bien sus árboles, si no supiese distinguir la naturaleza de cada uno o quisiese hacer brotar, por ejemplo, rosas de un albérchigo? Por eso, es necesario saber reconocer desde la infancia lo que Dios pide a las almas y secundar la acción de su gracia, sin aceleraría ni retrasaría nunca...» (Nota 4)

La Santa hacía esta observación, tan juiciosa, a propósito de la educación de los niños. ¡ Qué bien supo tenerla en cuenta en esta educación de las almas, en la formación dada al noviciado!

Inspirándose también en estas observaciones, cada uno escogerá de entre estos Consejos y Recuerdos los que mejor respondan a sus necesidades personales, pues todos no pueden convenir indistintamente a cada lector.

5 Nuestra santa Maestra era de una gran bondad, pero también de una gran firmeza, y no nos pasaba absolutamente nada. Tan pronto como se apercibía de alguna imperfección, iba a buscar a la culpable y, aunque esto le costaba mucho, nada la detenía en el cumplimiento de su deber.

Un día, en un dulce desahogo, Sor Teresa del Niño Jesús me dijo: «El tiempo que he pasado ocupándome de las novicias ha sido para mí una vida de guerra, de lucha, Dios ha trabajado para mí..., yo trabajaba para El, y nunca mi alma ha adelantado tanto... No buscaba ser amada, no me preocupaba de lo que se pudiera decir o pensar de mí, no buscaba sino complacer a Dios, sin desear que mis esfuerzos diesen fruto. Sí, hay que sembrar el bien a nuestro alrededor sin preocuparnos de su cosecha. El trabajo para nosotros, el éxito para Jesús. No temer la batalla cuando se trata del bien del prójimo, reprender a despecho de la propia tranquilidad personal, y mucho más con el fin de servir a Dios que con el fin de lograr que las novicias comprendan. Y para que una reprensión reporte fruto, es necesario que cueste hacerla y no tener ni sombra de pasión en el corazón».

Este testimonio es exacto. Yo notaba su gran renunciamento, su paciencia en escucharnos, en instruirnos, sin buscar alegría ni distracción alguna. Me daba cuenta también de su desinterés y del celo con que se ocupaba de las novicias menos dotadas, mostrándoles siempre el mayor afecto. Respetaba a las almas, cualesquiera que fuesen.

6 Para todo lo que le decíamos tenía ella una respuesta y, para hacerse comprender bien, citaba textos de la Sagrada Escritura o contaba historias que grababan en nuestra memoria las Verdades que quería inculcarnos.

Yo admiraba su gran sagacidad en descubrir las astucias de la naturaleza, los diversos movimientos de nuestra alma. Tenía, en efecto, una perspicacia del todo celestial, hasta el punto de creer nosotras que a veces leía nuestro pensamiento. Se la notaba verdaderamente inspirada. Yo la consultaba en la creencia de que no podía equivocarse y de que el Espíritu Santo hablaba por su boca, sin que nada se saliese, sin embargo, de lo ordinario y sin que pareciese darse cuenta de la gracia que obraba por ella.

*

7 Acontecía molestarla las novicias a tiempo y a destiempo, marearla, hacerle preguntas indiscretas acerca de lo que escribía (el manuscrito de su vida o alguna carta a alguno de sus hermanos espirituales). Nunca la vi contestar de una manera impaciente en lo más mínimo, brusca, ni aun apresurada. Era siempre tranquila y dulce.

*

8 Como ella misma testimonia de sí, cuando se trataba de decir la verdad, no se detenía ante nada ni tenía miedo alguno a la guerra. Si era necesario reprendernos, no calculaba sus fuerzas. Todavía la veo, temblando de fiebre, quemada la garganta, en los últimos meses de su vida, reunir todo su vigor para afear la imperfección y corregir a una novicia. En una de estas ocasiones me dijo: Es necesario que muera con las armas en la mano, teniendo en la boca la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios» (Nota 5)

Su prudencia

9 En los comienzos de su cargo de Maestra de novicias, cuando le contábamos nuestros combates interiores, nuestra querida Hermanita procuraba sosegarlos, o por medio del razonamiento, o demostrándonos con claridad que tal o cual de nuestras compañeras no había obrado mal. Esto llevaba a largas discusiones que no alcanzaban el fin deseado y que no eran de provecho alguno para nuestras almas. Se dio bien pronto cuenta de ello y cambió de táctica. En lugar de intentar quitarnos nuestros combates destruyendo su causa, nos los hacía mirar de frente...

10 Así, por ejemplo, si yo iba a decirle: «¡He aquí que estamos a sábado y mi compañera de oficina, encargada de llenar esta semana el arcón de leña, no ha pensado aún hacerlo, mientras que yo pongo en ello tanto cuidado cuando me toca a mí», ella trataba de familiarizarme con aquella misma cosa que me sumía en la indignación. Sin que intentase borrar el oscuro cuadro que yo trazaba ante sus ojos ni esclarecerlo, me obligaba a contemplarlo de más cerca y parecía ponerse de acuerdo conmigo:

- «¡ Bien! Admitámoslo: convengo en que vuestra compañera ha cometido las faltas que 1e atribuí...».

Obraba así para no irritarme y luego, sobre esta base, se ponía al trabajo. Poco a poco llegaba a hacerme amable mi suerte; hasta llegaba a hacerme desear que las Hermanas me ahorrasen miramientos y agasajos, que mis compañeras cumpliesen imperfectamente sus obligaciones, que fuese reprendida en su lugar, acusada de haber hecho mal aquello de lo que ni siquiera estaba encargada. En fin, me situaba en los sentimientos más perfectos. Luego, cuando esta victoria estaba ganada, me citaba ejemplos ignorados de virtud de la novicia acusada por mí. Muy pronto al resentimiento sucedía la admiración, y yo pensaba que las otras eran mejores que yo.

Pero aún más: si ella sabía que el famoso arcón de leña había sido llenado ya para entonces por aquella Hermana después de la inspección que yo había hecho en él, se guardaba de decírmelo, aun cuando esta revelación habría aniquilado de un golpe mi combate. Siguiendo, pues, el plan que acabo de trazar, cuando había logrado ponerme en disposiciones de perfección, entonces me decía sencillamente: «Sé que el arcón está lleno». Algunas veces nos dejaba para lo último la sorpresa de semejante descubrimiento y aprovechaba esta circunstancia para demostrarnos que muy frecuentemente nos creamos combate a nosotras mismas por razones que no existen y que son puras imaginaciones.

*

11 Sor Teresa del Niño Jesús me hablaba a mi, su hermana y novicia, porque tenía permiso para hacerlo, por estar encargada de mi dirección; pero me di cuenta muchas veces de que se privaba de desahogarse acerca de lo que le concernía personalmente. No nos confiaba sus penas, pues tenía por principio que una Superiora debe olvidarse completamente de sí misma, y cuando se le confía un sufrimiento íntimo o un malestar de salud, no debe quejarse de esos mismos males. De este modo, nos hacía el bien sin intentar hacérselo a sí misma, sin sacar consuelo alguno de corazón. Me confidenció que al tomar sobre sí la carga del noviciado lo primero que había pedido a Dios era el no ser nunca amada «humanamente», lo cual le fue concedido (Nota 6) La amábamos mucho, pero ninguna de nosotras sé veía tentada de fomentar hacia ella ese afecto loco e inconsiderado que es muchas veces patrimonio de la juventud. Acudíamos a ella por la necesidad de hallar la verdad.

Algunas Hermanas ancianas, observando su celestial prudencia, fueron también a consultarla en secreto. Su ascendiente provenía, sobre todo, de su virtud, de su deseo de llevar las almas a Dios y de los medios que empleaba para lograrlo: la abnegación total y la oración. Frecuentemente, durante nuestras conversaciones, elevaba su corazón a Dios, y muchas veces sorprendía yo este movimiento interior.

Santa Teresa del Niño Jesús

Consejos y Recuerdos

Recogidos por Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina),
hermana y novicia de Santa Teresa del Niño Jesús

HUMILDAD
POBREZA ESPIRITUAL
ESPÍRITU DE INFANCIA
CONFIANZA
HUMILDAD

1 Entre todas las virtudes, la humildad, sobre todo, alcanzó en santa Teresa del Niño Jesús los últimos límites. Siguió el «Camino de la infancia espiritual» precisamente para ser más humilde y más pequeña, o mejor, este Camino, seguido fielmente, la hizo humilde y sencilla como un niño.

*

2 Sor Teresa del Niño Jesús miraba con alegría el hecho de que, no obstante sus nueve años de vida religiosa, había permanecido siempre en el noviciado, sin formar parte del Capítulo conventual, y había sido considerada como una «pequeña» (Nota 1)

«¡Señor, sufrir y ser despreciado!»

3 Cuando sufrió la tribulación, tan humillante, de la enfermedad de nuestro venerado padre, demostró que sus deseos de desprecio no eran letra muerta. ¡Cuántas veces, desde su adolescencia, no había ella repetido con entusiasmo aquel dicho de S. Juan de la Cruz: «Señor, sufrir y ser despreciado por vos!». Este era el tema de nuestras aspiraciones cuando en las ventanas del «Belvedere» platicábamos juntas sobre la vida eterna (Nota 2)

Querer que se os mande y se os reprenda.

4 «Sería necesario, sobre todo, me decía ella, ser humilde de corazón, y vos no lo sois mientras no queráis que todo el mundo os mande. Estáis de buen humor mientras las cosas os salen bien; pero tan pronto como no van a vuestro gusto, vuestro rostro se ensombrece. No está en esto la virtud. La virtud está en «someterse humildemente bajo la mano de todos» (Nota 3) , en gozaros de todo aquello que supone: una reprensión para vos. Al principio de vuestros esfuerzos, la contrariedad aparecerá al exterior y las criaturas os juzgarán muy imperfecta; pero ahí está el mejor negocio, pues practicaréis la humildad, que consiste, no en pensar o en decir que estáis llena de defectos, sino en gozaros de que los otros lo piensen y aun lo digan.

5 «Debiéramos estar muy contentas de que el prójimo nos vitupere alguna vez, pues si nadie se ocupase de hacerlo, ¿qué sería de nosotras? Va en ello nuestra ganancia...».

En una fiesta de Comunidad en la que se habla representado una «piadosa recreación» compuesta por ella, fue censurada por su larga duración, y se la mandó interrumpir (Nota 4) Yo la sorprendí, entre bastidores, enjugándose algunas lágrimas; luego, habiéndose recobrado, permaneció tranquila y dulce bajo la humillación.

Sor Teresa del Niño Jesús aceptaba con una alegría celestial cualquier reproche; no sólo de las Superiores, sino también de las inferiores. Así, se dejaba

decir por parte de las novicias cosas desagradables, sin reprenderías nunca de momento.

*

6 «Estoy dispuesta a aceptar las observaciones cuando son justas, le decía yo; puesto que obro mal, me avengo a ello. Pero no puedo soportar las reprensiones cuando no he faltado.

- A mí, replicó ella, me sucede todo lo contrario: prefiero ser acusada injustamente, pues así no tengo nada que reprocharme, y se lo ofrezco a Dios con alegría; después me humillo al pensar que sería muy capaz de hacer aquello de que se me acusa».

7 «Me parece, confesaba ella con sencillez, que la humildad es la verdad. No sé si soy humilde, pero sé que veo la verdad en todas las cosas».

Era costumbre suya clasificarse entre los débiles, de donde vino el apelativo de «almas pequeñas».

En las instrucciones particulares que daba a cada una de sus novicias siempre se insistía en la humildad. El fondo de su doctrina era enseñarnos a no afligimos al ver que éramos la debilidad misma, sino antes bien a gloriarnos en nuestras imperfecciones... (Nota 5) «¡Es tan dulce sentirse débil y pequeña!», decía ella (Nota 6)

«Tenéis una perrita...»

8 En una ocasión en que Sor Teresa del Niño Jesús me había hecho ver todos mis defectos, me sentía triste y un poco desamparada. «Yo que tanto deseo poseer la virtud, me decía a mí misma, heme aquí muy lejos de ella: desearía ardientemente: ser dulce, paciente, humilde, caritativa; ¡ah, nunca llegaré a serlo! . . . ». Sin embargo, por la tarde, en la oración, leí que al expresar santa Gertrudis este mismo deseo, Nuestro Señor le había contestado: «En todas las cosas y por encima de todo ten buena voluntad: esta sola disposición dará a tu alma el brillo y el mérito especial de todas las virtudes. Quien tiene buena voluntad, deseo sincero de procurar mi gloria, de darme gracias, de compartir mis sufrimientos, de amarme y de servirme tanto cuanto todas las criaturas juntas, ése recibirá indudablemente recompensas dignas de mi liberalidad, y su deseo le aprovechará a veces más de lo que aprovechan a los otros sus buenas obras».

9 Muy contenta con este buen pensamiento, enteramente a mi favor, se lo comuniqué a nuestra queridita Maestra, la cual pujó la postura y añadió: «¿Habéis leído lo que se cuenta en la vida del Padre Surin? Estaba haciendo un exorcismo, y los demonios le dijeron: «Salimos adelante con todo; lo único que no logramos hacer es resistir a esa perra de la buena voluntad» (Nota 7) Pues bien: si no tenéis la virtud, tenéis en cambio una «perrita» que os salvará de todos los peligros; ¡consolaos, ella os llevará al Paraíso!

- ¡Ah! ¿Qué alma no desea poseer la virtud? ¡ Este es el camino común! ¡ Pero qué pocas son las que aceptan caer, ser débiles, las que se gozan de verse por tierra y de que los demás las sorprendan caídas!

Motivos de humillación

10 Un día que yo estaba desanimada, y atribuía este estado de depresión a mi fatiga, ella me dijo: . «Cuando no practicáis la virtud, no habéis de creer nunca que es debido a una causa natural, como la enfermedad, el tiempo, o el mal humor. Debéis buscar un gran motivo de humillación y colocaros entre las almas pequeñas, puesto que no podéis practicar la virtud sino de una manera tan débil. Lo que ahora necesitáis no es practicar las virtudes heroicas, sino adquirir la humildad. Para ello será necesario que vuestras victorias vayan siempre mezcladas con algunas derrotas, de suerte que no podáis complaceros en ellas. Por el contrario, su recuerdo os humillará, mostrándoos que no sois un alma grande. Hay algunas que mientras están en este mundo no tienen nunca la alegría de verse apreciadas de las criaturas lo cual les impide creer que tienen la virtud que ellas admiran en otras.

«Un pequeño sistema...»

11 «Últimamente, me dijo, sentí un movimiento natural contra una Hermana; creo que ella no se dio cuenta, pues el combate era interior. Sin embargo, he fomentado en mí el pensamiento de que aquella religiosa me había hallado sin virtud, y me he sentido muy dichosa pensándolo así».

Otra vez, en una ocasión semejante, me decía: «Me colma de. alegría el haber sido imperfecta, Dios me ha concedido hoy grandes gracias, es un buen día...». Yo le pregunté entonces cómo podía probar esos sentimientos. «Mi pequeño sistema, me contestó, consiste en estar siempre alegre, en sonreír siempre, lo mismo cuando caigo que cuando consigo una victoria».

*

12 Esta alma, tan fuerte, dudaba tanto de si misma que se creía capaz de los más grandes pecados,. Había escrito al pie de una estampa de Jesús crucificado éstas palabras, que traducían las disposiciones habituales de su alma: «Señor, vos sabéis que os amo... (Nota 8) , pero tened piedad de mi, pues no soy más que un pecador» (Nota 9)

*

13 Me recordaba una pequeña anécdota en la que había tocado como con el dedo la frivolidad humana, a la que nadie puede sustraerse.

La noche de Navidad de 1887, noche en que esperaba entrar en el Carmelo, fue para ella de extraordinaria aflicción: viéndose todavía en el mundo, a pesar de todas sus diligencias, su alma agonizaba.

«¡Pues bien!, me dijo ella más tarde; ¿queréis creer que a pesar de este océano de amargura en el que me veía abismada, estaba contenta de estrenar mi bonito sombrero azul, adornado con una paloma blanca? ¡Qué extrañas son estas sinuosidades de la naturaleza!».

La verdadera alegría

14 Yo notaba que cualquiera cosa de la que uno se alegra, un pensamiento festivo, aun piadoso, acaba por cansar el corazón cuando nos apegamos a ella, y que la persistencia de una alegría se convierte en tristeza. Ella me contestó:

- «Sólo en Dios se halla el reposo, y la verdadera alegría que no cansa nunca es la que nace del desprecio de sí mismo. Por eso, a propósito de vuestra debilidad de ayer... (yo había derramado algunas lágrimas, pues me costaba ir a visitar a las enfermas después de Maitines, por estar muy cansada, y una Hermana lo había visto): si la Hermana que os ha sorprendido os juzga sin virtud y vos misma convenís en ello de todo corazón, he ahí la verdadera alegría.

- ¡Oh! Tenéis razón. Comprendo muy bien lo que debería hacer, lo veo claramente, y, sin embargo, no puedo obrar. ¡No, yo no llegaré nunca a ser buena!

- Sí, sí, llegaréis: Dios os hará llegar.

- Sí, pero las criaturas no se darán nunca cuenta de ello, y si caigo siempre, se me juzgará siempre imperfecta, mientras que en vos ellas reconocen la virtud.

- ¡Es porque nunca lo he deseado! Lo que hace falta es que se os juzgue siempre imperfecta: ahí está vuestra ganancia. La dicha consiste en creerse a sí misma imperfecta y en hallar perfectos a los demás. Con que se os juzgue sin virtud no se os quita nada ni os vuelve más pobre; las otras son las que pierden alegría interior, pues nada hay más dulce que pensar bien de nuestro prójimo. Tanto peor para los que os juzgan desfavorablemente, y tanto mejor para vos, si os humilláis por amor de Dios.

15 - Yo le confesaba: «Me encuentro en una disposición de espíritu en la que me parece que ya no pienso.

- No importa, me contestó: Dios conoce vuestras intenciones. Y empleando adrede para hacerme sonreír un jerga especial bien conocida de nosotras dos, añadió: «Tanto seréis dichosa, cuanto seáis humilde». (Nota 10)

*

16 - ¡Oh, cuando pienso, le decía yo, en todo lo que tengo que adquirir!

- ¡Decid mejor: perder!... Jesús llenará vuestra alma de esplendores a medida que vos la desembaracéis de imperfecciones.

*

«No llegaréis a practicar la virtud, me decía ella con frecuencia: queréis escalar una montaña, y Dios quiere haceros descender al fondo de un valle fértil donde aprenderéis el desprecio de vos misma».

El Santo que jugaba al columpio

17 Yo soñaba siempre con dar buen ejemplo a mi alrededor, quería que las novicias me tomaran por modelo; por eso, cuando tenía la desgracia de caer, lo creía todo perdido:

«Eso, me decía ella, es buscarse a sí misma, un celo falso y una ilusión. Se cuenta que un Obispo, deseando conocer a un Santo que gozaba de alta reputación, fue a buscarle, acompañado de los grandes de su séquito. El Santo,

viendo venir de lejos al Prelado con su corte, tuvo un movimiento de vanidad; por lo que, queriendo reaccionar y viendo a unos niños que jugaban en un columpio sobre el tronco de un árbol, hizo bajar prontamente a uno y ocupó su lugar. El Obispo le tomó por loco y se volvió sin más examen.

»Así, con frecuencia, el alma no se halla con suficiente fuerza para soportar la alabanza; entonces debe sacrificar, a veces, por su propia santificación aun lo que en apariencia es un bien. Habéis de alegraros de caer, porque, si cayendo no hay ofensa de Dios, ha de hacerse expresamente a fin de humillarse». Como la Santísima Virgen...

18 Era indiferente a lo que se pensaba de ella, hasta cuando las demás se desedificaban de alguna apariencia. Por eso, al principio de su enfermedad, viéndose obligada a ir a tomar medicinas algunos minutos antes de la comida, una Hermana anciana se sorprendió de ello, y se quejó, pareciéndole que faltaba a la observancia regular. Sor Teresa del Niño Jesús no habría necesitado más que decir una palabra para excusarse y devolver la calma a aquella Hermana. Sin embargo, se guardó bien de hacerlo, tomando como ejemplo la conducta de la Santísima Virgen, que prefería dejarse difamar antes que excusarse ante san José. Ella me hablaba muchas veces de esta conducta, tan sencilla y tan heroica.

A imitación de María, su gran táctica era el silencio. Gustaba de «guardar todas las cosas en su corazón»(Nota 11), tanto sus alegrías como sus penas. Esta reserva constituyó su fuerza y el punto de arranque de su perfección, algo así como su sello exterior, pues era notable sobre toda ponderación.

POBREZA ESPIRITUAL

19 Como recuerdo de mi Profesión, mi querida Hermanita me pintó un escudo de armas que yo había compuesto con la divisa: «Quien pierde gana». Ella me explicaba que en la tierra era necesario perderlo todo, dejarse despojar de todo para llegar a la pobreza de espíritu.

*

20 Prefería que las otras recibiesen gracias interiores antes que recibirlas ella misma; y yo vi cómo habiendo encontrado un libro que le hacía mucho provecho, se lo pasaba, sin acabarlo, a las Hermanas, y no lograba nunca terminar la lectura.

Si Dios le concedía luces, nos las comunicaba en cuanto le era posible... Pero hubo a veces luces de éstas, vivas y penetrantes, que no hicieron sino mostrársele, sin dejar en ella recuerdo alguno: «Al punto quería recobrarlas, me dijo, pero era imposible; entonces, en lugar de fatigarme en buscar lo que había producido aquella alegría en mi alma, me contentaba con gozar del bálsamo que me había dejado, sin saber cómo había venido, y me sentía dichosa con esta pobreza. . . .»

Como los niñitos que no tienen nada propio y dependen absolutamente de sus padres, ella deseaba que se viviese al día, sin hacer provisiones espirituales.

*

21 «Si Dios quiere pensamientos bellos y sentimientos sublimes, tiene a sus ángeles... Hasta podría crear almas tan perfectas que no tuviesen ninguna de las

debilidades de nuestra naturaleza. Mas no: él cifra sus complacencias en las pobrecitas criaturas débiles y miserables. ... ¡Sin duda que esto le gusta más!». No apoyarse en nada

22 Sor Teresa traía a la memoria las palabras y los pasajes de los Libros Santos para alimentar su piedad.

Yo le dije: «¡Eso es lo que yo querría hacer, pero no tengo bastante memoria!».

- ¡Ah! ¿De modo que queréis poseer riquezas, tener posesiones? Apoyarse en eso es apoyarse en un hierro ardiente: queda siempre una pequeña marca. Es necesario no apoyarse en nada, ni siquiera en lo que puede ayudar a la piedad. La nada, en verdad, consiste en no tener ni deseo ni esperanza de alegría. ¡Qué dichoso es uno entonces! ¿Dónde se hallará alguien que esté perfectamente exento de la vergonzosa búsqueda de sí mismo?, dice la Imitación de Cristo: Habrá de buscársele muy lejos y en los últimos confines de la tierra (Nota 12) Muy lejos, es decir, muy bajo... Muy bajo en su propia estimación, muy bajo por su humildad; muy bajo, es decir, alguien que sea enteramente pequeño...».

«Todo el mundo busca los pronósticos»

23 Ella me decía:

«Os entregáis demasiado a lo que hacéis, como si cada cosa fuese vuestro último fin, y estáis constantemente deseando haberlo logrado, os sorprendéis de caer. ¡Es necesario contar siempre con caer! (Nota 13) Os preocupáis del futuro como si fueseis vos quien debe disponerlo; así, comprendo vuestra ansiedad. Os estáis diciendo continuamente: ¡Oh Dios mío!, ¿qué saldrá de mis manos? Todo el mundo busca de esta manera los pronósticos, es lo corriente; quienes no los buscan son únicamente los pobres de espíritu».

Vanidad de la estimación de las criaturas

24 Yo manifestaba el deseo de que las criaturas tomasen en cuenta mis esfuerzos y notasen mis progresos.

«Obrar así, replicó vivamente Sor Teresa, es imitar a la gallina, que tan pronto como ha puesto, se lo advierte a todos los que pasan. Vos queréis, como ella, que luego que habéis obrado bien, o que vuestra intención ha sido irreprochable, todo el mundo lo sepa y os estime...

»Gran vanidad es querer ser apreciada de veinte personas que viven con nosotras, y de las cuales cada una se ocupa, en su pequeño centro, de sus respectivas intenciones, de su salud, de su familia, de sus progresos espirituales o de sus intereses personales, que dejan escapar palabras más o menos felices! Pero al leer las semblanzas de los santos, pienso que también ellos estuvieron sujetos a muchas debilidades, que de su boca salieron en algunos casos expresiones enteramente humanas, a veces vulgares. Entonces pienso que no quiero ser amada ni estimada más que en el cielo.. , pues solamente allí será todo perfecto».

*

25 Al contrario de mi querida hermanita, que no tenía más que un deseo, el de que nadie se percatase de sus sacrificios, yo, siempre seducida por la vanagloria, me esforzaba en atraer la atención sobre lo que hacía. Ella me decía entonces:

«¡Os empeñáis en hacer que vuestras obras rindan! Hay muchos que se dedican a eso. Yo, por mi parte, me guardo mucho de hacerlo; tendría miedo de no ganar bastante. Por el contrario, escondo cuanto me es posible lo que hago y lo pongo en el banco de Dios, sin preocuparme de si rinde o no».

Mantas gastadas e interés personal

26 Un día que apaleábamos unas mantas, se me ocurrió decir de mal talante que tuvieran más cuidado, pues estaban muy deterioradas.

Sor Teresa del Niño Jesús me hizo entonces esta observación: «¿Qué haríais si no estuviéseis vos encargada de remendar esas mantas? ¡Obraríais con desinterés de espíritu! Si entonces advirtieseis que fácilmente se pueden desgarrar, obraríais sin apego. Por lo tanto, cuidad de que en ninguna de vuestras acciones se deslice ni la más ligera sombra de interés personal».

«Hacer el sacrificio de no recoger los frutos»

27 «Hasta la edad de catorce años, me confidenció ella, practiqué la virtud sin sentir su dulzura; no recogía los frutos: era mi alma como un árbol cuyas flores caen a medida que se abren. Haced a Dios el sacrificio de no coger los frutos, es decir, de sentir durante toda vuestra vida repugnancia en sufrir, en ser humillada, en ver todas las flores de vuestros deseos y de vuestra buena voluntad caer en tierra sin producir nada. En un abrir y cerrar de ojos, al momento de morir, él hará madurar hermosos frutos en el árbol de vuestra alma».

Dios tuvo a bien demostrarme cuánta razón tenía mi Teresa, pues leí en el Eclesiástico este pasaje, que le comuniqué y la encantó:

«Había un hombre falto de fuerza y muy necesitado, y Dios le miró con ojos benignos, le alzó de su abatimiento y le hizo levantar la cabeza; muchos se maravillaron, y glorificaron a Dios. Abandónate en Dios y sé fiel, pues le es fácil al Señor enriquecer de un golpe al pobre. Su bendición se apresura a recompensar al justo y hace fructificar sus: progresos en un breve instante» (Nota 14)

ESPÍRITU DE INFANCIA

28 Nuestra querida Maestra nos enseñaba en todo momento su «Caminito». Así llamaba a su espiritualidad, es decir, a su sistema de ir a Dios. «Para andar por el caminito, declaraba, hay que ser humilde, pobre de espíritu y sencillo».

¡Cómo habría ella gustado, de haberla conocido, esta oración de Bossuet! (Nota 15)

«¡Gran Dios! ..., no permitáis que ciertos espíritus, de los que unos se clasifican entre los sabios y otros entre los espirituales, puedan jamás ser acusados ante vuestro inapelable Tribunal de haber contribuido en algún modo a cerraros la puerta de no sé cuántos corazones, por el solo hecho de que vos queríais entrar en ellos de una manera cuya sola sencillez les extrañaba, y por una

puerta que, aunque está abierta de par en par por los santos desde los primeros siglos de la Iglesia, ellos, tal vez, no conocían aún suficientemente. Antes bien, haced que, volviéndonos todos tan pequeños como niños, a la manera que Jesucristo lo ordenó, podamos entrar una vez por esta puertecita, a fin de poder después enseñársela a los demás más segura y más eficazmente».

Así sea.

29 Teresa supo maravillosamente, con la luz revelada a los pequeños, descubrir esta puerta de salud y enseñársela a los otros. ¿No han fijado, acaso, tanto la Sabiduría divina como la sabiduría humana en este espíritu de infancia «la verdadera grandeza del alma?». Por ejemplo, dos grandes filósofos chinos, anteriores a la era cristiana, así lo habían establecido en estas poderosas definiciones:

«La virtud madura tiende al estado de infancia». (Lao-Tsé, siglo VII antes de Jesucristo).

«Es grande el hombre que no ha perdido su corazón de niño». (Meng-Tsé, siglo IV antes de Jesucristo) (Nota 16)

Para nuestra Santa, este «caminito» consistía prácticamente en la humildad, como ya he dicho.

Pero se traducía también por un espíritu de infancia muy acusado.

Por eso, gustaba ella mucho de hablarme sobre estas sentencias que sacaba del Evangelio:

«Dejad que se me acerquen los niñitos, pues de ellos es el reino de los cielos... Sus Ángeles contemplan continuamente el Rostro de mi Padre Celestial... Quien se hiciere pequeño como un niño, será el más grande en el reino de los cielos. Jesús abrazaba a los niños después de haberles bendecido». EVANGELIO.

Ella había copiado estas palabras, tal como las reproducimos (Nota 17), en el reverso de una estampa sobre la que estaban pegadas las fotografías de nuestros cuatro hermanitos, que habían volado al cielo en tierna edad. Me la regaló, guardándose otra parecida en su breviario. Las fotos están ahora borradas, en parte, por el tiempo.

30 A estos textos evangélicos había añadido otros, sacados de la Sagrada Escritura, que la encantaban, y siempre en relación con el Espíritu de infancia:

«Dichosos aquellos a quienes Dios justifica sin las obras, pues al que trabaja, el salario no se le cuenta como una gracia, sino como una deuda... Reciben, pues, un don gratuito los que sin hacer las obras son justificados por la gracia en virtud de la redención, cuyo autor es Jesucristo». (Epístola de San Pablo a los Romanos 4, 4-6)

«El Señor conducirá a los pastos su rebaño. Reunirá a los corderitos y les tomará en su regazo». Isaías, cap. XL, 11.

En el reverso de otra estampa grande, había reunido otras citas escriturísticas, algunas de las cuales repetían las precedentes. Pero es interesante ver hasta qué punto esclarecían su Camino.

«¡Si alguno es pequeñito, que venga a mí!» (Proverbios) «Quien se hiciere pequeño como un niño, será el más grande en el reino de los cielos. . . »

(Evangelio)

El Señor reunirá a los corderitos y les tomará en su regazo.

«Como una madre acaricia a su niño, así os consolaré yo: os llevaré sobre mi regazo y os acariciaré sobre mis rodillas». (Isaías 46, 13).

«De la misma manera que un padre siente ternura para con sus hijos, el Señor siente compasión para con nosotros; tanto como dista el levante del poniente, tanto ha alejado él de nosotros los pecados de que somos culpables. El Señor es compasivo y lleno de dulzura, parco en castigar y abundante en misericordia» (Salmo 102, 12)

31 Amaba también muy particularmente otra estampa que representaba a un niño sentado sobre las rodillas de Nuestro Señor y haciendo esfuerzos por alcanzar su divino rostro y besarlo.

Le enseñé un recordatorio con la fotografía de un niño, muerto en tierna edad; ella señaló con su dedo el rostro del niño, diciendo con ternura y orgullo:

«¡Están todos bajo mi dominio!», como si previese ya su título de «Reina de los Pequeñitos».

32 Sor Teresa del Niño Jesús era alta, medía un metro sesenta y dos, mientras que la Madre Inés de Jesús era mucho más baja. Yo le dije un día:

«Si se os hubiese dado a escoger, ¿qué hubierais preferido: ser alta o baja?

Y me contestó sin vacilar:

«Hubiera escogido ser baja para ser pequeña en todo».

Devoción al misterio de la Encarnación y del Pesebre

33 Festejaba con la mayor piedad todos los años el 25 de marzo, pues decía ella: «Este es el día en que Jesús, en el seno de María, fue más pequeño».

Pero amó muy particularmente el Misterio del Pesebre. Allí le reveló el Niño Jesús todos sus secretos sobre la sencillez y el abandono.

Al contrario del heresiarca Marción, que decía con desprecio: «Quitadme esos pañales y ese pesebre indignos de un Dios», Teresa estaba prendada de la humillación de Nuestro Señor al hacerse pequeñito por amor nuestro.. Ella escribía con gusto sobre las estampas de Navidad que pintaba este texto de San Bernardo: «Jesús, ¿quién os hizo tan pequeño? - ¡El Amor!».

El nombre de Teresa del Niño Jesús, que le había sido dado a los nueve años, cuando manifestó su deseo de hacerse carmelita, continuó siendo siempre para ella una actualidad, y se esforzó constantemente por merecerlo. Haría esta oración: «Oh, Niñito Jesús, mi único tesoro: yo me abandono a tus divinos caprichos; no quiero otra alegría que la de hacerte sonreír. Imprime en mí tu gracia y tus virtudes infantiles, a fin de que el día de mi nacimiento en el cielo, los Ángeles y los Santos reconozcan en mí a tu pequeña esposa: Teresa del Niño Jesús».

Estas virtudes infantiles que deseaba, habían causado antes que su admiración la del austero San Jerónimo, que no fue por eso tachado de puerilidad. Ladrones del cielo

34 «Mis protectores del cielo y mis privilegiados son los que lo han robado como

los santos Inocentes y el buen ladrón. Los grandes santos lo han ganado por sus obras; pero yo quiero imitar a los ladrones, quiero obtenerlo por astucia, una astucia de amor que me abrirá la entrada, a mí y a los pobres pecadores. El Espíritu Santo me anima a ello, puesto que dice en los Proverbios: «¡Oh, pequeñín! Ven, aprende de mí la astucia!» (Proverbios 1, 4).

La morada de los niñitos

35 Le hablaba yo de las mortificaciones de los santos; ella me contestó: «¡Qué bien ha hecho Nuestro Señor con advertirnos de que en la casa de su Padre hay muchas moradas! (Juan 14, 2) De lo contrario nos lo hubiera dicho...

»Sí, si todas las almas llamadas a la perfección hubieran debido, para entrar en el cielo, practicar esas maceraciones, él nos lo hubiera dicho, y nosotros, nos las hubiéramos impuesto valientemente. Mas él nos anuncia que en su casa hay muchas moradas. Si hay las de las grandes almas, la de los Padres del desierto y la de los mártires de la penitencia, debe haber también la de los niñitos. Nuestro lugar está reservado allí, si le amamos mucho a El y a nuestro Padre celestial y al Espíritu de Amor».

Sor Teresa del Niño Jesús era, ya se ve, un alma muy sencilla, que se santificó por medios ordinarios.

Se comprende que la frecuencia de dones extraordinarios en su vida hubiera sido contraria a los que decía ser los designios de Dios sobre ella. Su vida había de ser sencilla para servir de modelo a las almas pequeñas.

Los niñitos no se condenan

36 «¿Qué haríais, le decía yo, si pudieseis volver a empezar vuestra vida religiosa?

- Me parece, respondió, que haría lo mismo que he hecho.

- Entonces, ¿no compartís el sentimiento de aquel solitario que afirmaba: «Aunque hubiese vivido largos años en la penitencia, mientras me quedase un cuarto de hora, un soplo de vida, temería condenarme?».

- No, no puedo compartir ese temor; soy demasiado pequeña para condenarme: los niñitos no se condenan».

Pasar bajo el caballo

37 Toda desanimada, con el corazón todavía oprimido por un combate que me parecía insuperable, fui a decirle: «¡Esta vez es imposible, no puedo sobreponerme!

- Eso no me maravilla, me respondió. Somos demasiado pequeñas para sobreponernos a las dificultades; es necesario que pasemos por debajo de ellas».

Me recordó entonces este episodio de nuestra infancia:

«Nos hallábamos en casa de unos vecinos (Nota 18) , en Alençon; un caballo nos impedía la entrada al jardín. Mientras las personas mayores buscaban un modo de pasar, nuestra amiguita (Nota 19) no halló otro más fácil que el de pasar por debajo del animal. Se deslizó la primera, y me tendió la mano; yo la seguí arrastrando a Teresa, y sin curvar mucho nuestra pequeña estatura, logramos nuestro objeto.

«Ved lo que se gana con ser pequeña, concluyó ella. No hay obstáculos para los pequeños; se cuelan por todas partes. Las almas grandes pueden pasar sobre los negocios, examinar las dificultades, llegar por el razonamiento o por la virtud a colocarse por encima de todo; pero nosotras, que somos pequeñitas, hemos de guardarnos mucho de intentarlo. ¡Pasemos por debajo!

«Pasar por debajo de los asuntos es no mirarlos de demasiado cerca, no razonarlos» (Nota 20)

Dirigir la intención

38 Durante su enfermedad, aceptaba los remedios más repugnantes y los tratamientos más penosos con una paciencia inalterable, aun dándose cuenta de que era cosa perdida; pero nunca manifestó la fatiga que se le seguía de ello. Me confidenció haber ofrecido a Dios todos aquellos cuidados inútiles por un misionero que no tendría ni tiempo ni medios para cuidarse, pidiendo que todo aquello le fuese provechoso... Como yo le manifestase mi pena por no tener tales pensamientos, me contestó:

«Esta intención explícita no es necesaria para un alma que se ha entregado enteramente a Dios. El niño, en el seno de su madre, toma la leche maquinalmente, por decirlo así, sin presentir la utilidad de su acción, y mientras tanto vive y se desarrolla; sin embargo, no es ésa su intención».

Y me decía además: «Un pintor que trabaja para su maestro no necesita repetir a cada pincelada: esto es para el señor tal, esto es para el señor tal... Basta con que se ponga al trabajo con la intención de trabajar para su maestro. Bueno es recoger frecuentemente el pensamiento y dirigir la intención pero sin apremio de espíritu. Dios adivina los pensamientos bellos y las intenciones ingeniosas que quisiéramos tener. El es un Padre y nosotros sus hijitos».

«Jesús no puede estar triste a causa de nuestros regateos»

39 Yo le decía: «Tengo que trabajar, si no Jesús estaría triste...».

- «¡Oh, no! Estaríais triste vos. El no puede estar triste a causa de nuestros regateos (Nota 21) ¡Pero, qué pena para nosotros no darle todo lo que podemos!». Ser santa sin crecer...

40 Porque era profundamente humilde, Sor Teresa del Niño Jesús se sentía incapaz de subir la «áspera escalera de la perfección»; por eso se dedicó a volverse cada vez más pequeña, a fin de que Dios se hiciese completamente cargo de sus cosas y la llevase en sus brazos, como acaece en las familias con los niños. Quería ser santa, pero sin crecer, porque así como las pequeñas travesuras de los niños no contristan a sus padres, así las imperfecciones de las almas humildes no pueden ofender gravemente a Dios, y sus faltas no les son tenidas en cuenta, según el dicho de los Libros Santos: «A los niños se les perdona por compasión» (Sabiduría 6, 6) . En consecuencia, se guardaba mucho de desear ser perfecta y de que las demás la creyesen tal, pues con eso habría crecido, y Dios la dejaría andar sola.

*

41 «Los niños no trabajan para ganarse una posición, decía ella; si son buenos, es

para complacer a sus padres. Por eso, no se ha de trabajar para llegar a ser santas, sino para agradar a Dios».

Cómo besar el crucifijo

42 Durante su enfermedad, habiéndome portado imperfectamente, y arrepintiéndome mucho de ello, me dijo: «Besad el crucifijo ahora mismo.»

Yo le besé en los pies.

- «¿Es ahí donde una hija besa a su padre? ¡Pronto, pronto; se besa el rostro!».

Yo lo besé.

- «Y ahora se deja una besar».

Hube de arrimar el Crucifijo a mi mejilla, y entonces me dijo:

- «¡Esta vez está bien, todo queda olvidado!».

El patrimonio de los niñitos

43 «Nuestro Señor respondía en otro tiempo a la madre de los hijos de Zebedeo:

«Estar a mi derecha y a mi izquierda pertenece a aquéllos a quienes mi Padre se lo ha destinado» (Mateo 20, 23; Marcos 10, 40) . Me figuro que estos puestos de elección, rehusados a los grandes santos, a los mártires, serán el patrimonio de los niñitos...

«¿No hacía ya David esta predicción cuando dijo que el pequeño Benjamín presidirá las asambleas (de los santos)?» (Salmo 67, 28)

Le preguntaban una vez bajo qué nombre deberíamos invocarla cuando estuviese en el cielo.

«Me llamaréis Teresita respondió humildemente».

CONFIANZA

44 Sus conversaciones sobre el amor y la misericordia de Dios no se agotaban nunca. Su confianza era invencible, y si deseaba desde su adolescencia «llegar a ser una Santa y una gran Santa», como lo declara en el capítulo IV de su Vida, su ambición iba a perderse en la infinita riqueza de los méritos de Jesús, «que eran propiedad suya», decía ella. Por eso, aun las más altas esperanzas no le parecían temerarias.

Aseguraba que no se había de temer el desear demasiado, el pedir demasiado a Dios: «En la tierra hay gentes que saben hacerse invitar, que se cuelan por todas partes... Si pedimos a Dios algo que no entraba en sus cálculos darnos, es tan poderoso y tan rico, que se le hace ya puntillo de honor decirnos que no, y lo da...».

45 Pero no empleaba nunca esta santa audacia para solicitar consuelos, ni aun aligeramiento de penas. En cuanto a las gracias temporales, era muy circunspecta. Creía que Dios no le rehusaría nada, y usaba de una gran reserva «por miedo, confidenciaba ella, de que Dios se creyese obligado a escucharla». Por consiguiente, cuando pedía un favor o un alivio, era por complacer a los demás, y aun entonces hacía «pasar sus oraciones por manos de la Santísima

Virgen» y daba esta razón: «Pedir a la Santísima Virgen no es lo mismo que pedir a Dios. Ella sabe muy bien lo que tiene que hacer con mis pequeños deseos, si los ha de transmitir o no...; en fin, a ella le toca juzgar, para no forzar la voluntad de Dios a que me escuche, para dejarle hacer en todo su voluntad».

Cuando expresaba su deseo de «hacer el bien en la tierra después de su muerte», ponía como condición que «miraría los ojos de Dios para saber si aquello era su voluntad». Nos hacía notar que este abandono imitaba la oración de la Santísima Virgen, la cual en Caná se contenta con decir: «No tienen vino» (Juan 2, 3) Del mismo modo, Marta y María dicen solamente: «Aquél a quien vos amáis está enfermo» (Juan 11, 3) Ellas exponen sencillamente sus deseos sin formular una petición, dejando a Jesús en libertad de hacer lo que quiera.

Quietismo, no

46 Aunque caminó por esta vía de confianza ciega y total, que ella llama «su caminito» o «Camino de infancia espiritual», nunca descuidó la cooperación personal, antes bien dio a ésta una importancia que llenó toda su vida de actos generosos y continuados,

Así lo entendía ella y así nos lo enseñó constantemente en el noviciado.

Un día que yo había leído estas palabras en el Eclesiástico: «La misericordia prepara a cada uno su lugar según el mérito de sus obras y según la prudente conducta de su peregrinación en esta vida» (Eclesiástico 16, 15), le hice observar que ella tendría un hermoso lugar, pues había dirigido su barca con una sublime prudencia; pero ¿por qué se decía: según el mérito de sus obras?

Me explicó entonces con energía que el abandono y la confianza en Dios se alimentaban del sacrificio. «Hay que hacer, me dijo, todo cuanto está en nosotros, dar sin medida, renunciarse continuamente, en una palabra, probar nuestro amor por medio de todas las buenas obras que están en nuestro poder... Pero como, al fin de cuentas, todo esto es bien poca cosa..., es necesario, cuando hayamos hecho todo lo que creemos deber hacer, confesarnos «siervos inútiles» (Lucas 17, 10), esperando, no obstante, que Dios nos dé por gracia todo lo que deseamos.

«He aquí lo que esperan las almas pequeñas que «corren» por el camino de infancia: Digo «corren» y no «descansan».

«No ir al Purgatorio»

47 Mi querida Hermanita me inculcaba a cada momento este deseo humildemente confiado, del cual vivía intensamente. Esta era la atmósfera que respiraba como el aire.

Era yo todavía postulante cuando la noche de Navidad de 1894 hallé en mí zapato una poesía que Teresa me había compuesto a nombre de la Santísima Virgen. Allí leí esto:

Tu corona trenzará
Jesús, si buscas su Amor.
Un día te hará reinar,
si le das tu corazón.

Tras la noche de la vida
verás su dulce mansión,

y a aquella cumbre divina
volará tu alma veloz.

En su Acto de ofrenda al Amor Misericordioso de Dios, hablando de su propio amor, ella termina así:

«...¡ Que este martirio, después de haberme preparado para comparecer delante de Vos, me haga por fin morir, y que mi alma se lance sin demora al eterno abrazo de Vuestro Misericordioso Amor! . . .»

Estaba, pues, siempre bajo la impresión de esta idea, cuya realización no ponía en duda, según el dicho de nuestro Padre San Juan de la Cruz, que ella se apropiaba: «Cuanto más quiere darnos Dios, tanto más nos hace desear» (Nota 22)

48 Basaba su esperanza relativa al Purgatorio sobre el abandono y el Amor, sin olvidar su tan amada humildad, virtud característica de la infancia. El niño ama a sus padres, y no tiene otra pretensión que la de abandonarse totalmente en ellos, pues se siente débil e impotente.

Me decía: «¿Riñe un padre a su hijo cuando él mismo se acusa? ¿Le impone un castigo? No, seguramente, sino que le estrecha contra su corazón.

En apoyo de este pensamiento me recordó una historia que habíamos leído en nuestra infancia: Habiendo salido un rey de caza, perseguía a un conejo blanco, que sus perros estaban a punto de alcanzar; en esto, el conejito, viéndose perdido, retrocedió rápidamente y saltó a los brazos del cazador. Este, conmovido ante tanta confianza, no quiso separarse más del conejo blanco ni permitió que nadie le tocara, reservándose el cuidado de alimentarle.

«Así obrará Dios con nosotras,, me dijo, si perseguidas por la justicia, figurada en los perros, buscamos refugio en los brazos mismos de nuestro Juez...».

49 Si es verdad que al decir esto pensaba en las almas pequeñas que siguen el Camino de la Infancia espiritual, no por eso excluía de esta esperanza atrevida aun a los grandes pecadores.

Por eso Sor Teresa del Niño Jesús pudo escribir en su manuscrito: «¡Ah, lo sé! Aún cuando yo tuviese sobre la conciencia todos los crímenes que se pueden cometer, no perdería nada de mi confianza; iría, con el corazón roto por el arrepentimiento, a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído las palabras que dirige a santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. ¡No! Nadie podría asustarme, pues sé a qué atenerme respecto de su amor y de su misericordia. Sé que toda esa multitud de ofensas se abismaría en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua arrojada en un brasero ardiendo» (Nota 23)

50 Inmediatamente después de mi entrada en el Carmelo, había pedido permiso para leer la historia de los Padres del desierto. Había sacado de ella algunas notas, entre las cuales ésta, que impresionó a mi querida Hermanita hasta tal punto que sintió no haberla introducido en su autobiografía, y recomendó con instancia que se le añadiese:

«Una pecadora, llamada Paesia, asolaba la comarca con sus escándalos. Un

Padre del desierto, Juan el Nain, fue a buscarla, y como la exhortase a la penitencia de sus pecados, ella le dijo: Padre mío: ¿hay todavía posibilidad de penitencia para mí?

- Sí, dijo el Santo; os lo aseguro.

- Llevadme a donde creáis conveniente para hacerla, le respondió ella.

»Se levantó en seguida, y le siguió sin decir nada en su casa, sin siquiera decir una palabra a nadie.

»Como hubiesen entrado en el desierto y se acercase la noche, Juan hizo un montón de arena en forma de almohada, lo señaló con el signo de la cruz, y dijo a Paesia que se acostase. Luego, él se colocó más lejos para dormir también, después de haber orado. Pero, habiéndose despertado a media noche, vio un rayo de luz que descendía del cielo sobre Paesia y que servía como de camino a muchos ángeles que llevaban su alma al cielo. Sorprendido de esta visión, fue hacia Paesia, a quien empujó con el pie para ver si estaba muerta, y vio que había entregado su alma a Dios. Al mismo tiempo, oyó una voz milagrosa que le decía: Su penitencia de una hora ha sido más agradable a Dios que la que otros hacen durante largo tiempo, pues éstos no la hacen con tanto fervor como aquélla» (Nota 24)

51 Muchas veces, Sor Teresa me había hecho notar que la justicia de Dios se contentaba de bien poca cosa cuando el motivo de obrar era el amor, y que entonces moderaba hasta el exceso la pena temporal debida al pecado, pues Dios es todo dulzura.

«He comprobado por experiencia, me confidenció, que después de una infidelidad, aun ligera, el alma debe sufrir durante algún tiempo cierto malestar. Entonces me digo a mí misma: «Hija mía, es el precio de tu falta», y soporto pacientemente el pago de la pequeña deuda».

Mas a eso se limitaba, así lo esperaba ella, la satisfacción reclamada por la justicia, en los que son humildes y se abandonan en Dios con amor. No veía abrirse para ellos la puerta del Purgatorio; antes bien, pensaba que el Padre de los cielos, respondiendo a su confianza con una gracia de luz a la hora de la muerte, haría nacer en sus almas, a la vista de su miseria, un sentimiento de contrición perfecta que borrara toda deuda.

Santa Teresa del Niño Jesús

Consejos y Recuerdos

Recogidos por Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina),
hermana y novicia de Santa Teresa del Niño Jesús

II

HUMILDAD

POBREZA ESPIRITUAL

ESPÍRITU DE INFANCIA

CONFIANZA

HUMILDAD

1 Entre todas las virtudes, la humildad, sobre todo, alcanzó en santa Teresa del Niño Jesús los últimos límites. Siguió el «Camino de la infancia espiritual» precisamente para ser más humilde y más pequeña, o mejor, este Camino,

seguido fielmente, la hizo humilde y sencilla como un niño.

*

2 Sor Teresa del Niño Jesús miraba con alegría el hecho de que, no obstante sus nueve años de vida religiosa, había permanecido siempre en el noviciado, sin formar parte del Capítulo conventual, y había sido considerada como una «pequeña» (Nota 1)

«¡Señor, sufrir y ser despreciado!»

3 Cuando sufrió la tribulación, tan humillante, de la enfermedad de nuestro venerado padre, demostró que sus deseos de desprecio no eran letra muerta. ¡Cuántas veces, desde su adolescencia, no había ella repetido con entusiasmo aquel dicho de S. Juan de la Cruz: «Señor, sufrir y ser despreciado por vos!». Este era el tema de nuestras aspiraciones cuando en las ventanas del «Belvedere» platicábamos juntas sobre la vida eterna (Nota 2)

Querer que se os mande y se os reprenda.

4 «Sería necesario, sobre todo, me decía ella, ser humilde de corazón, y vos no lo sois mientras no queráis que todo el mundo os mande. Estáis de buen humor mientras las cosas os salen bien; pero tan pronto como no van a vuestro gusto, vuestro rostro se ensombrece. No está en esto la virtud. La virtud está en «someterse humildemente bajo la mano de todos» (Nota 3) , en gozaros de todo aquello que supone: una reprensión para vos. Al principio de vuestros esfuerzos, la contrariedad aparecerá al exterior y las criaturas os juzgarán muy imperfecta; pero ahí está el mejor negocio, pues practicaréis la humildad, que consiste, no en pensar o en decir que estáis llena de defectos, sino en gozaros de que los otros lo piensen y aun lo digan.

5 «Debiéramos estar muy contentas de que el prójimo nos vitupere alguna vez, pues si nadie se ocupase de hacerlo, ¿qué sería de nosotras? Va en ello nuestra ganancia...».

En una fiesta de Comunidad en la que se habla representado una «piadosa recreación» compuesta por ella, fue censurada por su larga duración, y se la mandó interrumpir (Nota 4) Yo la sorprendí, entre bastidores, enjugándose algunas lágrimas; luego, habiéndose recobrado, permaneció tranquila y dulce bajo la humillación.

Sor Teresa del Niño Jesús aceptaba con una alegría celestial cualquier reproche; no sólo de las Superiores, sino también de las inferiores. Así, se dejaba decir por parte de las novicias cosas desagradables, sin reprenderlas nunca de momento.

*

6 «Estoy dispuesta a aceptar las observaciones cuando son justas, le decía yo; puesto que obro mal, me avengo a ello. Pero no puedo soportar las reprensiones cuando no he faltado.

- A mí, replicó ella, me sucede todo lo contrario: prefiero ser acusada injustamente, pues así no tengo nada que reprocharme, y se lo ofrezco a Dios con alegría;

después me humillo al pensar que sería muy capaz de hacer aquello de que se me acusa».

7 «Me parece, confesaba ella con sencillez, que la humildad es la verdad. No sé si soy humilde, pero sé que veo la verdad en todas las cosas».

Era costumbre suya clasificarse entre los débiles, de donde vino el apelativo de «almas pequeñas».

En las instrucciones particulares que daba a cada una de sus novicias siempre se insistía en la humildad. El fondo de su doctrina era enseñarnos a no afligimos al ver que éramos la debilidad misma, sino antes bien a gloriarnos en nuestras imperfecciones... (Nota 5) «¡Es tan dulce sentirse débil y pequeña!», decía ella (Nota 6)

«Tenéis una perrita...»

8 En una ocasión en que Sor Teresa del Niño Jesús me había hecho ver todos mis defectos, me sentía triste y un poco desamparada. «Yo que tanto deseo poseer la virtud, me decía a mí misma, heme aquí muy lejos de ella: desearía ardientemente: ser dulce, paciente, humilde, caritativa; ¡ah, nunca llegaré a serlo! . . . ». Sin embargo, por la tarde, en la oración, leí que al expresar santa Gertrudis este mismo deseo, Nuestro Señor le había contestado: «En todas las cosas y por encima de todo ten buena voluntad: esta sola disposición dará a tu alma el brillo y el mérito especial de todas las virtudes. Quien tiene buena voluntad, deseo sincero de procurar mi gloria, de darme gracias, de compartir mis sufrimientos, de amarme y de servirme tanto cuanto todas las criaturas juntas, ése recibirá indudablemente recompensas dignas de mi liberalidad, y su deseo le aprovechará a veces más de lo que aprovechan a los otros sus buenas obras».

9 Muy contenta con este buen pensamiento, enteramente a mi favor, se lo comuniqué a nuestra queridita Maestra, la cual pujó la postura y añadió: «¿Habéis leído lo que se cuenta en la vida del Padre Surin? Estaba haciendo un exorcismo, y los demonios le dijeron: «Salimos adelante con todo; lo único que no logramos hacer es resistir a esa perra de la buena voluntad» (Nota 7) Pues bien: si no tenéis la virtud, tenéis en cambio una «perrita» que os salvará de todos los peligros; ¡consolaos, ella os llevará al Paraíso!

- ¡Ah! ¿Qué alma no desea poseer la virtud? ¡ Este es el camino común! ¡ Pero qué pocas son las que aceptan caer, ser débiles, las que se gozan de verse por tierra y de que los demás las sorprendan caídas!

Motivos de humillación

10 Un día que yo estaba desanimada, y atribuía este estado de depresión a mi fatiga, ella me dijo: . «Cuando no practicáis la virtud, no habéis de creer nunca que es debido a una causa natural, como la enfermedad, el tiempo, o el mal humor.

Debéis buscar un gran motivo de humillación y colocaros entre las almas pequeñas, puesto que no podéis practicar la virtud sino de una manera tan débil. Lo que ahora necesitáis no es practicar las virtudes heroicas, sino adquirir la humildad. Para ello será necesario que vuestras victorias vayan siempre mezcladas con algunas derrotas, de suerte que no podáis complaceros en ellas. Por el contrario, su recuerdo os humillará, mostrándoos que no sois un alma grande. Hay algunas que mientras están en este mundo no tienen nunca la alegría de verse apreciadas de las criaturas lo cual les impide creer que tienen la virtud que ellas admiran en otras.

«Un pequeño sistema...»

11 «Últimamente, me dijo, sentí un movimiento natural contra una Hermana; creo que ella no se dio cuenta, pues el combate era interior. Sin embargo, he fomentado en mí el pensamiento de que aquella religiosa me había hallado sin virtud, y me he sentido muy dichosa pensándolo así».

Otra vez, en una ocasión semejante, me decía: «Me colma de alegría el haber sido imperfecta, Dios me ha concedido hoy grandes gracias, es un buen día...». Yo le pregunté entonces cómo podía probar esos sentimientos. «Mi pequeño sistema, me contestó, consiste en estar siempre alegre, en sonreír siempre, lo mismo cuando caigo que cuando consigo una victoria».

*

12 Esta alma, tan fuerte, dudaba tanto de si misma que se creía capaz de los más grandes pecados,. Había escrito al pie de una stampa de Jesús crucificado éstas palabras, que traducían las disposiciones habituales de su alma: «Señor, vos sabéis que os amo... (Nota 8) , pero tened piedad de mi, pues no soy más que un pecador» (Nota 9)

*

13 Me recordaba una pequeña anécdota en la que había tocado como con el dedo la frivolidad humana, a la que nadie puede sustraerse.

La noche de Navidad de 1887, noche en que esperaba entrar en el Carmelo, fue para ella de extraordinaria aflicción: viéndose todavía en el mundo, a pesar de todas sus diligencias, su alma agonizaba.

«¡Pues bien!, me dijo ella más tarde; ¿queréis creer que a pesar de este océano de amargura en el que me veía abismada, estaba contenta de estrenar mi bonito sombrero azul, adornado con una paloma blanca? ¡Qué extrañas son estas sinuosidades de la naturaleza!».

La verdadera alegría

14 Yo notaba que cualquiera cosa de 1a que uno se alegra, un pensamiento festivo, aun piadoso, acaba por cansar el corazón cuando nos apegamos a ella, y que la persistencia de una alegría se convierte en tristeza. Ella me contestó:

- «Sólo en Dios se halla el reposo, y la verdadera alegría que no cansa nunca es la que nace del desprecio de sí mismo. Por eso, a propósito de vuestra debilidad de ayer... (yo había derramado algunas lágrimas, pues me costaba ir a visitar a las enfermas después de Maitines, por estar muy cansada, y una

Hermana lo había visto): si la Hermana que os ha sorprendido os juzga sin virtud y vos misma convenís en ello de todo corazón, he ahí la verdadera alegría.

- ¡Oh! Tenéis razón. Comprendo muy bien lo que debería hacer, lo veo claramente, y, sin embargo, no puedo obrar. ¡No, yo no llegaré nunca a ser buena!

- Sí, sí, llegaréis: Dios os hará llegar.

- Sí, pero las criaturas no se darán nunca cuenta de ello, y si caigo siempre, se me juzgará siempre imperfecta, mientras que en vos ellas reconocen la virtud.

- ¡Es porque nunca lo he deseado! Lo que hace falta es que se os juzgue siempre imperfecta: ahí está vuestra ganancia. La dicha consiste en creerse a sí misma imperfecta y en hallar perfectos a los demás. Con que se os juzgue sin virtud no se os quita nada ni os vuelve más pobre; las otras son las que pierden alegría interior, pues nada hay más dulce que pensar bien de nuestro prójimo. Tanto peor para los que os juzgan desfavorablemente, y tanto mejor para vos, si os humilláis por amor de Dios.

15 - Yo le confesaba: «Me encuentro en una disposición de espíritu en la que me parece que ya no pienso.

- No importa, me contestó: Dios conoce vuestras intenciones. Y empleando adrede para hacerme sonreír un jerga especial bien conocida de nosotras dos, añadió: «Tanto seréis dichosa, cuanto seáis humilde». (Nota 10)

*

16 - ¡Oh, cuando pienso, le decía yo, en todo lo que tengo que adquirir!

- ¡Decid mejor: perder!... Jesús llenará vuestra alma de esplendores a medida que vos la desembaracéis de imperfecciones.

*

«No llegaréis a practicar la virtud, me decía ella con frecuencia: queréis escalar una montaña, y Dios quiere haceros descender al fondo de un valle fértil donde aprenderéis el desprecio de vos misma».

El Santo que jugaba al columpio

17 Yo soñaba siempre con dar buen ejemplo a mi alrededor, quería que las novicias me tomaran por modelo; por eso, cuando tenía la desgracia de caer, lo creía todo perdido:

«Eso, me decía ella, es buscarse a sí misma, un celo falso y una ilusión. Se cuenta que un Obispo, deseando conocer a un Santo que gozaba de alta reputación, fue a buscarle, acompañado de los grandes de su séquito. El Santo, viendo venir de lejos al Prelado con su corte, tuvo un movimiento de vanidad; por lo que, queriendo reaccionar y viendo a unos niños que jugaban en un columpio sobre el tronco de un árbol, hizo bajar prontamente a uno y ocupó su lugar. El Obispo le tomó por loco y se volvió sin más examen.

»Así, con frecuencia, el alma no se halla con suficiente fuerza para soportar la alabanza; entonces debe sacrificar, a veces, por su propia santificación aun lo que en apariencia es un bien. Habéis de alegraros de caer, porque, si cayendo no hay ofensa de Dios, ha de hacerse expresamente a fin de humillarse».

Como la Santísima Virgen...

18 Era indiferente a lo que se pensaba de ella, hasta cuando las demás se desedificaban de alguna apariencia. Por eso, al principio de su enfermedad, viéndose obligada a ir a tomar medicinas algunos minutos antes de la comida, una Hermana anciana se sorprendió de ello, y se quejó, pareciéndole que faltaba a la observancia regular. Sor Teresa del Niño Jesús no habría necesitado más que decir una palabra para excusarse y devolver la calma a aquella Hermana. Sin embargo, se guardó bien de hacerlo, tomando como ejemplo la conducta de la Santísima Virgen, que prefería dejarse difamar antes que excusarse ante san José. Ella me hablaba muchas veces de esta conducta, tan sencilla y tan heroica.

A imitación de María, su gran táctica era el silencio. Gustaba de «guardar todas las cosas en su corazón»(Nota 11), tanto sus alegrías como sus penas. Esta reserva constituyó su fuerza y el punto de arranque de su perfección, algo así como su sello exterior, pues era notable sobre toda ponderación.

POBREZA ESPIRITUAL

19 Como recuerdo de mi Profesión, mi querida Hermanita me pintó un escudo de armas que yo había compuesto con la divisa: «Quien pierde gana». Ella me explicaba que en la tierra era necesario perderlo todo, dejarse despojar de todo para llegar a la pobreza de espíritu.

*

20 Prefería que las otras recibiesen gracias interiores antes que recibirlas ella misma; y yo vi cómo habiendo encontrado un libro que le hacía mucho provecho, se lo pasaba, sin acabarlo, a las Hermanas, y no lograba nunca terminar la lectura.

Si Dios le concedía luces, nos las comunicaba en cuanto le era posible... Pero hubo a veces luces de éstas, vivas y penetrantes, que no hicieron sino mostrársele, sin dejar en ella recuerdo alguno: «Al punto quería recobrarlas, me dijo, pero era imposible; entonces, en lugar de fatigarme en buscar lo que había producido aquella alegría en mi alma, me contentaba con gozar del bálsamo que me había dejado, sin saber cómo había venido, y me sentía dichosa con esta pobreza. . . .»

Como los niños que no tienen nada propio y dependen absolutamente de sus padres, ella deseaba que se viviese al día, sin hacer provisiones espirituales.

*

21 «Si Dios quiere pensamientos bellos y sentimientos sublimes, tiene a sus ángeles... Hasta podría crear almas tan perfectas que no tuviesen ninguna de las debilidades de nuestra naturaleza. Mas no: él cifra sus complacencias en las pobrecitas criaturas débiles y miserables. ... ¡Sin duda que esto le gusta más!». No apoyarse en nada

22 Sor Teresa traía a la memoria las palabras y los pasajes de los Libros Santos para alimentar su piedad.

Yo le dije: «¡Eso es lo que yo querría hacer, pero no tengo bastante memoria!».

- ¡Ah! ¿De modo que queréis poseer riquezas, tener posesiones? Apoyarse en eso es apoyarse en un hierro ardiente: queda siempre una pequeña marca. Es necesario no apoyarse en nada, ni siquiera en lo que puede ayudar a la piedad. La nada, en verdad, consiste en no tener ni deseo ni esperanza de alegría. ¡Qué dichoso es uno entonces! ¿Dónde se hallará alguien que esté perfectamente exento de la vergonzosa búsqueda de sí mismo?, dice la Imitación de Cristo: Habrá de buscársele muy lejos y en los últimos confines de la tierra (Nota 12) Muy lejos, es decir, muy bajo... Muy bajo en su propia estimación, muy bajo por su humildad; muy bajo, es decir, alguien que sea enteramente pequeño...».

«Todo el mundo busca los pronósticos»

23 Ella me decía:

«Os entregáis demasiado a lo que hacéis, como si cada cosa fuese vuestro último fin, y estáis constantemente deseando haberlo logrado, os sorprendéis de caer. ¡Es necesario contar siempre con caer! (Nota 13) Os preocupáis del futuro como si fueseis vos quien debe disponerlo; así, comprendo vuestra ansiedad. Os estáis diciendo continuamente: ¡Oh Dios mío!, ¿qué saldrá de mis manos? Todo el mundo busca de esta manera los pronósticos, es lo corriente; quienes no los buscan son únicamente los pobres de espíritu».

Vanidad de la estimación de las criaturas

24 Yo manifestaba el deseo de que las criaturas tomasen en cuenta mis esfuerzos y notasen mis progresos.

«Obrar así, replicó vivamente Sor Teresa, es imitar a la gallina, que tan pronto como ha puesto, se lo advierte a todos los que pasan. Vos queréis, como ella, que luego que habéis obrado bien, o que vuestra intención ha sido irreprochable, todo el mundo lo sepa y os estime...

»Gran vanidad es querer ser apreciada de veinte personas que viven con nosotras, y de las cuales cada una se ocupa, en su pequeño centro, de sus respectivas intenciones, de su salud, de su familia, de sus progresos espirituales o de sus intereses personales, que dejan escapar palabras más o menos felices! Pero al leer las semblanzas de los santos, pienso que también ellos estuvieron sujetos a muchas debilidades, que de su boca salieron en algunos casos expresiones enteramente humanas, a veces vulgares. Entonces pienso que no quiero ser amada ni estimada más que en el cielo.. , pues solamente allí será todo perfecto».

*

25 Al contrario de mi querida hermanita, que no tenía más que un deseo, el de que nadie se percatase de sus sacrificios, yo, siempre seducida por la vanagloria, me esforzaba en atraer la atención sobre lo que hacía. Ella me decía entonces:

«¡Os empeñáis en hacer que vuestras obras rindan! Hay muchos que se dedican a eso. Yo, por mi parte, me guardo mucho de hacerlo; tendría miedo de no ganar bastante. Por el contrario, escondo cuanto me es posible lo que hago y lo pongo en el banco de Dios, sin preocuparme de si rinde o no».

Mantas gastadas e interés personal

26 Un día que apaleábamos unas mantas, se me ocurrió decir de mal talante que tuvieran más cuidado, pues estaban muy deterioradas.

Sor Teresa del Niño Jesús me hizo entonces esta observación: «¿Qué haríais si no estuviéseis vos encargada de remendar esas mantas? ¡Obraríais con desinterés de espíritu! Si entonces advirtieseis que fácilmente se pueden desgarrar, obraríais sin apego. Por lo tanto, cuidad de que en ninguna de vuestras acciones se deslice ni la más ligera sombra de interés personal».

«Hacer el sacrificio de no recoger los frutos»

27 «Hasta la edad de catorce años, me confidenció ella, practiqué la virtud sin sentir su dulzura; no recogía los frutos: era mi alma como un árbol cuyas flores caen a medida que se abren. Haced a Dios el sacrificio de no coger los frutos, es decir, de sentir durante toda vuestra vida repugnancia en sufrir, en ser humillada, en ver todas las flores de vuestros deseos y de vuestra buena voluntad caer en tierra sin producir nada. En un abrir y cerrar de ojos, al momento de morir, él hará madurar hermosos frutos en el árbol de vuestra alma».

Dios tuvo a bien demostrarme cuánta razón tenía mi Teresa, pues leí en el Eclesiástico este pasaje, que le comuniqué y la encantó:

«Había un hombre falto de fuerza y muy necesitado, y Dios le miró con ojos benignos, le alzó de su abatimiento y le hizo levantar la cabeza; muchos se maravillaron, y glorificaron a Dios. Abandónate en Dios y sé fiel, pues le es fácil al Señor enriquecer de un golpe al pobre. Su bendición se apresura a recompensar al justo y hace fructificar sus: progresos en un breve instante» (Nota 14)

ESPÍRITU DE INFANCIA

28 Nuestra querida Maestra nos enseñaba en todo momento su «Caminito». Así llamaba a su espiritualidad, es decir, a su sistema de ir a Dios. «Para andar por el caminito, declaraba, hay que ser humilde, pobre de espíritu y sencillo».

¡Cómo habría ella gustado, de haberla conocido, esta oración de Bossuet! (Nota 15)

«¡Gran Dios! ..., no permitáis que ciertos espíritus, de los que unos se clasifican entre los sabios y otros entre los espirituales, puedan jamás ser acusados ante vuestro inapelable Tribunal de haber contribuido en algún modo a cerraros la puerta de no sé cuántos corazones, por el solo hecho de que vos queríais entrar en ellos de una manera cuya sola sencillez les extrañaba, y por una puerta que, aunque está abierta de par en par por los santos desde los primeros siglos de la Iglesia, ellos, tal vez, no conocían aún suficientemente. Antes bien, haced que, volviéndonos todos tan pequeños como niños, a la manera que Jesucristo lo ordenó, podamos entrar una vez por esta puertecita, a fin de poder después enseñársela a los demás más segura y más eficazmente».

Así sea.

29 Teresa supo maravillosamente, con la luz revelada a los pequeños, descubrir esta puerta de salud y enseñársela a los otros. ¿No han fijado, acaso, tanto la

Sabiduría divina como la sabiduría humana en este espíritu de infancia «la verdadera grandeza del alma?». Por ejemplo, dos grandes filósofos chinos, anteriores a la era cristiana, así lo habían establecido en estas poderosas definiciones:

«La virtud madura tiende al estado de infancia». (Lao-Tsé, siglo VII antes de Jesucristo).

«Es grande el hombre que no ha perdido su corazón de niño». (Meng-Tsé, siglo IV antes de Jesucristo) (Nota 16)

Para nuestra Santa, este «caminito» consistía prácticamente en la humildad, como ya he dicho.

Pero se traducía también por un espíritu de infancia muy acusado.

Por eso, gustaba ella mucho de hablarme sobre estas sentencias que sacaba del Evangelio:

«Dejad que se me acerquen los niñitos, pues de ellos es el reino de los cielos... Sus Ángeles contemplan continuamente el Rostro de mi Padre Celestial... Quien se hiciere pequeño como un niño, será el más grande en el reino de los cielos. Jesús abrazaba a los niños después de haberles bendecido». EVANGELIO.

Ella había copiado estas palabras, tal como las reproducimos (Nota 17), en el reverso de una estampa sobre la que estaban pegadas las fotografías de nuestros cuatro hermanitos, que habían volado al cielo en tierna edad. Me la regaló, guardándose otra parecida en su breviario. Las fotos están ahora borradas, en parte, por el tiempo.

30 A estos textos evangélicos había añadido otros, sacados de la Sagrada Escritura, que la encantaban, y siempre en relación con el Espíritu de infancia:

«Dichosos aquellos a quienes Dios justifica sin las obras, pues al que trabaja, el salario no se le cuenta como una gracia, sino como una deuda... Reciben, pues, un don gratuito los que sin hacer las obras son justificados por la gracia en virtud de la redención, cuyo autor es Jesucristo». (Epístola de San Pablo a los Romanos 4, 4-6)

«El Señor conducirá a los pastos su rebaño. Reunirá a los corderitos y les tomará en su regazo». Isaías, cap. XL, 11.

En el reverso de otra estampa grande, había reunido otras citas escriturísticas, algunas de las cuales repetían las precedentes. Pero es interesante ver hasta qué punto esclarecían su Camino.

«¡Si alguno es pequeñito, que venga a mí!» (Proverbios) «Quien se hiciere pequeño como un niño, será el más grande en el reino de los cielos. . . » (Evangelio)

El Señor reunirá a los corderitos y les tomará en su regazo.

«Como una madre acaricia a su niño, así os consolaré yo: os llevaré sobre mi regazo y os acariciaré sobre mis rodillas». (Isaías 46, 13).

«De la misma manera que un padre siente ternura para con sus hijos, el Señor siente compasión para con nosotros; tanto como dista el levante del poniente, tanto ha alejado él de nosotros los pecados de que somos culpables. El Señor es compasivo y lleno de dulzura, parco en castigar y abundante en misericordia» (Salmo 102, 12)

31 Amaba también muy particularmente otra estampa que representaba a un niño sentado sobre las rodillas de Nuestro Señor y haciendo esfuerzos por alcanzar su divino rostro y besarlo.

Le enseñé un recordatorio con la fotografía de un niño, muerto en tierna edad; ella señaló con su dedo el rostro del niño, diciendo con ternura y orgullo:

«¡Están todos bajo mi dominio!», como si previese ya su título de «Reina de los Pequeñitos».

32 Sor Teresa del Niño Jesús era alta, medía un metro sesenta y dos, mientras que la Madre Inés de Jesús era mucho más baja. Yo le dije un día:

«Si se os hubiese dado a escoger, ¿qué hubierais preferido: ser alta o baja?

Y me contestó sin vacilar:

«Hubiera escogido ser baja para ser pequeña en todo».

Devoción al misterio de la Encarnación y del Pesebre

33 Festejaba con la mayor piedad todos los años el 25 de marzo, pues decía ella: «Este es el día en que Jesús, en el seno de María, fue más pequeño».

Pero amó muy particularmente el Misterio del Pesebre. Allí le reveló el Niño Jesús todos sus secretos sobre la sencillez y el abandono.

Al contrario del heresiarca Marción, que decía con desprecio: «Quitadme esos pañales y ese pesebre indignos de un Dios», Teresa estaba prendada de la humillación de Nuestro Señor al hacerse pequeñito por amor nuestro.. Ella escribía con gusto sobre las estampas de Navidad que pintaba este texto de San Bernardo: «Jesús, ¿quién os hizo tan pequeño? - ¡El Amor!».

El nombre de Teresa del Niño Jesús, que le había sido dado a los nueve años, cuando manifestó su deseo de hacerse carmelita, continuó siendo siempre para ella una actualidad, y se esforzó constantemente por merecerlo. Haría esta oración: «Oh, Niñito Jesús, mi único tesoro: yo me abandono a tus divinos caprichos; no quiero otra alegría que la de hacerte sonreír. Imprime en mí tu gracia y tus virtudes infantiles, a fin de que el día de mi nacimiento en el cielo, los Ángeles y los Santos reconozcan en mí a tu pequeña esposa: Teresa del Niño Jesús».

Estas virtudes infantiles que deseaba, habían causado antes que su admiración la del austero San Jerónimo, que no fue por eso tachado de puerilidad. Ladrones del cielo

34 «Mis protectores del cielo y mis privilegiados son los que lo han robado como los santos Inocentes y el buen ladrón. Los grandes santos lo han ganado por sus obras; pero yo quiero imitar a los ladrones, quiero obtenerlo por astucia, una astucia de amor que me abrirá la entrada, a mí y a los pobres pecadores. El Espíritu Santo me anima a ello, puesto que dice en los Proverbios: «¡Oh, pequeñín! Ven, aprende de mí la astucia!» (Proverbios 1, 4).

La morada de los niñitos

35 Le hablaba yo de las mortificaciones de los santos; ella me contestó: «¡Qué

bien ha hecho Nuestro Señor con advertirnos de que en la casa de su Padre hay muchas moradas! (Juan 14, 2) De lo contrario nos lo hubiera dicho...

»Sí, si todas las almas llamadas a la perfección hubieran debido, para entrar en el cielo, practicar esas maceraciones, él nos lo hubiera dicho, y nosotros, nos las hubiéramos impuesto valientemente. Mas él nos anuncia que en su casa hay muchas moradas. Si hay las de las grandes almas, la de los Padres del desierto y la de los mártires de la penitencia, debe haber también la de los niños. Nuestro lugar está reservado allí, si le amamos mucho a El y a nuestro Padre celestial y al Espíritu de Amor».

Sor Teresa del Niño Jesús era, ya se ve, un alma muy sencilla, que se santificó por medios ordinarios.

Se comprende que la frecuencia de dones extraordinarios en su vida hubiera sido contraria a los que decía ser los designios de Dios sobre ella. Su vida había de ser sencilla para servir de modelo a las almas pequeñas.

Los niños no se condenan

36 «¿Qué haríais, le decía yo, si pudieseis volver a empezar vuestra vida religiosa?

- Me parece, respondió, que haría lo mismo que he hecho.

- Entonces, ¿no compartís el sentimiento de aquel solitario que afirmaba: «Aunque hubiese vivido largos años en la penitencia, mientras me quedase un cuarto de hora, un soplo de vida, temería condenarme?».

- No, no puedo compartir ese temor; soy demasiado pequeña para condenarme: los niños no se condenan».

Pasar bajo el caballo

37 Toda desanimada, con el corazón todavía oprimido por un combate que me parecía insuperable, fui a decirle: «¡Esta vez es imposible, no puedo sobreponerme!

- Eso no me maravilla, me respondió. Somos demasiado pequeñas para sobreponernos a las dificultades; es necesario que pasemos por debajo de ellas».

Me recordó entonces este episodio de nuestra infancia:

«Nos hallábamos en casa de unos vecinos (Nota 18) , en Alençon; un caballo nos impedía la entrada al jardín. Mientras las personas mayores buscaban un modo de pasar, nuestra amigueta (Nota 19) no halló otro más fácil que el de pasar por debajo del animal. Se deslizó la primera, y me tendió la mano; yo la seguí arrastrando a Teresa, y sin curvar mucho nuestra pequeña estatura, logramos nuestro objeto.

«Ved lo que se gana con ser pequeña, concluyó ella. No hay obstáculos para los pequeños; se cuelan por todas partes. Las almas grandes pueden pasar sobre los negocios, examinar las dificultades, llegar por el razonamiento o por la virtud a colocarse por encima de todo; pero nosotras, que somos pequeñas, hemos de guardarnos mucho de intentarlo. ¡Pasemos por debajo!

«Pasar por debajo de los asuntos es no mirarlos de demasiado cerca, no razonarlos» (Nota 20)

Dirigir la intención

38 Durante su enfermedad, aceptaba los remedios más repugnantes y los tratamientos más penosos con una paciencia inalterable, aun dándose cuenta de que era cosa perdida; pero nunca manifestó la fatiga que se le seguía de ello. Me confidenció haber ofrecido a Dios todos aquellos cuidados inútiles por un misionero que no tendría ni tiempo ni medios para cuidarse, pidiendo que todo aquello le fuese provechoso... Como yo le manifestase mi pena por no tener tales pensamientos, me contestó:

«Esta intención explícita no es necesaria para un alma que se ha entregado enteramente a Dios. El niño, en el seno de su madre, toma la leche maquinalmente, por decirlo así, sin presentir la utilidad de su acción, y mientras tanto vive y se desarrolla; sin embargo, no es ésa su intención».

Y me decía además: «Un pintor que trabaja para su maestro no necesita repetir a cada pincelada: esto es para el señor tal, esto es para el señor tal... Basta con que se ponga al trabajo con la intención de trabajar para su maestro. Bueno es recoger frecuentemente el pensamiento y dirigir la intención pero sin apremio de espíritu. Dios adivina los pensamientos bellos y las intenciones ingeniosas que quisiéramos tener. El es un Padre y nosotros sus hijitos».

«Jesús no puede estar triste a causa de nuestros regateos»

39 Yo le decía: «Tengo que trabajar, si no Jesús estaría triste...».

- «¡Oh, no! Estaríais triste vos. El no puede estar triste a causa de nuestros regateos (Nota 21) ¡Pero, qué pena para nosotros no darle todo lo que podemos!». Ser santa sin crecer...

40 Porque era profundamente humilde, Sor Teresa del Niño Jesús se sentía incapaz de subir la «áspera escalera de la perfección»; por eso se dedicó a volverse cada vez más pequeña, a fin de que Dios se hiciese completamente cargo de sus cosas y la llevase en sus brazos, como acaece en las familias con los niños. Quería ser santa, pero sin crecer, porque así como las pequeñas travesuras de los niños no contristan a sus padres, así las imperfecciones de las almas humildes no pueden ofender gravemente a Dios, y sus faltas no les son tenidas en cuenta, según el dicho de los Libros Santos: «A los niños se les perdona por compasión» (Sabiduría 6, 6) . En consecuencia, se guardaba mucho de desear ser perfecta y de que las demás la creyesen tal, pues con eso habría crecido, y Dios la dejaría andar sola.

*

41 «Los niños no trabajan para ganarse una posición, decía ella; si son buenos, es para complacer a sus padres. Por eso, no se ha de trabajar para llegar a ser santas, sino para agradar a Dios».

Cómo besar el crucifijo

42 Durante su enfermedad, habiéndome portado imperfectamente, y arrepintiéndome mucho de ello, me dijo: «Besad el crucifijo ahora mismo.»

Yo le besé en los pies.

- «¿Es ahí donde una hija besa a su padre? ¡Pronto, pronto; se besa el rostro!».

Yo lo besé.

- «Y ahora se deja una besar».

Hube de arrimar el Crucifijo a mi mejilla, y entonces me dijo:

- «¡Esta vez está bien, todo queda olvidado!».

El patrimonio de los niñitos

43 «Nuestro Señor respondía en otro tiempo a la madre de los hijos de Zebedeo:

«Estar a mi derecha y a mi izquierda pertenece a aquéllos a quienes mi Padre se lo ha destinado» (Mateo 20, 23; Marcos 10, 40) . Me figuro que estos puestos de elección, rehusados a los grandes santos, a los mártires, serán el patrimonio de los niñitos...

«¿No hacía ya David esta predicción cuando dijo que el pequeño Benjamín presidirá las asambleas (de los santos)?» (Salmo 67, 28)

Le preguntaban una vez bajo qué nombre deberíamos invocarla cuando estuviese en el cielo.

«Me llamaréis Teresita respondió humildemente».

CONFIANZA

44 Sus conversaciones sobre el amor y la misericordia de Dios no se agotaban nunca. Su confianza era invencible, y si deseaba desde su adolescencia «llegar a ser una Santa y una gran Santa», como lo declara en el capítulo IV de su Vida, su ambición iba a perderse en la infinita riqueza de los méritos de Jesús, «que eran propiedad suya», decía ella. Por eso, aun las más altas esperanzas no le parecían temerarias.

Aseguraba que no se había de temer el desear demasiado, el pedir demasiado a Dios: «En la tierra hay gentes que saben hacerse invitar, que se cuelan por todas partes... Si pedimos a Dios algo que no entraba en sus cálculos darnos, es tan poderoso y tan rico, que se le hace ya puntillo de honor decirnos que no, y lo da...».

45 Pero no empleaba nunca esta santa audacia para solicitar consuelos, ni aun aligeramiento de penas. En cuanto a las gracias temporales, era muy circunspecta. Creía que Dios no le rehusaría nada, y usaba de una gran reserva «por miedo, confidenciaba ella, de que Dios se creyese obligado a escucharla». Por consiguiente, cuando pedía un favor o un alivio, era por complacer a los demás, y aun entonces hacía «pasar sus oraciones por manos de la Santísima Virgen» y daba esta razón: «Pedir a la Santísima Virgen no es lo mismo que pedir a Dios. Ella sabe muy bien lo que tiene que hacer con mis pequeños deseos, si los ha de transmitir o no...; en fin, a ella le toca juzgar, para no forzar la voluntad de Dios a que me escuche, para dejarle hacer en todo su voluntad».

Cuando expresaba su deseo de «hacer el bien en la tierra después de su muerte», ponía como condición que «miraría los ojos de Dios para saber si aquello era su voluntad». Nos hacía notar que este abandono imitaba la oración de la Santísima Virgen, la cual en Caná se contenta con decir: «No tienen vino» (Juan 2, 3) Del mismo modo, Marta y María dicen solamente: «Aquél a quien vos amáis

está enfermo» (Juan 11, 3) Ellas exponen sencillamente sus deseos sin formular una petición, dejando a Jesús en libertad de hacer lo que quiera.
Quietismo, no

46 Aunque caminó por esta vía de confianza ciega y total, que ella llama «su caminito» o «Camino de infancia espiritual», nunca descuidó la cooperación personal, antes bien dio a ésta una importancia que llenó toda su vida de actos generosos y continuados,

Así lo entendía ella y así nos lo enseñó constantemente en el noviciado.

Un día que yo había leído estas palabras en el Eclesiástico: «La misericordia prepara a cada uno su lugar según el mérito de sus obras y según la prudente conducta de su peregrinación en esta vida» (Eclesiástico 16, 15), le hice observar que ella tendría un hermoso lugar, pues había dirigido su barca con una sublime prudencia; pero ¿por qué se decía: según el mérito de sus obras?

Me explicó entonces con energía que el abandono y la confianza en Dios se alimentaban del sacrificio. «Hay que hacer, me dijo, todo cuanto está en nosotros, dar sin medida, renunciarse continuamente, en una palabra, probar nuestro amor por medio de todas las buenas obras que están en nuestro poder... Pero como, al fin de cuentas, todo esto es bien poca cosa..., es necesario, cuando hayamos hecho todo lo que creemos deber hacer, confesarnos «siervos inútiles» (Lucas 17, 10), esperando, no obstante, que Dios nos dé por gracia todo lo que deseamos.

«He aquí lo que esperan las almas pequeñas que «corren» por el camino de infancia: Digo «corren» y no «descansan».

«No ir al Purgatorio»

47 Mi querida Hermanita me inculcaba a cada momento este deseo humildemente confiado, del cual vivía intensamente. Esta era la atmósfera que respiraba como el aire.

Era yo todavía postulante cuando la noche de Navidad de 1894 hallé en mi zapato una poesía que Teresa me había compuesto a nombre de la Santísima Virgen. Allí leí esto:

Tu corona trenzará
Jesús, si buscas su Amor.
Un día te hará reinar,
si le das tu corazón.

Tras la noche de la vida
verás su dulce mansión,
y a aquella cumbre divina
volará tu alma veloz.

En su Acto de ofrenda al Amor Misericordioso de Dios, hablando de su propio amor, ella termina así:

«...¡ Que este martirio, después de haberme preparado para comparecer delante de Vos, me haga por fin morir, y que mi alma se lance sin demora al eterno abrazo de Vuestro Misericordioso Amor! . . .»

Estaba, pues, siempre bajo la impresión de esta idea, cuya realización no

ponía en duda, según el dicho de nuestro Padre San Juan de la Cruz, que ella se apropiaba: «Cuanto más quiere darnos Dios, tanto más nos hace desear» (Nota 22)

48 Basaba su esperanza relativa al Purgatorio sobre el abandono y el Amor, sin olvidar su tan amada humildad, virtud característica de la infancia. El niño ama a sus padres, y no tiene otra pretensión que la de abandonarse totalmente en ellos, pues se siente débil e impotente.

Me decía: «¿Riñe un padre a su hijo cuando él mismo se acusa? ¿Le impone un castigo? No, seguramente, sino que le estrecha contra su corazón.

En apoyo de este pensamiento me recordó una historia que habíamos leído en nuestra infancia: Habiendo salido un rey de caza, perseguía a un conejo blanco, que sus perros estaban a punto de alcanzar; en esto, el conejito, viéndose perdido, retrocedió rápidamente y saltó a los brazos del cazador. Este, conmovido ante tanta confianza, no quiso separarse más del conejo blanco ni permitió que nadie le tocara, reservándose el cuidado de alimentarle.

«Así obrará Dios con nosotras,, me dijo, si perseguidas por la justicia, figurada en los perros, buscamos refugio en los brazos mismos de nuestro Juez...».

49 Si es verdad que al decir esto pensaba en las almas pequeñas que siguen el Camino de la Infancia espiritual, no por eso excluía de esta esperanza atrevida aun a los grandes pecadores.

Por eso Sor Teresa del Niño Jesús pudo escribir en su manuscrito: «¡Ah, lo sé! Aún cuando yo tuviese sobre la conciencia todos los crímenes que se pueden cometer, no perdería nada de mi confianza; iría, con el corazón roto por el arrepentimiento, a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído las palabras que dirige a santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. ¡No! Nadie podría asustarme, pues sé a qué atenerme respecto de su amor y de su misericordia. Sé que toda esa multitud de ofensas se abismaría en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua arrojada en un brasero ardiendo» (Nota 23)

50 Inmediatamente después de mi entrada en el Carmelo, había pedido permiso para leer la historia de los Padres del desierto. Había sacado de ella algunas notas, entre las cuales ésta, que impresionó a mi querida Hermanita hasta tal punto que sintió no haberla introducido en su autobiografía, y recomendó con instancia que se le añadiese:

«Una pecadora, llamada Paesia, asolaba la comarca con sus escándalos. Un Padre del desierto, Juan el Nain, fue a buscarla, y como la exhortase a la penitencia de sus pecados, ella le dijo: Padre mío: ¿hay todavía posibilidad de penitencia para mí?

- Sí, dijo el Santo; os lo aseguro.

- Llevadme a donde creáis conveniente para hacerla, le respondió ella.

»Se levantó en seguida, y le siguió sin decir nada en su casa, sin siquiera decir una palabra a nadie.

»Como hubiesen entrado en el desierto y se acercase la noche, Juan hizo un montón de arena en forma de almohada, lo señaló con el signo de la cruz, y dijo a

Paesia que se acostase. Luego, él se colocó más lejos para dormir también, después de haber orado. Pero, habiéndose despertado a media noche, vio un rayo de luz que descendía del cielo sobre Paesia y que servía como de camino a muchos ángeles que llevaban su alma al cielo. Sorprendido de esta visión, fue hacia Paesia, a quien empujó con el pie para ver si estaba muerta, y vio que había entregado su alma a Dios. Al mismo tiempo, oyó una voz milagrosa que le decía: Su penitencia de una hora ha sido más agradable a Dios que la que otros hacen durante largo tiempo, pues éstos no la hacen con tanto fervor como aquélla» (Nota 24)

51 Muchas veces, Sor Teresa me había hecho notar que la justicia de Dios se contentaba de bien poca cosa cuando el motivo de obrar era el amor, y que entonces moderaba hasta el exceso la pena temporal debida al pecado, pues Dios es todo dulzura.

«He comprobado por experiencia, me confidenció, que después de una infidelidad, aun ligera, el alma debe sufrir durante algún tiempo cierto malestar. Entonces me digo a mí misma: «Hija mía, es el precio de tu falta», y soporto pacientemente el pago de la pequeña deuda».

Mas a eso se limitaba, así lo esperaba ella, la satisfacción reclamada por la justicia, en los que son humildes y se abandonan en Dios con amor. No veía abrirse para ellos la puerta del Purgatorio; antes bien, pensaba que el Padre de los cielos, respondiendo a su confianza con una gracia de luz a la hora de la muerte, haría nacer en sus almas, a la vista de su miseria, un sentimiento de contrición perfecta que borrara toda deuda.

Santa Teresa del Niño Jesús

Consejos y Recuerdos

Recogidos por Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina),
hermana y novicia de Santa Teresa del Niño Jesús

III

AMOR DE DIOS

GRATITUD

UNION CON DIOS

PIEDAD

AMOR DE DIOS

1 Al contrario de otros místicos que se ejercitan en la perfección para alcanzar el amor, Sor Teresa del Niño Jesús tomaba como camino de la perfección el amor mismo.

El amor fue el objetivo de toda su vida, el móvil de todas sus acciones.

Agradar a Dios

2 «Los grandes santos han trabajado por la gloria de Dios, pero yo, que no soy más que un alma pequeñita, trabajo por agradarle, por satisfacer sus «fantasías», y me sentiría dichosa de soportar los más grandes sufrimientos, aun sin que él lo supiera, si fuese posible, no para procurarle una gloria pasajera - ¡ aun esto sería

ya demasiado hermoso!- sino sólo para hacer florecer una sonrisa en sus labios... ¡Hay ya bastantes que quieren ser útiles! Mi sueño es el de ser un juguetito inútil en las manos del Niño Jesús...; soy un «capricho» de Jesús. . .».

*

3 Durante su enfermedad, me hizo esta confidencia:

«No he deseado otra cosa que agradar a Dios. Si hubiese procurado amontonar méritos, en este momento estaría desesperada».

Si, porque sabiendo que «todas nuestras justicias tienen mancha a los ojos de Dios», (Isaías 64, 5), ella, en su humildad, tenía en nada las obras que había realizado, y sólo estimaba el amor que las había inspirado.

*

4 «A Dios, decía ella, que tanto nos ama, bastante le cuesta ya verse obligado a dejarnos en la tierra para cumplir nuestro tiempo de prueba, sin que tengamos que ir constantemente a decirle que aquí estamos mal; ¡es necesario hacer como que no nos damos cuenta!».

Si sudaba en los grandes calores, o si sentía demasiado frío en invierno, tenía la exquisita delicadeza de no enjugarse el rostro y de no frotarse las manos «sino a hurtadillas, como para no dar a Dios tiempo de verlo...».

Igualmente, cuando se entregaba a un ejercicio de penitencia prescrito por la Regla: «Me esforzaba por sonreír, confienciaba, a fin de que Dios, como engañado por la expresión de mi rostro, no supiese que yo sufría».

En su ingenuo lenguaje, decía: «¡Si al llegar al cielo no tengo todo lo que he deseado, me guardaré mucho de demostrarlo, y Dios no se dará cuenta de mi desilusión! ...»

Alegrarse de no tener un solo sentimiento delicado...

5 «Vos sois delicada con Dios y yo no lo soy, pero ¡cuánto desearía serlo! ... ¿Suple, acaso, mi deseo?

- Precisamente, sobre todo si aceptáis esa humillación. Y si llegáis a alegraros, eso agradará más a Jesús que si nunca hubieseis cometido falta de delicadeza; decid: «Dios mío, os doy gracias por no tener nunca un sentimiento delicado, y me alegro de que las otras los tengan... Me llenáis de alegría, ¡oh, Señor!, con todo lo que hacéis» (Salmo 91)

Sentirse pesarosa de haber leído

6 Si la llama de su amor era siempre pura y devoradora es porque tenía cuidado de aislarla de todas las cosas creadas, alimentándola solamente de sacrificio. Un día que nos encontrábamos delante de una biblioteca, me dijo con su habitual jovialidad: «¡Oh, qué pesarosa estaría si hubiese leído todos esos libros! -¿Pues, por qué?, repliqué yo: después de haberlos leído se trataría de un bien adquirido; yo comprendería lo de: estar pesarosa de tener que leerlos, pero no de haberlos

leído. - Si los hubiese leído, me hubiera roto la cabeza, habría perdido un tiempo precioso que he empleado sencillamente en amar a Dios».

Generosidad

7 Una vez, le hacía observar que Dios me pedía a mí más que á las otras, que tal o cual Hermana se permitía algo de lo que yo me privaba. Tuve esta respuesta: «Yo, por mi parte, estoy siempre contenta de lo que Dios me pide; no me preocupo de lo que pide a las otras, y no creo tener más mérito porque él me pida más. Lo que me gusta, lo que yo escogería -si fuese posible- es precisamente lo que Dios quiere de mí. Hallo siempre bella mi suerte... Aun en el caso de que las otras tuviesen más mérito dando menos, yo preferiría tener menos mérito dando más, porque así cumpliría la voluntad de Dios.

Y al decirle que era gran dicha la suya al poder irse con Dios: «No es, en absoluto, por gozar por lo que deseo ir con El. El sufrimiento me atrae demasiado para que yo prefiera el cielo. Sólo la certeza de cumplir la voluntad divina me hace desear la muerte; preferiría vivir, y sufrir el martirio.

*

8 Aunque afligida por la persecución de que eran objeto las Comunidades religiosas, su mirada se animaba con una viva llama al pensamiento de que pudiéramos, tal vez, derramar nuestra sangre. Tenía entonces palabras vehementísimas, que traducían el fuego de amor en que se abrasaba su corazón.

Durante su última enfermedad la oí exclamar: «¡Cuando pienso que muero en una cama! ¡Hubiera querido morir en la palestra!».

El altar ofrecido por el Sr. Martin

9 Mientras varias personas de la familia criticaban a mi padre por haber costeadado el Altar Mayor de la iglesia de San Pedro de Lisieux (Nota 1), regalo demasiado importante, decían, para sus medios, y que perjudicaba a sus hijas, Teresa se alegraba, diciendo: «Después que nos ha dado todas a Dios, es muy natural que le ofrezca un altar para inmolarnos y para inmolarse a sí mismo»

Coger las flores de los árboles frutales

10 Confidenciaba yo a mi Hermanita querida que durante el Oficio divino me imaginaba estar echando flores en honor de Dios. En la recitación alternada de los versículos veía yo una batalla de flores. A cada salmo las flores variaban. A veces eran lirios, a veces rosas. Todas las flores que espontáneamente se me representaban, pasaban por allí. Por fin, el jardín del que yo cortaba mis flores quedó despojado. No quedaban más que los árboles frutales. Vacilé un instante; luego amontoné flores de albaricoques, de cerezos, de albaricoques... Al final del Oficio no quedaba ya una flor.

La idea de coger las flores de los árboles frutales agradó a mi santa. Teresita. Me hizo notar que era propio del amor sacrificarlo todo, dar a troche y moche, despilfarrar, aniquilar hasta la esperanza de los frutos, obrar locamente, ser pródigo hasta lo sumo, no calcular nunca. «¡Oh, feliz indiferencia, dichosa

borrachera de amor, dijo! ¡El amor lo da todo y se entrega! Pero, muchas veces, no damos sino después de deliberar: vacilamos en sacrificar nuestros intereses temporales y espirituales. ¡Esto no es amor! ¡El amor es ciego, es un torrente que no deja nada a su paso!».

Dedicarse únicamente al Amor

11 Le decía una vez: «Lo que os envidio son vuestras obras. Yo también quisiera hacer el bien, componer bellas cosas que hiciesen amar a Dios!

- «No hay que apegar el corazón a esto, me contestó. No se debe desear hacer el bien por medio de libros, de poesías, de obras de arte... ¡Oh, no! Ante nuestra impotencia,. debemos ofrecer las obras de los otros; en eso consiste la ventaja de la comunión de los Santos. Y no hemos de estar pesarosos de esta impotencia, sino dedicarnos únicamente al amor.

»Taulero dijo: «Si amo el bien que hay en mi prójimo más que el que hay en mí, ese bien es más mío que suyo. Si amo en San Pablo todos los favores que Dios le concedió, todo eso me pertenece por el mismo derecho que a él. Mediante esta comunión puedo enriquecerme con todo el bien que hay en el cielo y en la tierra, en los Ángeles, en los Santos y en todos los que aman a Dios».

»Los Doctores nos enseñan que en el cielo el amor que une a los elegidos es tan grande que cada uno goza de la felicidad de los otros como si él mismo la hubiese merecido y la gozase (Nota 2)

»Haréis tanto bien como yo, y aun más, con el deseo de hacer ese bien y con la obra más oculta cumplida por amor: por ejemplo, haciendo un pequeño favor que cuesta mucho.

»Sabéis que yo soy pobre, pero Dios me da exactamente lo que me hace falta».

Sólo cuenta el amor y la obediencia...

12 Durante el invierno 1896-1897, no queriendo que Sor Teresa del Niño Jesús pasase frío en los pies, nuestra Reverenda Madre Priora (Madre María de Gonzaga) exigía que se sirviese de un brasero, de modo que tuviera siempre un par de alpargatas calientes; pero ella no usaba de él sino por obediencia y gran necesidad, dejándolo extinguirse inexorablemente, con gran disgusto mío, cuando juzgaba que no hacía demasiado frío. «Las demás se presentarán en el cielo con sus instrumentos de penitencia, y yo con un brasero, me decía: pero sólo cuenta el amor y la obediencia...»

La que había edificado la iglesia...

13 «He leído, nos contaba Sor Teresa, que un gran señor, queriendo levantar una iglesia, publicó un edicto por el que prohibía a sus vasallos hacer la más pequeña limosna a tal intención, pues quería tener él solo esta gloria. La iglesia se edificó. Sin embargo, un día, una pobre viejecilla, viendo que los caballos que transportaban las piedras subían con gran trabajo la colina, se dijo para sí: «Está prohibido dar dinero para construir a Dios este templo; sin embargo, me hubiera

sentido dichosa de contribuir a su edificación. Pero, ¿tal vez le agrade a Dios que yo ayude a los pobres animales, que inconscientemente cooperan a esta gran obra!». Con su dinero, el último que tenía, compró un manojo de heno y se lo dio a los caballos.

»Cuando la iglesia estuvo terminada, el señor quiso celebrar la consagración; y al efecto, hizo grabar sobre una lápida su nombre y el de su familia, como testimonio perenne de su liberalidad. Pero he aquí que al día siguiente el nombre se halló borrado, y en su lugar se leía el de una pobre mujer desconocida. El señor, furioso, mandó varias veces volver a poner la inscripción; siempre se reproducía el milagro. Por fin, ordenó que se hiciesen averiguaciones, y habiendo hallado a la humilde mujer, le preguntó si había dado ella algo para construir la iglesia. Toda temblorosa, ella se disculpó. Al fin, acosada a preguntas, se acordó del manojo de heno, y dijo que, fiel a la prohibición, no había dado dinero, sino sólo ayudado a los caballos, dándoles a comer un poco de heno. Se comprendió entonces por qué su nombre estaba allí grabado, y nadie se atrevió en adelante a borrarlo.

»Así, concluyó Teresa, ya veis cómo la más pequeña obra, la más escondida, hecha por amor, tiene muchas veces mayor precio que las grandes obras... No es el valor ni aun la santidad aparente de las acciones lo que cuenta, sino solamente el amor que se pone en ellas, y nadie puede decir que no es capaz de dar estas cositas a Dios, pues están al alcance de todos».

Un simple golpe de ala

14 «Acordaos de aquella bella estrofa del Cántico espiritual de nuestro Padre San Juan de la Cruz:

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma (Estrofa 13)

»Ya lo veis: el Esposo, el ciervo herido, no es atraído por la altura, es decir, por las acciones brillantes, sino solamente por el aire del vuelo, y un simple golpe de ala -un acto de verdadera caridad- basta para producir esta brisa de amor».

La ofrenda al Amor misericordioso

15 Durante la hora de adoración delante del Santísimo expuesto en el ejercicio de las «Cuarenta Horas» -el martes, 26 de febrero de 1895- Teresa había compuesto de un tirón su cántico «Vivir de amor».

El domingo, 9 de junio de 1895 -en la fiesta de la Santísima Trinidad- durante la misa, sintió la inspiración de ofrecerse como víctima de holocausto al Amor misericordioso de Dios.

En seguida, después de la misa, toda emocionada, me llevó consigo, sin saber yo para qué. Pero pronto se nos reunió nuestra Madre Priora (Madre Inés de Jesús), que se dirigía al torno. Teresa parecía un poco apurada al exponer su petición. Balbució algunas palabras, solicitando el permiso para ofrecerse, conmigo, al Amor misericordioso. No sé si pronunció la palabra «víctima». La cosa

no parecía tener importancia; nuestra Madre dijo que sí.

Una vez sola conmigo, me explicó brevemente lo que quería hacer; su mirada estaba inflamada. Me dijo que iba a poner por escrito sus pensamientos y a componer un acto de entrega.

Dos días después, arrodilladas ambas delante de la Virgen milagrosa de la Sonrisa, que se hallaba entonces en la oficina que estaba junto a su celda, ella pronunció el Acto en nombre de las dos. Era el martes 11 de junio.

16 Sor Teresa comunicó más tarde su Acto de Ofrenda a Sor María del Sagrado Corazón y a Sor María de la Trinidad. Ya habló de esto en su manuscrito. Invitó a su Acto a todas las almas pequeñas. En su intención, en efecto, no se trataba de ofrecerse con todo un lujo de sufrimientos supererogatorios, sino de entregarse, de abandonarse sin restricción a la Misericordia de Dios. Sor María del Sagrado Corazón, nuestra hermana mayor, rehusó desde el principio hacer este Acto de Ofrenda, no queriendo echarse encima un aumento de dificultades. He aquí, a este propósito, la relación consignada por su enfermera en unas notas íntimas inéditas:

«Hoy, 6 de junio de 1934, hablaba con Sor María del Sagrado Corazón acerca del Acto de Ofrenda al Amor misericordioso.. Me dijo que Sor Teresa del Niño Jesús, que estaba junto a ella removiendo el heno del prado, le había preguntado si quería ofrecerse como víctima al Amor misericordioso de Dios, y que ella había respondido: «No, ciertamente, no quiero ofrecerme como víctima; Dios me tomaría la palabra y el sufrimiento me asusta demasiado. Desde luego, esa palabra víctima me disgusta mucho».

»Entonces Teresita le dijo que la comprendía muy bien, pero que ofrecerse como víctima al Amor misericordioso de Dios no era en modo alguno lo mismo que ofrecerse a su Justicia, que no sufriría más, que era para poder amar mejor a Dios por los que no quieren amarle.

»En fin, estuvo tan elocuente, añade Sor María del Sagrado Corazón, que me dejé ganar, y tampoco yo me arrepiento ahora».

Nótese que Sor María del Sagrado Corazón se dedicó desde entonces a propagar el Acto entre todas sus amistades y personas con quienes trataba. Que yo sepa, sólo una se resistió a sus insinuaciones.

Finalmente, renovando esta Ofrenda en voz baja y recalando claramente las palabras, murió el 19 de enero de 1940, a las dos y veinte de la mañana.

17 Añado ahora la confidencia que me hizo mi compañera de noviciado, Sor María de la Trinidad:

«Sor Teresa del Niño Jesús no me dio a conocer su entrega como víctima de holocausto al Amor misericordioso hasta el 30 de noviembre de 1895. Yo le manifesté en seguida el deseo de imitarla, y se decidió que haría mi consagración al día siguiente. Al quedarme sola y reflexionar sobre mi indignidad, llegué a la conclusión de que necesitaba una preparación más larga para un acto de tal importancia. Volví, pues, a ver a Sor Teresa, explicándole las razones por las cuales deseaba diferir mi ofrenda.

»Su rostro tomó una expresión de gran alegría: «Sí, me dijo, este acto es importante, más importante de lo que, podemos imaginar; pero ¿sabéis la sola

preparación que Dios nos pide? Pues bien: es la de reconocer humildemente nuestra indignidad, y puesto que ya os concede esta gracia, entregaos a él sin miedo. Mañana, después de la acción de gracias, yo me quedaré junto a vos en el Oratorio, donde estará expuesto el Santísimo Sacramento: y mientras pronunciáis vuestro Acto, os ofreceré a Jesús como una pequeña víctima que yo le he preparado».

18 Si nuestra Maestra hubiera creído atraer sobre nosotras un aumento de sufrimientos, no habría apresurado de este modo nuestra entrega al Amor. Pero por el contrario, ella nos precisaba que este acto era enteramente distinto de la ofrenda como víctima a la Justicia divina: «No hay nada que temer de la Ofrenda al Amor misericordioso, decía con calor, pues de este Amor no se puede esperar otra cosa que misericordia».

No dejaba, sin embargo, de añadir que esta ofrenda requería buena voluntad y generosidad.

El calidoscopio

19 Me hablaba una vez refiriéndose a un juego muy conocido con el que nos divertíamos en nuestra infancia. Era un calidoscopio, especie de catalejo, a cuyo extremo se perciben bonitos dibujos de diversos colores; si se da vueltas al instrumento, esos dibujos varían hasta el infinito. «Este objeto, me decía, cansaba mi admiración. Me preguntaba qué era lo que podía producir un fenómeno tan encantador, cuando un día, tras un examen serio, vi que se trataba simplemente de algunos pedacitos de papel y lana, echados acá y allá, y cortados de cualquier manera. Continué mis indagaciones y descubrí tres cristales en el interior del tubo. Ya tenía la clave del problema.

«Esto fue para mí la imagen de un gran misterio. Mientras nuestras acciones, aun las más pequeñas, no se salgan del foco del amor, la Santísima Trinidad, figurada por los cristales convergentes, les da un reflejo y una belleza admirables. Sí, mientras el amor esté en nuestro corazón, mientras no nos alejemos de su centro, todo va bien (Isaías 3, 10) y, como dice san Juan de la Cruz: «El amor sabe sacar provecho de todo, del bien y del mal que hay en mí y tras forma todas las cosas en sí» (Nota 3) Dios, mirándonos por el pequeño antejo, es decir, a través de si mismo, encuentra siempre bella nuestras miserables pajas y nuestras más insignificantes acciones; ¡pero, para eso, es necesario no alejarse del pequeño centro! ¡Porque entonces, El no vería más que unos pedacitos de lana y unos minúsculos papelitos!

«¡Yo juego a la banca del Amor!»

20 Me decía frecuentemente que no quería ser «comerciante al por menor» (Nota 4), pues en este oficio no se gana de golpe, sino perra a perra. Sin embargo, hay muchas almas que se ganan la vida en esta pequeña escala; hay quienes cobran al contado. Pero yo, decía ella, juego a la banca del Amor...; lo hago a juego alto. Si pierdo, lo veré. No me preocupo de las especulaciones de la bolsa; es Jesús quien lo hace por mí. No sé si soy rica o pobre, más tarde lo veré».

«Dios es un fuego consumidor»

21 Una vez que tenía en las manos las epístolas de San Pablo, me llamó y me dijo entusiasmada: «Escuchad lo que dice el Apóstol: «No os habéis acercado (por medio del amor) a un monte que se pueda tocar con la mano, ni a un fuego que arde, ni a un torbellino..., sino al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, que es la Jerusalén celestial, al coro de millares de ángeles, a la Iglesia de los primogénitos..., pues nuestro Dios es un fuego consumidor» (Hebreos, 12, 18, 22, 23, 29) Y volviendo a estas últimas palabras, me las comentó con emoción.

GRATITUD

22 Mi querida Hermanita me decía:

«Lo que alcanza más gracias de Dios es la gratitud, pues si le agradecemos un beneficio, se conmueve y se apresura a hacernos otros diez; y si se los agradecemos aún con la misma efusión, ¡qué multiplicación incalculable de gracias! Yo lo he comprobado por experiencia; probadlo vos y veréis. Mí gratitud no tiene límites por todo lo que me da, y se lo demuestro de mil maneras».

Era agradecida aun al menor favor recibido, pero particularmente al bien que le habían hecho los ministros de Dios con los que había tenido ocasión de tratar.

No dudar de Dios

23 Me lamentaba de que Dios parecía abandonarme... Sor Teresa replicó vivamente: «¡Oh, no digáis eso! Mirad: aunque no comprenda nada de lo que acontece, yo sonrío y digo: ¡gracias! Aparezco siempre contenta delante de Dios. No hay que dudar de él: eso es falta de delicadeza. No: «imprecaciones» contra la Providencia nunca, sino siempre gratitud».

«Acuérdate»

24 Entraba yo en el Carmelo con la impresión de haber dado mucho a Jesús. Por eso, pedí a mi Teresita que me compusiese, sobre el estribillo «Acuérdate», un poema, destinado a «recordar» a Jesús todo lo que yo creía haberle sacrificado y todo lo que nuestra familia había sufrido. Ella acogió el encargo con gusto, viendo en él la oportunidad de darme una lección. En numerosas estrofas, ella evocó, no lo que yo había hecho por Jesús, sino lo que Jesús había hecho por mí.

Pensé entonces en la parábola del Fariseo y del Publicano: ¿No había yo imitado un poco al primero, que se vanagloriaba de pagar las décimas de todos sus bienes?...

Teresa había querido enseñarme el completo olvido de mí misma para vivir en el amor y en la acción de gracias.

UNIÓN CON DIOS

«Lo que nos importa es unirnos con Dios»

25 Un día, me inflamé de indignación contra las Comunidades que cumplían las leyes injustas que se habían dado contra ellas: «¡Qué desgraciada sería yo si perteneciese a una de esas Comunidades! ¡Ah! ¡Cuando pienso en esto se me revuelve toda la sangre del corazón! ¡Preferiría hacerme acuchillar antes que dar ni una sola zanahoria!».

Ella me respondió: «Esto no os atañe. Pienso como vos, obraría como vos si tuviese responsabilidad en el asunto, pero no estoy encargada de él. Lo que nos importa es unirnos a Dios. Aunque perteneciésemos a una de esas Comunidades citadas en los periódicos como ejemplo de cobardía, eso no debería inquietarnos».

Ni demasiado celo, ni indolencia

26 Trataba ella de combatir en mí el demasiado celo en los asuntos, el deseo de hacer demasiado bien las cosas, la viva pena que sentía cuando no las había logrado hacer a mi gusto; en una palabra, el tráfigo que me imponía en el obrar. «No habéis venido aquí, me decía, para trabajar a destajo. No se ha de trabajar tampoco para lograr éxitos. ¿Os preocupáis, en este momento, de lo que pasa en los otros Carmelos, de si las religiosas están apremiadas o no? ¿Os impiden sus trabajos rogar, hacer oración? Pues bien: debéis desentenderos del mismo modo de vuestra faena personal, emplear en ella a conciencia el tiempo prescrito, pero con holgura de corazón.

»Leí una vez que los Israelitas levantaron los muros de Jerusalén trabajando con una mano y sosteniendo la espada con la otra (II Esdras 4, 17). Esa es la imagen de lo que nosotras debemos hacer: no trabajar más que con una mano, en efecto, y con la otra defender nuestra alma de la disipación que le impide unirse con Dios».

Sabía que ella no usaba el mismo lenguaje con las almas que tenían la propensión contraria, pues no podía soportar que se trabajase con indolencia diciendo: «Sí está bien, si he terminado, tanto mejor; si está mal, si no he terminado, tanto peor!». Quería que pusiésemos entusiasmo en nuestro trabajo; ni demasiado, como para impedirnos guardar la presencia de Dios, ni demasiado poco, lo cual pone obstáculos a esa misma presencia. «El corazón que ama, añadía, trabaja con amor, es decir, con fervor: corre, vuela, nada halla imposible, nada le detiene» (Nota 5)

Oficio divino

27 Su continente en el coro, tan modesto y tan recogido, me edificaba de tal manera que le pregunté qué es lo que pensaba durante la recitación del Oficio divino (Nota 6). Ella me contestó «que no tenía método fijo, pero que muchas veces se imaginaba estar en un peñasco desierto, frente a la inmensidad; y allí, sola con Jesús, teniendo la tierra a sus pies, olvidaba todas las criaturas, y le repetía su amor en términos que ella no comprendía, es verdad, pero le bastaba con saber que aquello le agradaba».

Gustaba de ser hebdomadaria (Nota 7) para decir en alta voz la oración, como los sacerdotes en la Misa.

En su lecho de muerte dio de sí misma este testimonio: «No creo que sea posible un deseo mayor del que yo he tenido de recitar bien el Oficio y de no cometer faltas en él».

Me decía que desde que había pedido a los «bienaventurados habitantes de la Ciudad celeste que la adoptasen por hija» (Nota 8), escuchaba cada mañana con reverencia y piedad la lectura del Martirologio, feliz de oír el nombre de «padres tan queridos».

Me recomendaba que no dijese nada chistoso o preocupante a una Hermana justamente antes del Oficio divino, sino que aguardase a después, para evitar causarle distracciones. Ella misma practicaba este consejo fidelísimamente.

La Oración: tiempo de Dios

28 Su vida entera se deslizó en la fe desnuda. No había alma menos consolada en la oración; me confidenció que había pasado siete años en una oración de las más áridas: sus retiros anuales y mensuales eran para ella un suplicio. Y sin embargo, se la hubiera creído inundada de consuelos espirituales, tal era la unción de sus palabras y de sus obras, y tan unida estaba con Dios.

No obstante este estado de sequedad, era cada vez más asidua en la oración, «feliz, por lo mismo, de dar más a Dios». No sufría que se robase ni un solo instante a este santo ejercicio, y formaba a sus novicias en este sentido. Un día que la Comunidad estaba ocupada en el lavado cuando tocaron a la oración y era necesario continuar la tarea, Sor Teresa, que observaba el ardor con que yo trabajaba, me preguntó:

- «¿Qué hacéis?

- Lavo, le respondí.

- «Está bien, replicó ella, pero debéis hacer oración interiormente, pues este tiempo es de Dios y no hay que robárselo».

*

29 La unión con Dios de Sor Teresa era sencilla y natural, lo mismo que su manera de hablar de él.

Como yo le preguntase si perdía alguna vez la presencia de Dios, me contestó sencillamente: «¡Oh, no, creo que no he estado nunca tres minutos sin pensar en Dios». Le manifesté mi sorpresa de que tal aplicación de la mente fuese posible. Ella replicó: «Se piensa naturalmente en quien se ama».

Era el Evangelio y lo poco que se nos permitía entonces leer del Antiguo Testamento lo que la ocupaba durante su oración; sobre todo al final de su vida, cuando ningún libro, ni siquiera los que mayor bien le habían hecho, le decían nada al corazón.

Al principio de su vida religiosa, cuando yo estaba todavía en el mundo, me aconsejó comprar la obra de Mons. de Ségur sobre nuestras «Grandezas en Jesús». Pero si ella meditaba sus «grandezas» en Jesús, lo que más gustaba de profundizar era el conocimiento de su «pequeñez», hasta el punto de confesar que «prefería las luces que recibía sobre su nada a las que recibía sobre la fe».

30 En aquel tiempo, y aun más tarde, ella gustaba particularmente de las obras de San Juan de la Cruz. Al llegar al Monasterio, fui testigo de su entusiasmo cuando se paraba delante del gráfico de «La Subida del Monte Carmelo» de nuestro Bienaventurado Padre, y me hacía notar la línea en la que él había escrito: «Aquí no hay ya camino, porque para el justo no hay ley». Y a causa de su emoción, le faltaba el aliento para traducir su felicidad. Esta sentencia la ayudó mucho a hacerse independiente en sus exploraciones del amor puro, que muchos tachaban de presunción. Llevó su atrevimiento hasta buscar y hallar un camino completamente nuevo, el de la Infancia espiritual; el cual, tan derecho y corto es, que deja de ser camino, pues va a parar de un solo golpe al Corazón mismo de Dios.

Creo que toda su oración se encaminaba a la búsqueda de «la ciencia del amor».

PIEDAD

Predilección por la Sagrada Escritura

31 Poseía en alto grado la ciencia de las cosas de Dios y de la espiritualidad. Dotada de una excelente memoria, retenía fácilmente lo que leía u oía, y sabía emplear en el momento oportuno observaciones juiciosas e insignificantes anécdotas. Pero lo que sobre todo asimiló con prontitud y con segura apreciación fueron los pasajes de la Sagrada Escritura, la cual constituyó, en el Carmelo, su mayor tesoro. Descubría el sentido oculto y hacía aplicaciones sorprendentes.

Había yo copiado varios extractos del Antiguo Testamento (Nota 9); se los comuniqué, y aquellas pocas páginas fueron para ella un alimento delicioso en la oración.

Procuraba conocer a Dios, descubrir, por decirlo así, «su carácter», y ¿cómo podía hacerlo mejor que estudiando los libros inspirados, especialmente el Santo Evangelio? Por eso, lamentaba la diferencia de las traducciones (Nota 10) «Si yo hubiese sido sacerdote, me decía, habría estudiado el hebreo y el griego, a fin de poder leer la palabra de Dios tal como él se dignó expresarla en el lenguaje humano».

Llevaba noche y día el Santo Evangelio sobre su corazón, y se interesaba mucho por buscar los textos editados por separado, a fin de hacerlos encuadernar y procurarnos a nosotras la misma dicha.

Su amor a la Santísima Trinidad

32 Santa Teresa del Niño Jesús tenía una gran devoción a la Santísima Trinidad. Hubiera deseado que su fiesta fuese elevada a un rito superior.

Cuando yo estaba todavía en el mundo, ella había pensado en un principio llamarme María de la Trinidad, antes de escogerme el nombre de María de la Santa Faz, que llevé, de hecho, algunos meses en el Carmelo. Pero se consoló mucho cuando el primer apellido le fue dado a otra novicia.

Fue el día de la fiesta de la Santísima Trinidad, el 9 de junio de 1895, cuando, durante la Misa, se sintió inspirada a ofrecerse como víctima de holocausto al

Amor misericordioso de Dios.

Llamar a Dios «Padre Nuestro»

33 Un día, entré en la celda de nuestra querida Hermanita y quedé sobrecogida ante su expresión de gran recogimiento. Cosía con gran actividad y, sin embargo, parecía perdida en una contemplación profunda:

- «¿En qué pensáis?, le pregunté.

- Medito el Pater, me respondió. ¡Es tan dulce llamar a Dios: Padre nuestro! ...».

Y las lágrimas brillaron en sus ojos.

*

Amó a Dios como un niño querido ama a su padre, con demostraciones de ternura increíbles. Durante su enfermedad llegó a no hablar más que de él, tomó una palabra por otra y le llamó: «Papá». Nos echamos a reír, pero ella replicó toda emocionada: «¡Oh, sí, él es en verdad mi «Papá»! Y qué dulce es para mí darle este nombre!».

La familiaridad con Jesús

34 Jesús lo era todo para su corazón. Cuando escribía y trataba de Nuestro Señor Jesucristo, ponía siempre con mayúscula «El», por respeto hacia su persona adorable.

Me preguntó: «Cuando oráis, ¿cómo preferís tratar a Jesús, de tú o de vos?». Yo le contesté que prefería tratarle de tú. Toda complacida, replicó: «Yo también, prefiero mucho más trabar a Jesús de tú. Esto expresa mejor mi amor, y no dejo nunca de hacerlo cuando hablo con El a solas; pero en mis poesías y en las oraciones que han de ser leídas por otros no me atrevo».

Devoción a la Santa Faz

35 Esta devoción fue para Sor Teresa del Niño Jesús el coronamiento y el completo desarrollo de su amor hacia la santa Humanidad de Jesús. La Santa Faz era el espejo donde ella veía el Alma y el Corazón de su Amado, donde ella le contemplaba todo entero. Del mismo modo que la fotografía del solo rostro de un ser amado nos basta para hacérsenosle presente.

Se puede decir que la devoción a la Santa Faz orientó la vida espiritual de Sor Teresa. Si se quiere marcar la nota justa de sus piadosas inclinaciones, hay que reconocer que ésta las sobrepasa a todas, sin duda porque las resume todas.

Contemplando la Faz entristecida de Jesús, meditando sus humillaciones, ella hacía crecer su humildad, el amor a los sufrimientos, la generosidad en el sacrificio, el celo de las almas, el despego de las criaturas, en fin, todas las virtudes activas, fuertes, viriles que la hemos visto practicar. Seguía, sin conocerlo, el consejo de perfección que Nuestro Señor dio a Santa Gertrudis cuando le dijo: «Que el alma que desea adelantar en el bien vuele a mi seno. Pero si quiere volar

más lejos y subir aún más alto, en alas de sus deseos, que se eleve con la rapidez de un águila, que: vuele en torno a mi Faz, sosteniéndose como un Serafín sobre las alas de una caridad generosa».

Eso fue lo que hizo Sor Teresa del Niño Jesús, y la consecuencia de su vuelo fue un amor verdaderamente seráfico, que produjo frutos de generosidad heroica.

Señaló a sus novicias la Faz de Jesús como un libro de donde sacaba la ciencia del amor, el arte de las virtudes...

Cerca de la Santa Faz escribió en su blasón místico, esta divisa: «¡El amor no se paga más que con amor! » Sus cartas, su Historia de un alma, sus poesías están impregnadas de amor hacia esta Faz bendita.

Estoy persuadida de que fue mi Hermanita querida la que inspiró mi proyecto de reproducir la Santa Faz según el Santo Sudario de Turín y de que a ella le debo el éxito de esta copia, ejecutada en 1904, siete años después de su muerte.

Piedad eucarística

36 La santa Misa y el Banquete eucarístico constituían sus delicias. No emprendía nada importante sin pedir que se ofreciese el santo Sacrificio por aquella intención. Cuando nuestra tía le daba dinero con ocasión de sus fiestas onomásticas y cumpleaños, en el Carmelo, solicitaba siempre el permiso de hacer celebrar algunas Misas, y me decía a veces muy bajito: «¡Es por mi hijo (Pranzini) (Nota 11);. tengo que ayudarle ahora!».

37 Antes de su Profesión dispuso de sus ahorros de jovencita, que constituían un centenar de francos, para hacer decir Misas por nuestro venerado padre, entonces tan enfermo. Estimaba que nada podía ser mejor para merecerle abundantes gracias que la efusión de la Sangre de Jesús.

*

38 Deseó ardientemente comulgar todos los días, pero no permitiéndolo la costumbre, fué éste uno de los mayores sufrimientos que tuvo en el Carmelo. Pedía a San José que obtuviese un cambio en esta costumbre. El decreto de León XIII dando una mayor libertad a este respecto (Nota 12), le pareció una respuesta a sus ardientes súplicas. Le estuvo siempre agradecida a San José por ello, tanto que cuando en el jardín pasaba por delante de su estatua le arrojaba flores con amor.

Nos predijo que después de su muerte no nos faltaría nuestro «pan cotidiano», lo que se realizó plenamente (Nota 13)

*

39 Su afecto a la santa Eucaristía la llevó a desempeñar con amor su oficio de sacristana. Su felicidad llegaba al colmo cuando en la patena o en el corporal quedaba alguna partícula de la Santa Hostia. Un día que el copón estaba insuficientemente purificado, llamó a varias novicias para que la acompañasen al oratorio, donde ella lo depositó con una alegría y un respeto indecibles. Me contó

su dicha cuando, una vez, en el momento de la Comunión, habiendo caído la Santa Hostia de las manos del sacerdote, ella tendió el escapulario para recibirla; estimaba haber tenido con esto el mismo privilegio que la Santísima Virgen, pues había llevado en sus brazos al Niño Jesús.

Al preparar los Vasos sagrados para la santa Misa, gustaba, dijo, de mirarse en el cáliz y en la patena: le parecía que habiéndose reflejado su rostro en ellos, las divinas Especies reposaban sobre ella.

*

40 ¡Con qué devoción compuso y pintó un fresco en torno al tabernáculo del Oratorio! Es un verdadero monumento a la obediencia, pues no conocía a fondo el dibujo (Nota 14), y en manera alguna la pintura, y tenía que realizar el trabajo subida a una escalera y con un alumbrado tan insuficiente, que un artista experimentado se hubiera visto mal para conseguirlo. Sin embargo, lo realizó felizmente, y los angelitos que nos ha dejado tienen una expresión a la vez infantil y celeste.

Flores para la estatua del Niño Jesús

41 Mi Teresita se sintió dichosa al ser encargada de adornar la estatua del Niño Jesús colocada en el claustro, y lo hizo con él mayor cuidado. La pintó de rosa y la rodeó siempre de alegres flores y de pajarillos disecados, de plumaje tornasolado. En lugar de descansar, como estaba permitido durante la hora de silencio, de media a una hora en el verano, pasaba en parte este tiempo adornando a su Jesúsín. Pero las flores en el Carmelo eran raras en aquel tiempo. ¡Prisionera a los quince años, no pudiendo pasearse por los campos ni coger un solo capullo de oro, aquello era penoso para una naturaleza como la suya! Sin embargo, Jesús se encargó de proveer de flores a su pequeña prometida. Ella misma me contó la siguiente anécdota:

«El primer verano que pasó en el Carmelo, llegó a decirse a sí misma: ¡Ya no volveré, pues, a ver nunca acianos, margaritas, amapolas, ni avena, ni trigo! ..., lo cual le causaba una verdadera pena. En esto, la portera fue a llevar a nuestra Madre una soberbia gavilla campestre, compuesta de todas las flores y espigas que Teresa había deseado. La tornera externa la había hallado colocada en el reborde de su ventana, sin ninguna explicación. Ignorando la pena de Teresa, nuestra Madre le mandó el ramillete para la estatua del Niño Jesús. A partir de aquel momento nunca le faltaron las flores del campo».

Rosas para el Crucifijo

42 Sentía mucha devoción en echar flores al gran Cristo del patio y, más tarde, durante su enfermedad, cubría su crucifijo (Nota 15) de rosas, separando con cuidado los pétalos marchitos. Un día que la vi tocando dulcemente la corona de espinas y los clavos de su Jesús con la punta de los dedos, le dije: «¿Qué hacéis?». Entonces, con un suave gesto de admiración ante mi sorpresa, me confesó: «Le estoy desclavando y quitándole la corona de espinas».

No quería dar a las criaturas el testimonio de amor de echarles flores. Un día, le había yo puesto en la mano unas rosas pidiéndole que se las arrojase a alguna Hermana en señal de afecto; ella rehusó.

Piedad mariana

43 La estatua de la Santísima Virgen que se había animado para sonreírle en su milagrosa curación era su consuelo. Cuando a mi entrada en el Carmelo se llevó allí dicha estatua, Sor Teresa del Niño Jesús se llegó a la puerta conventual para recibirla, y tomándola con un movimiento rápido, y estrechándola con amor, la llevó con la misma facilidad con que se levanta una pluma, aunque era muy pesada (Nota 16). Las Hermanas que estaban presentes quedaron sorprendidas y edificadas.

Muchas veces, desde entonces, la vi arrodillarse a sus pies y rezarle con gran fervor. Durante su última enfermedad la colocaron delante de su lecho. Sus miradas estaban vueltas constantemente hacia ella.

*

44 Teresa gustaba de distribuir medallas de la Santísima Virgen, no dudando de su eficacia. En el mundo las había prendido sobre el pecho de dos niñas pobres que ella instruía, y había persuadido a una asistente, mujer incrédula, a llevar la que ella le ofrecía.

En su primera Comunión prometió rezar todos los días un «Memorare», y lo cumplió fielmente durante toda su vida. Más tarde, rezaba todos los días el rosario; en el mundo no dejaba nunca de hacerlo. Pero estas prácticas exteriores no eran más que un pálido reflejo de su intimidad con su Madre querida, a quien ella llamaba: Mamá.

Juzgaba que todas las conversiones debían ser obtenidas por la invocación de María, y encomendaba a la Santísima Virgen todas sus intenciones. Una tarde, a las tres, noté que estaba rezando, y le pregunté qué decía: «Rezo un Avemaría para ofrecer mi trabajo a la Santísima Virgen. He cogido la costumbre de hacerlo así cada vez que me pongo a trabajar». Nos hacía poner el rosario alrededor del cuello durante la noche.

*

45 Nuestra queridita Maestra estaba ya muy enferma cuando compuso su cántico: «Por qué te amo, ¡oh María!». Puso en él todo su corazón. Todavía me parece oírle decir «que quería antes de morir expresar en una poesía, todo lo que ella pensaba sobre la santísima Virgen».

Santa Teresa del Niño Jesús

Consejos y Recuerdos

Recogidos por Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina),
hermana y novicia de Santa Teresa del Niño Jesús

IV

CARIDAD FRATERNA

CELO OR LAS ALMAS

CARIDAD FRATERNA

1 Hablando de la caridad nuestra santa Hermanita no se agotaba nunca. Elia me comunicó las luces que había recibido leyendo este pasaje de Isaías (Isaías 58): «El ayuno que yo pido ¿consiste, acaso, en que un hombre mortifique por un día su alma, o en que se cubra de saco y de ceniza? ¿Por ventura llamaremos a esto ayuno y día aceptable al Señor? ¿Acaso el ayuno que yo apruebo no es, más bien, que rompáis las cadenas de la impiedad, que aligeréis de sus pesadas cargas a los que están abrumados, que dejéis libres a los que están oprimidos y que destruyáis todo lo que pesa sobre los otros? ¿Que partáis vuestro pan con el que tiene hambre y hagáis entrar en vuestra casa a los pobres y a los que no saben dónde ir? ¿Que cuando veáis a un hombre desnudo le vistáis y no despreciéis a vuestro prójimo?».

2 Al volver sobre cada una de estas expresiones, me las explicaba diciendo que se había de practicar mucha más caridad para con las almas que para con los cuerpos: «Hay pobres por todas partes, almas débiles, enfermos, oprimidos... ¡Pues bien! Tomad sus cargas... Dejadles libres, es decir: cuando se habla delante de vos de algún defecto de vuestras Hermanas, no añadáis nunca nada... Diestramente, pues a veces no es prudente contradecir, poned sus virtudes en la balanza, dejad libres a los que están oprimidos, y destruid todo lo que pesa sobre los demás. Partid vuestro pan, es decir, dad de vos misma, haced que entren en vuestra casa, prodigaos, dad de vuestros bienes: vuestra tranquilidad, vuestro descanso, a los que no saben dónde ir, porque son pobres».

Y, prosiguiendo la cita: «Entonces», escuchad la continuación:

«Entonces, si hacéis esto; vuestra luz brillará como la aurora, recobraréis en seguida vuestra salud, vuestra justicia irá delante de vos y la gloria del Señor os protegerá. Entonces, invocaréis al Señor y él os escuchará. Clamaréis y él os dirá: heme aquí. Si destruís las cadenas, si dejáis de extender maliciosamente la mano y de decir palabras ultrajantes, si atendéis al pobre con efusión, si consoláis al alma afligida, entonces una luz se elevará para vosotros de las tinieblas, y vuestras tinieblas se os harán como el mediodía, EL SEÑOR OS CONCEDERÁ PARA SIEMPRE EL DESCANSO, LLENARÁ VUESTRA ALMA DE RESPLANDOR; REANIMARÁ VUESTROS HUESOS; OS CONVERTIREIS EN UN JARDÍN SIEMPRE REGADO Y EN UNA FUENTE CUYAS AGUAS NO SE AGOTAN NUNCA (Nota 1) Los lugares desiertos desde hace siglos serán edificados: levantaréis los fundamentos abandonados durante una larga serie de años, y se dirá de vosotros que reparáis las murallas y hacéis seguros los caminos».

3 Ella proseguía: «¡Acabáis de oír la recompensa! Si dejáis de decir palabras poco caritativas, si rompéis las cadenas de las almas cautivas con vuestra dulzura y con vuestra afabilidad; si atendéis a los pobres y abandonados con efusión, es decir, de corazón, con amor, con desinterés; si consoláis a los que sufren, recibiréis vuestra salud interior, vuestra alma no estará ya enferma. Vuestra justicia irá

delante de vos. Pero como estas obras, para que sean provechosas, han de quedar ocultas, como es propio de la virtud, a imitación de, la humilde violeta, que derrama su aroma sin que las criaturas sepan de dónde viene el perfume, la gloria del Señor os protegerá; no vuestra propia gloria, sino la gloria del Señor».

«El Señor os escuchará. Os dará el descanso; una luz se elevará para vos de las tinieblas, y vuestras tinieblas se harán para vos como el mediodía; no que las tinieblas desaparezcan, pues las pruebas no pueden faltarle al alma, sino que vuestras tinieblas se harán luminosas... y tendréis la paz, la alegría; una claridad brillará siempre para vos en medio de la noche interior. Os convertiréis en un jardín siempre regado, en una fuente cuyas aguas no se agotan nunca, de la cual todas las almas, todas las criaturas beben sin perjudicarla.

»Pero, eso no es todo: prestad atención a la última recompensa: Los lugares desiertos desde hace siglos serán edificadas; vos levantaréis los fundamentos. ¿Qué quiere decir? ¿Cómo practicando la caridad, el amor del prójimo, puedo yo levantar los edificios?... ¡Estas cosas no se parecen en nada, no guardan entre si relación alguna!... Y, sin embargo, los Ángeles en el cielo dirán de vos que reparáis las murallas y hacéis seguros los caminos...».

Diciendo esto, ella me miraba con entusiasmo... «¡Qué misterio! Con nuestras pequeñas virtudes, con nuestra caridad practicada en la sombra, nosotras convertimos de lejos a las almas..., ayudamos a los misioneros, y aun, tal vez, se dirá en el último día que hemos edificado moradas materiales a Jesús y que hemos preparado sus caminos...»

Abnegación fraterna

4 Los actos de caridad que yo vi practicar a nuestra querida Hermanita son innumerables y variados. No dejaba escapar ninguna ocasión.

Por ejemplo, los domingos y fiestas de guardar, el poco tiempo que tenía libre lo empleaba en complacer a las demás.

Componía poesías a petición de las Hermanas; nunca se negó a ninguna de estas demandas, de suerte que casi no hallaba vagar para hacer poesías de propio impulso. Por eso mismo, no copió nunca un solo cántico para su propia devoción, a pesar de que deseaba tener algunos a su disposición. Igualmente, se privaba de entresacar los pasajes bellos de sus lecturas, si bien una de sus novicias, a quien ella había confiado sus preferencias a este respecto hubo de tomarse el cuidado de hacerlo, sin que ella lo supiese.

Dejar a las demás el mejor lugar

5 «Al salir de la recreación de la noche para ir a Completas, me decía, había cogido la costumbre de dejar nuestra canastilla de labor sobre uno de los bancos próximos al antecoro. Me resultaba cómodo, y además había menos peligro de, que las arañas fuesen a alojarse en ella que dejándola en el suelo. Pero pronto me di cuenta de que el sitio era ocupado muchas veces por la canastilla de otra Hermana que pasaba antes que yo. «¿Luego otras -pensaba yo- hallan también que esto es más cómodo? Pues bien: les dejaré el sitio; les agradará mucho que el sitio esté libre, pues así no hace falta agacharse».

Sacrificio de un pequeño triunfo

6 Una vez que quería ella inducirme a practicar la caridad, me contó que, siendo joven novicia y cifrando toda su dicha en adornar la estatua del Niño Jesús del claustro, se privaba siempre de poner flores olorosas, excepto una pequeña violeta, porque los perfumes molestaban a una de nuestras Hermanas ancianas.

Esta, viéndola una vez colocar una hermosa rosa al pie de la estatua, la llamó, con la evidente intención de hacérsela quitar. «En aquel momento, me dijo Teresa, adivinando su equivocación, probé un vivo deseo de dejarla comprobar su error, pues la rosa era artificial. Pero Jesús me había pedido el sacrificio de este pequeño triunfo. Adelantándome a toda reflexión, cogí la flor y le dije: «Mire, Madre, mía, qué bien se imita hoy a la naturaleza; ¿no se diría que esta flor acaba de ser cortada del jardín?»».

«¡Oh!, añadió: no podéis imaginaros cuán dulce me fue este acto de caridad y cuánta fuerza me dio».

Tratar a las almas con delicadeza

7 Durante su enfermedad me hizo notar cómo Sor San Estanislao (Nota 2) usaba siempre ropas blancas muy suaves, escogidas con la más delicada atención, a fin de aliviarla un poco:

«¿Véis? Hay que usar los mismos cuidados con las almas; muchas veces no se piensa en ello y se las lastima. ¿Por qué? ¿Por qué no aliviarías con la misma, caridad, con la misma delicadeza que a los cuerpos? Algunas están enfermas, muchas son débiles, todas sufren. ¡Qué ternura deberíamos usar con ellas!».

Pequeños guisantes y gruesas habas

8 Cuando una Hermana se mantenía desagradablemente en su sinrazón, ella se mostraba aún más amable, obsequiosa y dulce, a fin de calmar el corazón irritado al que veía sufrir. La bondad del suyo se manifestaba a través de una gran ternura cuando volvían a ella después de haberla disgustado. Un día me explicó la razón de este proceder:

«¡Oh, qué misericordioso es Dios para con las almas imperfectas! Encuentro de ello una prueba en la naturaleza. Mirad los pequeños guisantes que se derriten en la boca, que son todo azúcar; su vaina es muy ligera. Sin embargo, pueden recibir los ardores del sol y la frescura de la noche, que no se les escatima. Son el símbolo de las almas perfectas. Las gruesas habas, por el contrario, que representan a las almas imperfectas, tienen una vaina bien forrada, que las preserva perfectamente. Hemos de obrar como Dios; desplegar todas nuestras delicadezas y nuestros agasajos para con las almas imperfectas».

Visitar a Jesús y a María

9 Cuando le parecía que me replegaba sobre mí misma, me decía: «¡Replegarse sobre sí misma esteriliza al alma! Hay que darse prisa en correr a las obras de caridad».

«A veces, precisaba, se está tan mal dentro de sí, en el interior, que hay que salir prontamente. Dios no nos obliga a permanecer en compañía de nosotras mismas; al contrario, a veces permite que esa compañía nos sea desagradable

para que la abandonemos. No veo otro medio en ese caso que salir de nosotras mismas e ir a visitar a Jesús y a María, corriendo a las obras de caridad».

Preparar la lamparilla para el Niño Jesús (Nota 3)

10 Yo le había confiado una pena.

Para animarme, demostrándome que no era insensible, me contó que siendo segunda tornera le aconteció una noche, durante el «silencio» (Nota 4), temer que preparar una lamparilla para afuera (Nota 5) Había que buscar aceite, mechas; no había nada preparado, todas se habían retirado a sus celdas, las puertas estaban trancadas.

«Tuve un gran combate, me confidenció ella. Murmuraba interiormente contra las personas y las circunstancias, reprochaba a las torneras externas el hacerme trabajar así durante un tiempo de descanso, cuando ellas. mismas podían haberse muy bien bastado. Pero de repente la luz se hizo en mi alma. Me figuré que estaba sirviendo a la Sagrada Familia en Nazaret, que preparaba aquella lamparilla para el Niño Jesús, y entonces puse en ello tanto, tanto amor, que andaba con paso muy ligero y con el corazón desbordando de ternura. Desde entonces, añadió, he empleado siempre este método, que me sigue resultando a las mil maravillas». Cuidado de las enfermas.- Paciencia y gratitud

11 En la enfermería, donde yo estaba empleada desde mi entrada en el Carmelo, no había ninguna enferma grave, sino religiosas de salud deficiente. Entre ellas se hallaba una afectada de anemia cerebral crónica y atacada de manías que hacían el oficio de enfermera un perpetuo ejercicio de paciencia. Esta enferma tenía por principio «que se había de probar adrede a las novicias». Por consiguiente, sucedía que, hallándome en el otro extremo del monasterio, era llamada para oírme decir: «Hermanita mía, distingo vuestro paso del de vuestra compañera».

Un día, no pudiendo más, me fui a Sor Teresa, toda desecha en lágrimas; ella me recibió con ternura, me consoló, me animó. La veo aún, sentada junto a mí, sobre un baúl, estrechándome entre sus brazos.

Entretanto, me era necesario volver constantemente sobre mi campo de batalla, y muchas veces daba un gran rodeo para no pasar bajo las ventanas de la enfermería, pues la Madre, viendo que me aproximaba, me hacía una seña para que le prestase algún servicio superfluo. Algunas veces pasaba rápidamente, agachando la cabeza para no ser vista por ella sintiendo en el corazón una cierta amargura.

Sor Teresa, que conocía la situación y en el fondo me disculpaba de todo corazón, me dijo en una de estas circunstancias:

«Sería necesario pasar expresamente por delante de la enfermería, a fin de que se os moleste, y cuando vayáis cargada y no os podáis detener, responder con amabilidad, prometiendo volver, mostrando un semblante contento, como si se os hiciese un favor.

12 »La campana de la enfermería debería ser para vos una melodía celestial. Lo mejor para vos es que os llamen; deberíais desearlo. ¡Oh!, mirad: pensar bellas y santas cosas, escribir libros, escribir biografías de santos no vale tanto como un

acto de amor de Dios ni como la acción de contestar cuando la campana de la enfermería toca y eso os molesta. Cuando se os pide un favor, o que dispenséis un servicio a las enfermas que no son agradables, tenéis que consideraros como una pequeña esclava a la que todo el mundo tiene derecho a mandar y que ni piensa en quejarse, pues es esclava.

- Sí, pero a veces, ya lo sabéis, se me molesta por nada; entonces me hierve la sangre.

- Comprendo muy bien que eso os cueste; pero ¡si vierais cómo los Ángeles, que os miran en la palestra, esperan el final del combate para arrojaros coronas y flores,. como en otro tiempo se las arrojaban a los caballeros! ¡Puesto que queremos ser pequeñas mártires, en nosotras está el ganarnos las palmas! Y no creáis que estos combates carezcan de valor: «El hombre paciente vale más que el hombre fuerte, y el que doma su alma, más que el que conquista ciudades» (Proverbios 16, 32)

13 «En cuanto a mí, si hubiese de vivir todavía, el oficio de enfermera sería el que más me gustaría. No quisiera solicitarlo, temiendo que eso fuera presunción, pero si me lo diesen, me creería muy privilegiada. ¡Oh, sí, me sentiría muy feliz, si me hubiesen pedido esto! Tal vez la naturaleza lo hubiera hallado costoso; pero me parece que habría obrado con mucho amor, pensando en las palabras de Nuestro Señor: «Estaba enfermo y me aliviasteis» (Mateo, 25, 36)

Me recomendaba mucho que cuidase a las enfermas con amor, que no hiciese este trabajo como uno de tantos, sino con tanto cuidado y delicadeza como si prestase este servicio al mismo Dios.

No obstante, después de una jornada de labor se me hacía muy duro tener que ir por la noche, durante la hora del descanso o después de Maitines, a llevar algún alivio a las Hermanas fatigadas. Me quejaba, .y ella me dijo:

«Ahora sois vos quien lleva tacitas a diestro y siniestro; pero un día, en el cielo, será Jesús «quien irá y vendrá para servirlos a vos» (Lucas, 12, 37),
Prudencia humana

14 «Vos decís: quiero ser buena con las que son buenas, dulce con las que son dulces; y cuando alguna os contradice, salís fuera de vos. Obráis en esto como los paganos de los que habla el Evangelio. Por el contrario: Haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen (Mateo 5, 44; Lucas 6, 27), Ser buenos con los que nos favorecen es prudencia humana: no queda. nada para Dios».

«Cuando os halléis en el momento de morir... »

15 Yo deseaba que los detalles de mi vida se engranasen como en el mecanismo de un juego de paciencia! ¡Ay de quien los alterase! Si una circunstancia imprevista rompía esta combinación y trastornaba el mecanismo, me mostraba descontenta. Un día, durante la última enfermedad de mi querida Hermanita, había contado con disponer de toda una tarde para concluir una labor, y fui llamada inopinadamente al locutorio. Yo le dije: «¡Oh, cuánto me ha contrariado verme interrumpida! ¡Sin eso, hubiera terminado mí labor! ... Ella me miró: «Cuando os halléis en el momento de morir, ¡cuánto desearéis haber sido interrumpida!».

Dedicar tiempo a ser interrumpida

16 Yo tenía verdadero interés en hacer tranquilamente mi retiro mensual, y era difícil problema hallar un domingo en que no se me tendiese alguna trampa a causa de mi oficio o por cualquiera otra razón. Sor Teresa del Niño Jesús me dijo:

«Luego, ¿vos entráis en retiro para disponer de más tiempo libre, para buscar vuestra propia satisfacción? Yo voy por fidelidad, para dar más a Dios... Si tengo mucho que escribir ese día, para despegar mi corazón me pongo en la disposición de espíritu de querer yermes interrumpida, y me digo: «Dedico tal o cual hora libre a ser interrumpida; y si no me interrumpen, doy gracias a Dios, como si me concediese un favor con el que no contaba». De esta forma, nada me coge desprevenida, estoy dispuesta a ser interrumpida, lo quiero, cuento con ello. Por eso, estoy siempre contenta».

En efecto, observé que siendo sacristana, y habiendo acabado su tarea personal, pasaba expresamente, los días de fiesta, por delante de la sacristía a fin de que se la llamase. Se hacía la contradanza con su primera de oficio a fin de que ésta pudiese reclamarla para algún servicio, lo cual no fallaba nunca. Sabiendo que, en el fondo, esto le costaba mucho, yo le hacía señas de que no pasase por allí y le proporcionaba los medios para que no lo hiciese, pero era inútil.

Sacrificio, alegría y amor puro

17 En los últimos meses de destierro de mi angelical Hermanita me acontecía llegar tarde a la recreación, y no poner el mismo celo en servir a las otras enfermas, mucho menos graves, por emplear más tiempo en cuidarla a ella. Y me dijo:

«En vuestro lugar, aunque no estéis estrictamente obligada a ello, haría todos los posibles para ir a las recreaciones y servir a las otras enfermas. Me daría maña en hacer mil sacrificios, me privaría de todo para obteneros gracias. No hay que buscarse a sí misma en nada, sea lo que sea, pues desde el momento en que una empieza a buscarse a sí misma, se deja de amar» (Imitación, lib. III, cap. y, 7). Al final de mi vida religiosa he llevado la existencia más feliz que se puede imaginar, porque no me buscaba nunca a mí misma. Cuando una se renuncia a sí misma, se alcanza la recompensa en la tierra. Me preguntáis muchas veces el medio para llegar al puro amor; ese medio es: olvidaros de vos misma y no buscaros en nada».

Ángel de paz

18 Había yo derramado algunas lagrimillas para hacer creer a una Hermana que estaba muy contrariada. Sin embargo, no había en mí ningún apego a lo que lamentaba. El mismo día había mantenido también mis derechos frente a otra Hermana, defendiendo la justicia; quería, además, convencerla de que no tenía razón. Mi Hermana Teresa del Niño Jesús me dijo:

«Cierto que, en el fondo, el alma no se ha turbado; la paz no se ha menoscabado, pero la pelusilla del melocotón ha sido restregada... Mantener vuestros derechos, querer la justicia no es un perjuicio para vuestro prójimo, pero

¡qué pérdida es para vos!

- ¡Oh! ¿Qué se va a hacer si han golpeado al melocotón?

- Una mirada de amor a Jesús y el reconocimiento de su propia miseria lo arregla todo. Buscar sus derechos es obrar en perjuicio de la propia alma, y querer juzgar a los otros, aun teniendo razón, es desollarlos inútilmente. Además, no es una guerra leal, pues no estáis vos encargada de su conducta. ¡No tenéis que ser Juez de paz –sólo Dios tiene ese derecho-; vuestra misión es ser un Ángel de paz!»

Juzgar favorablemente

19 Me, decía con frecuencia que se debe juzgar siempre a los otros con caridad, pues muchas veces lo que a nuestros ojos parece negligencia es heroísmo a los ojos de Dios. Una persona fatigada, que tiene jaqueca o sufre interiormente, hace más cumpliendo la mitad de su obligación, que otra sana de cuerpo y de espíritu que la cumple entera. Nuestro juicio debe ser, pues, en toda ocasión favorable al prójimo. Se ha de pensar siempre bien, se le ha de disculpar siempre. Y si no hay un motivo valedero, queda aún el recurso de pensar: «Tal o cual persona aparentemente obra mal, pero no se da cuenta de, ello, y si yo gozo de un razonamiento mejor, mayor motivo tengo para sentir compasión de ella y para humillarme por ser severa».

Me hacía también observar que ordinariamente Dios permite que pasemos por las mismas debilidades que nos han disgustado en los otros: olvidos, negligencias involuntarias, fatigas...; entonces, es muy natural que excusemos las faltas en las que hemos caído.

Instruida por un guía tan perspicaz yo misma vi por experiencia que las Hermanas a quienes había creído imperfectas no habían cometido falta. Una obra cumplida por obediencia, una acción más útil les había impedido, a los ojos de las demás, cumplir con su obligación, y llevaban en silencio esta humillación.

Enseñanza sacada de unas peritas sin apariencias

20 Paseándose por el jardín durante la recreación, me dijo, señalándome un árbol frutal: «Mirad esas peras tan feas en apariencia: son la imagen de las Hermanas que os disgustan. En otoño, cuando os den esos frutos despojados de todos los cuerpos extraños que los desfiguran ahora, los comeréis con gusto, sin sospechar siquiera que los habíais despreciado. De igual modo, en el último día quedaréis admirada al ver a vuestras Hermanas libres de todas sus imperfecciones, y os parecerán grandes santas».

Culto por el Sacerdocio

21 Lo que la atraía en el Carmelo era el sacrificio hecho en favor de la Iglesia, en favor de los sacerdotes...; quería que su vida estuviese consagrada a la santificación de los ministros del Señor. Decía que «rogar por los sacerdotes era hacer un negocio en gran escala, pues a través de la cabeza se llegaba a los miembros». Este deseo de la santificación de los sacerdotes y, por su medio, de la conversión de los pecadores fue verdaderamente el móvil de su vida. Nos enseñó en el noviciado una oración por ellos, bastante larga, cuyo autor ignoraba (Nota 6)

Casi todas las cartas que me escribió cuando yo estaba en el mundo testimonian este rasgo, que nos era común.

*

22 Su espíritu de fe le inspiraba un gran respeto hacia los sacerdotes, a causa del sacerdocio de que están revestidos y del que es imposible tener una estima mayor de la que ella tenía. Expresó en diversas circunstancias, a lo largo de su vida, la pena que sentía de no poder ser sacerdote. Sintiéndose muy enferma, en junio de 1897, me dijo: «Dios me va a llevar consigo a una edad en la que no hubiera tenido tiempo de ser sacerdote si lo hubiera podido ser».

El pensamiento de que Santa Bárbara había llevado la comunión a San Estanislao de Kotska la encantaba: «¿Por qué no un ángel, me decía, por qué no un sacerdote, sino una virgen? ¡Oh, qué maravillas veremos en el cielo! Estoy en la idea de que los que lo hayan deseado en la tierra gozarán allá arriba de los privilegios del sacerdocio» (Nota 7)

CELO POR LAS ALMAS

23 En junio de 1897 la fotografié (Nota 8) para dar su retrato a nuestra Madre Priora (Madre María de Gonzaga), cuya fiesta celebrábamos el 21 de junio. Quiso ser sacada teniendo en la mano un rollo sobre el que ella había escrito estas palabras de nuestra Madre santa Teresa: «Daría mil vidas por salvar una sola alma» (Nota 9)

*

24 Cuando nuestro viaje a Roma -no tenía más que catorce años-, habiendo leído algunas páginas de los Anales de las Religiosas Misioneras, interrumpió en seguida su lectura y me dijo: «No quiero seguir leyendo; ¡tengo ya un deseo tan vehemente de ser misionera! ¿Qué sería si lo avivase contemplando el cuadro de este apostolado? Quiero ser Carmelita». -Me explicó luego el porqué de esta determinación: «Era para sufrir más y con eso salvar más almas».

*

25 Ha narrado en la historia de su vida la tenacidad de sus oraciones por el desgraciado asesino Pranzini, su emoción cuando se vio escuchada por el súbito retorno a Dios del condenado al pie del cadalso.

Fue a mí a quien ella dio, sonrojándose, el dinero destinado a hacer celebrar una misa por esta conversión. Su timidez le impedía pedir ella misma este favor a su confesor.

No me había comunicado la intención de esta misa y quedó muy aliviada cuando le dije que yo la había adivinado. Después compartió conmigo sus temores y esperanzas.

El celo por las almas había comenzado a devorar su corazón cuando, en su adolescencia, la imagen sangrante de Jesús crucificado le reveló su vocación de corredentora al lado del Salvador.

*

26 En el Carmelo este celo no cesó de crecer y se manifestaba en toda ocasión. Yo la vi, después de la salida de un obrero alejado de Dios, que había de volver el

mismo día a trabajar en el monasterio, esconder furtivamente una medalla de San Benito en el forro de su ropa de trabajo.

*

27 En un momento de crueles dolores, cuando la tuberculosis iba ganando todo su organismo y nosotras implorábamos con lágrimas el socorro del cielo, ella me decía: «Pido a Dios que todas esas oraciones que se hacen por mí no sirvan para aligerarme los sufrimientos, sino para salvar a los pecadores».

Me parece que aún la estoy oyendo decir: «No me explico tanto sufrir sino por el extremo deseo que he tenido de salvar almas». Estas fueron algunas de sus últimas palabras.

Después de su muerte

28 Muchas veces, y en formas muy variadas, prometió «hacer caer una lluvia de rosas», y expresó su deseo y su seguridad de hacer el bien después de su muerte, rogando por la Iglesia, continuando su misión de predilección hacia los sacerdotes. La oí, sobre todo, explicar, describir, en qué consistiría este bien, por qué medios llevaría las almas a Dios: enseñándoles su camino de confianza y de abandono total.

Respondiendo a una de sus reflexiones, le dije: «Entonces, ¿creéis que salvaréis más almas en el cielo?»

- Sí, lo creo, me contestó: la prueba de ello es que Dios me deja morir precisamente cuando tanto deseo salvarle almas...».

Santa Teresa del Niño Jesús

Consejos y Recuerdos

Recogidos por Sor Genoveva de la Santa Faz (Celina),
hermana y novicia de Santa Teresa del Niño Jesús

V

FIDELIDAD A LA REGLA

OBEDIENCIA

POBREZA

ESPÍRITU DE MORTIFICACIÓN EN LAS COMIDAS,

EN LAS RECREACIONES Y EN LAS VISITAS

DESAPEGO

RENUNCIAMIENTO

INSTRUMENTOS DE PENITENCIA

FIDELIDAD A LA REGLA

1 La fidelidad de mi querida Hermanita en la observancia corrió parejas con su estima por nuestras santas Reglas y Constituciones: «Somos demasiado afortunadas con no tener que hacer otra cosa sino practicar lo que nuestros santos Reformadores con tanto trabajo instituyeron». Por eso, no podía sufrir que desaprobásemos nada de lo que estaba prescrito.

*

2 Nos aseguraba «que en Comunidad, cada una debería intentar bastarse a sí misma y arreglárselas de manera que no tuviese que pedir favores sin gran

necesidad».

Para guardar un justo medio cuando una cree poder dispensarse de algún trabajo común o solicitar alguna excepción de la Regla, ella le aconsejaba que se dijese interiormente -¿Si todas hiciesen lo mismo? -«La respuesta, añadía, rara vez será a nuestro favor, pues todas tendrían buenas razones siempre y ocupaciones de propia elección o de oficio para sustraerse a las obligaciones comunes. ¡Qué desorden resultaría de: ello!».

Faltar lo menos posible a los actos de Comunidad: Oficio divino, oración, recreación; tal era su consigna. «Hay, decía, quienes, bajo el pretexto de entregarse al trabajo, abrevian las horas de oficio determinadas por la Regla; ¡eso es robar el tiempo a Dios!».

Ella misma nos daba ejemplo abandonando su trabajo al primer tañido de la campana, sin entretenerse a terminar una palabra comenzada o a poner un punto mas. Cuando era tañedora, la veía desocuparse, al final de la recreación, medio cuarto de hora antes del tiempo reglamentario, como estaba prescrito entonces en nuestros «Usos». Se iba aun a la mitad de la más interesante conversación. A la larga, tal conducta se hace muy mortificante.

*

3 A fin de no faltar a Maitines o a otras horas en que la Comunidad está reunida, practicaba actos de virtud muy meritorios.

Siendo todavía postulante o novicia, si se sentía enferma, no lo decía, a menos que no hubiese recibido orden expresa de manifestarlo, pues no tomaba en ninguna ocasión ayudas o alivios si no se le proponían, sin adelantarse ella para nada. Por el contrario, cuando sufría, mostraba mayor ánimo, para disimular su malestar. Muchas veces iba al coro, al rezo del Oficio divino, con tal dolor de estómago, que creía no poder observar el horario de sus comidas sin desfallecer; pero reunía toda su energía, diciéndose: «¡Si caigo, lo van a ver!» (Nota 1) Esta frasecita, que se repetía a sí misma muchas veces, la ayudó mucho, según me confidenció, sobre todo en los principios de su vida religiosa.

*

4 Una vez que habían tocado a fin de un ejercicio, como yo no me desocupase con bastante rapidez, me: dijo: «id a vuestro deber, no a vuestro gusto...».

OBEDIENCIA

5 La obediencia de Sor Teresa del Niño Jesús se extendía a todo. Ella me decía: «No nos debemos procurar una vida cómoda. Puesto que quisiéramos ser mártires, es necesario que nos sirvamos de los instrumentos que tenemos y hacer de nuestra vida religiosa un martirio».

Este consejo lo practicaba ella rigurosamente, al pie de la letra. Las Superiores habían de tener un gran cuidado con lo que decían en su presencia, pues un consejo era para ella una orden, y no lo seguía un día sólo, ni quince, sino continuamente.

*

6 Así es como la vi observar algunas pequeñas cosas, como cerrar tal puerta, no pasar por tal corredor, no cruzar el coro, y otras mil recomendaciones de este género, de las cuales nuestra Madre Priora -la Reverenda Madre María de Gonzaga-, pasados algunos días, ya no se acordaba. No sospechaba ella que

tenía a sus órdenes un alma que tomaba sus palabras como oráculos y las cumplía como si fuesen la voluntad expresa de Dios.

*

7 Obedecía de igual manera a cada una de las Hermanas, sin que se la viese ni por asomo buscar su propia voluntad, sacrificada en todo momento. Un día que la Comunidad se había reunido en una ermita para entonar unos cánticos, agotada por la enfermedad, se sentó; una Hermana le hizo señas de que se levantara, y ella obedeció enseguida con rostro amable.

Después de la reunión, yo le pregunté el porqué de aquella obediencia, que yo reputaba demasiado ciega. Me contestó sencillamente «que, en las cosas de poca importancia, había cogido la costumbre de obedecer a todas y a cada una por espíritu de fe, como si fuese Dios mismo quien le manifestase su voluntad».

8 Había yo contestado vivamente a una Hermana que me había hecho un reproche a mi ver inmerecido. «¡No tiene razón, eso no le concierne a ella!, decía yo. -Es verdad, me contestó nuestra Maestra; pero Nuestro Señor no dijo: obedeced solamente a vuestros Superiores, sino: «Dad a quienquiera que os pida» (Lucas 6, 30) y «dad mil pasos con quien os obligue a dar cien» (Mateo 5, 41)

9 Algo antes de morir, Sor Teresa dijo delante de mí a la Madre Inés de Jesús: «Tengo que daros un pequeño consejo: convendría que las Prioras recomendasen a las enfermeras que éstas obligasen a sus enfermas a pedir todo lo que les haga falta. Esto es muy necesario, Madre mía...» (Nota 2)

Me lo dijo también a mí, que estaba empleada en este oficio. De este hecho dedujimos que hablaba por experiencia, pero era demasiado tarde para poner remedio eficaz. ¡De cuántas cosas no se privaría! Estos sacrificios son secreto de Dios, pues aun pensando aliviarla la hacíamos sufrir.

Así, por ejemplo, la enfermera, una buena anciana, un poco sorda, creyendo que tenía frío, cuando estaba ardiendo de fiebre, la cubría hasta la cabeza y, viendo que su enferma recibía todo lo que ella le daba, le llevaba aún más mantas. Sor Teresa se dejaba hacer. Cuando yo volví, la encontré empapada en sudor. Toda sonriente, me contó este episodio, sin que ni una sola palabra de descontento, saliese de sus labios. Por el contrario, me dijo «que lo había aceptado todo por espíritu de obediencia a su primera enfermera».

No hacer nada sin permiso

10 Sor Teresa del Niño Jesús nos recomendaba con mucha frecuencia que fuésemos muy fieles en pedir nuestros permisos.

«En cuanto a mí, me dijo, cuando me había olvidado de hacerlo el sábado y no pensaba en ello en el momento en que hubiera podido pedirlos, me privaba de cualquier cosa indispensable antes que obrar por mí misma.(Nota 3)

»Yo era muy escrupulosa en esto, y me veía muy atormentada cuando tenía que hacer alguna cosa sin la autorización de nuestra Madre. Así, Dios permitió que ella no me mandase escribir mis poesías a medida que las componía, y no quise pedírselo por miedo de faltar a la pobreza Esperaba, pues, la hora de tiempo libre, y a duras penas me acordaba a las ocho de la tarde de lo que había

compuesto por la mañana. Estas pequeñas nada constituyen un martirio, es verdad; pero hay que guardarse mucho de disminuirías permitiéndonos, o procurando que se nos permitan, mil cosas que harían la vida religiosa agradable y cómoda. No hay que concederse a sí misma ninguna holgura» (Nota 4)

Cuando entró en el Carmelo, a los quince años, su caligrafía, mal formada, disgustó a la Madre Inés de Jesús.

Teresa le propuso entonces escribir en redondilla, lo cual le era mucho más cómodo; pero no se lo permitieron, y se sometió, poniendo interés en corregirse. Sólo al final de su vida le fue dado el permiso.

Conformarse a los usos

11 Aunque nos recomendó obrar lo más perfectamente posible, juzgaba que no era necesario tratar de obrar mejor que las otras, sino conformarse en todo a los usos, pues un celo indiscreto puede perjudicar a sí misma y a las demás. «Por ejemplo, me decía, si estáis en retiro riguroso, descargada de las labores de la Comunidad, y hay ropa que tender en el granero, no os mezcléis con las Hermanas que hacen ese trabajo. Aunque se trate de un acto de caridad, es mejor abstenerse, como es costumbre, porque, una vez pasado vuestro fervor, la obligación que os habéis impuesto podría convertirse en cansancio para vuestra alma y cansar a las demás, las cuales se creerían obligadas a imitar vuestro ejemplo y tendrían miedo de rehusar algo a Dios no haciéndolo.

»O bien: si accidentalmente se pide a una Hermana ayuda para un oficio que no es el suyo, ha de conformarse en todo a lo que se le ha indicado, aun en el caso de que ella conciba el trabajo de una manera más perfecta, pues de lo contrario se corre el riesgo de disgustar a las oficiales habituales, que pueden tener sus razones para obrar como obran y que las demás ignoran.

»Puesto que en la vida acontece que la continuidad de una cosa cansa, es mejor no emprender, en plan de costumbre, sino lo que se cree poder cumplir con perseverancia.

POBREZA

12 Habiéndome pedido una Hermana que le prestara algunas poesías que yo había copiado en hojas volantes, no me mostré de buen humor. Me decía a mí misma: «Hubiera hecho mejor con copiarlas en un cuaderno como lo hacen las demás; ¡así, al menos, no me expondría a perderlas!».

Sor Teresa del Niño Jesús me miró fijamente, y me dijo: «Deberíais estar gozosa de desprenderos; deberíais, no sólo prestarlas con alegría, sino obrar de suerte que os las volvieran a pedir. Puesto que deseáis hacer tanto bien a las almas componiéndolas, deberíais gozaros en prestarlas, pero en prestarlas en plan de apostolado. Se cuenta de san Luis Gonzaga que nunca reclamaba un objeto prestado, por espíritu de pobreza».

*

13 Otra vez me dijo: «Hace un instante os quejabais de que habían revuelto vuestra canastilla de labor, de que os faltaba esto o aquello. Deberíais estar contenta de ello y deciros: soy pobre, es, pues, natural que me falte alguna cosa; han hecho bien con servirse de ella, pues no es mía».

*

14 Me habían pedido un alfiler que me era muy útil, y lo lamentaba. Sor Teresa del Niño Jesús me dijo: «¡Oh, qué rica sois! No podéis sentir os dichosa... ».

*

15 «He observado que siempre se da más aún de lo que se pide, pero hay pocas almas que se dejan coger lo que les pertenece. Eso es lo difícil. Y sin embargo, ahí están las palabras del Evangelio: «Si se os pide lo que os pertenece, no lo reclaméis» (Lucas 6, 30)

*

16 «Quisiera quedarme, como recuerdo,, con esta estampa que os pertenece, le decía yo durante su enfermedad.

- ¡ Ah, todavía tenéis deseos!... Cuando esté con Dios, no pidáis nada de lo que he tenido a mi uso; recibid sencillamente lo que se os quiera dar. Obrar de otra manera sería no estar desprendida de todo; en lugar, de haceros dichosa, eso os haría desgraciada. Sólo en el cielo tendremos el derecho de poseer».

*

17 Poco tiempo después de su muerte, habiéndome propuesto una de nuestras Hermanas que hiciese las diligencias necesarias para obtener algún objeto que hubiese pertenecido a mi hermana querida, yo se lo consulté a ella, preguntándole: «¿Cómo he de obrar?», y abrí los Santos Evangelios para hallar allí la respuesta. Leí: «Como un hombre que, partiendo de viaje, abandona su casa y lo deja todo en manos de sus servidores» (Mateo 25, 14)

*

18 Sor Teresa del Niño Jesús, por amor de Dios, gustaba servirse de los objetos más feos y más usados. Digo por amor de Dios, pues naturalmente, con su temperamento de artista, hubiera preferido las cosas de buen gusto y no deterioradas. Me di cuenta de ello un día que había echado yo una mancha irreparable en su reloj de arena (Nota 5).

Noté la violencia que se tuvo que hacer para seguir conservándolo de esta manera y para no dejarme traslucir el sacrificio que le había impuesto sin querer.

*

19 No se cuidaba en absoluto de que sus ropas le cayeran bien o le viniesen demasiado largas. En apariencia, era del todo indiferente en cuanto a su exterior, sin negligencia alguna de su parte; pero en todas las cosas, cuanto más se acercaba a la verdadera pobreza, tanto más contenta estaba. Ella misma se remendaba sus alpargatas y sus vestidos hasta el extremo límite de lo posible.

*

20 Siempre dentro del mismo espíritu, si tenía un libro o una, estampa con canto dorado, los raspaba cuidadosamente. Como su canastilla de labor se empezase a destejer, una Hermana la ribeteó con una cinta de terciopelo viejo, pues esta tela no se gasta, dura mucho. Aunque muy ocupada, Teresa deshizo el trabajo y volvió a colocar el terciopelo al revés, es decir, la trama al exterior, para que pareciese más pobre y menos bonito.

Habiendo dado una novicia aceite de linaza a su escritorio de celda, el cual ordinariamente está pobremente teñido de nogalina, se lo hizo lavar inmediatamente con un cepillo. Y no permitió que los muebles de su celda estuviesen barnizados de esta manera sino porque los había encontrado así a su llegada; pero le disgustaban mucho, y si sólo ella los hubiera tenido, los hubiera

lavado sin piedad.

*

21 A mi entrada en el Carmelo, se deshizo, para dármelos a mí, de su escritorio y de su pila de agua bendita, y de los graneros tomó para sí objetos fuera ya de uso.

Modelo nuestro en todas las cosas, Sor Teresa no tenía nada más que lo que rigurosamente necesitaba, y desechando cuidadosamente todo lo que sabía a comodidad.

*

22 No tuvo en el Carmelo más que un par de tijeras de niña, que había traído del mundo y que eran muy insuficientes para sus labores.

Durante toda su vida religiosa se sirvió de una lámpara cuyo mecanismo no funcionaba ya, sino que era necesaria la ayuda de un alfiler para subir la mecha. Pero lo hacía con tanta gracia, que parecía natural tomarse aquel trabajo, y cualquiera se engañaba, creyendo que prefería esta lámpara a otra mejor.

*

23 Cuando necesitaba un cortaplumas, si no tenía tiempo de volverlo al taller de pintura, lo dejaba tirado en el suelo, fuera, junto a la puerta de su celda, para dar bien a entender que no formaba parte de los objetos que tenía a su uso.

*

24 Para escribir su manuscrito se procuró, por medio de nuestra hermana Leonia, un cuaderno muy barato y de muy mal papel. Al empezar, creyó que sólo emplearía uno, por eso, su sorpresa fue grande cuando se vio obligada a pedir otro.

En cuanto a la parte que dirigió a la Madre Maria de Gonzaga, parte que ella redactó cuando estaba ya muy enferma, fue necesario obligarla a que escribiese menos cerrado, dejando una distancia conveniente entre las líneas, y en un papel cuadriculado.

Cuando componía sus poesías las anotaba en trocitos de papel, que todo el mundo desechaba, de todos los colores y tamaños; por eso, sus borradores son casi ilegibles.

Se servía de las plumas hasta el límite extremo. Al final de su vida, sujeta a un régimen lácteo, las mojaba en un poco de leche puesta a su disposición. Hacía esto, según decía, «para suavizarlas».

*

25 Temiendo la Madre Inés de Jesús, en la Profesión de su Hermanita, que el crucifijo de Teresa fuese demasiado pesado y pudiese lastimarla, le dio el suyo, que era más pequeño. Sor Teresa no me ocultó, más tarde, el sacrificio que esto le costó, pues había soñado con tener un gran crucifijo; pero no hizo reclamación alguna, y conservó el pequeño durante toda su vida. Fue el que tuvo entre sus manos al morir, y el que se conserva todavía hoy en su urna.

ESPÍRITU DE MORTIFICACION EN LAS COMIDAS, EN LAS RECREACIONES Y EN LAS VISITAS

26 Aprovechaba todas las pequeñas ocasiones de mortificación que no pueden dañar a la salud, y se las imponía siempre y en todo tiempo. Se trata de prácticas bien pequeñas, sin duda, pero Dios muestra lo mismo su potencia en la creación de las cosas infinitamente pequeñas, y parece que Teresa ha manifestado su

fuerza precisamente en la multiplicidad de actos microscópicos, si es lícito expresarse así.

*

27 Mi querida Hermanita me confió haber sentido, desde su más tierna infancia, una repugnancia instintiva por las comidas. No podía comprender que las gentes se invitasen para eso, que éste fuese el fin de algunas reuniones. «Tan pronto como se desea gozar de la presencia de alguno, decía ella, se le invita a comer. ¡Qué extraño! Debería sentirse vergüenza en comer, y esconderse. ¡Ah! Si Nuestro Señor y la Santísima Virgen no hubieran comido, no me hubiera podido nunca consolar de tener que hacerlo!».

Al final de su vida, cuando estaba tan enferma, tuvo caprichos en cuanto al alimento. Por eso, me dijo con un poco de tristeza: «¡Esto me humilla mucho! Pero lo deseo, pues es voluntad de Dios que pase por esta debilidad».

Pureza de intención en el refectorio

28 Interrogada sobre su manera de santificar sus comidas, me contestó: «Hay que realizar esta acción, de suyo tan baja, en unión de Nuestro Señor.

»Con mucha frecuencia me vienen en el refectorio las más dulces aspiraciones de amor. A veces me veo obligada a detenerme... ¡Qh, me encanta el pensar que si Nuestro Señor hubiera estado en mi lugar, delante de mi ración, él hubiera comido ciertamente! Tomaría lo que le fuese ofrecido... Además, es muy probable que durante su vida mortal haya gustado los mismos manjares que yo. La Santísima Virgen le hacía sopa. Se alimentaba de pan, de frutos, de legumbres, de pescado...».

En estos y parecidos pensamientos se entretenía, y su alma se exhalaba en perfume de amor.

*

29 He aquí las penitencias que se permitía en el refectorio, pues las otras le estaban prohibidas:

Cuando el mango de su cuchillo o de su cuchara no estaba suficientemente enjuagado y, ligeramente pegajoso, se adhería a su mano, se guardaba muy bien de poner fin a esta mortificación, que le costaba mucho, y la sufría hasta el final de la comida.

Un año en que, durante las últimas semanas de Cuaresma, se leía un libro sobre la Pasión de Nuestro Señor, me dijo que «le repugnaba tanto tomar el alimento escuchando aquella lectura, que se veía obligada a realizar casi furtivamente, aquel acto que le parecía tan bajo, y a privarse de beber hasta que la lectora se paraba un instante o la lectura era menos emocionante». Entonces, bebía rápidamente y como a hurtadillas, «porque, decía, a pesar de todo, el comer es una necesidad, pero en cuanto al beber, puede uno privarse, es un alivio».

Me contó este hecho, no para animarme a seguir su ejemplo, sino para manifestarme lo conmovida que estaba por el relato de los sufrimientos de Nuestro Señor.

*

30 En el refectorio, Sor Teresa. del Niño Jesús observaba pequeñas rúbricas infantiles que nos confiaba con sencillez:

«Me figuro estar en Nazaret, en la casa de la Sagrada Familia. Si me sirven,

por ejemplo, ensalada, pescado frío, vino, o cualquiera otra cosa de sabor fuerte, se lo ofrezco al buen san José. A la Santísima Virgen le doy las raciones calientes, los frutos muy maduros, etc.; y los alimentos de los días de fiesta, particularmente la papilla, el arroz, las confituras, se los ofrezco al Niño Jesús. Por fin, cuando me traen una comida mala, me digo alegremente: ¡Hoy, hijita mía, todo esto es para ti!».

Nos ocultaba su mortificación bajo apariencias graciosas. Sin embargo, un día de ayuno en que nuestra Rda. Madre le había impuesto un alivio, una de las novicias la sorprendió condimentando con ajeno aquella dulzura demasiado a su gusto.

Otra vez, la vi beber lentamente una medicina execrable.

«¡Pero, daos prisa, le dije yo: bebedlo de un trago!

- ¡Oh, no! ¿No he de aprovecharme de las pequeñas ocasiones que se me ofrecen para mortificarme un poco, puesto que me están prohibidas las mortificaciones grandes?».

Cómo santificar las recreaciones

31 «En la recreación, más que en parte alguna, decía Sor Teresa, hallaréis ocasión de ejercitar vuestra virtud. Si queréis sacar de ella un gran provecho, no vayáis con la intención de recrearos, sino con la de recrear a las demás; practicad en ella un gran desapego de vos misma.

»Por ejemplo, si estáis contando a una de vuestras Hermanas una historia que os parece interesante, y ella os interrumpe para contaros otra cosa, escuchadla con interés, aunque no os interese en absoluto, y no procuréis reanudar vuestra conversación primera. Obrando así, saldréis de la recreación con una gran paz interior y revestida de una fuerza nueva para practicar la virtud, pues no habréis buscado satisfaceros, sino complacer a las demás. ¡Si se supiera cuánto se gana en renunciarse a sí mismo en todas las cosas!

- ¡Vos sí que lo sabéis bien! ¿Habéis obrado siempre así?

- Sí, me he olvidado de mi misma, he procurado no buscarme en nada».

¡Qué verdadero es este testimonio! Ella practicaba, en efecto, la perfecta abnegación con tanta soltura, que se la hubiera podido creer natural en ella. Y sin embargo, esta abnegación era debida a su generosa correspondencia a la gracia de Dios. Testigo, esta confidencia:

Como yo le hiciese notar que en recreación se siente a veces una verdadera picazón de decir algún dicho ingenioso, me confesó que había probado esta tentación. ¡Nada extraño que, con su espíritu vivo, réplicas finas y picantes le hayan quemado los labios! Pero siempre salió victoriosa en el arte de, abstenerse de brillar.

Abnegación en las visitas

32 En el locutorio escuchaba en silencio, no tomando la palabra más que cuando se le preguntaba. Su reserva era tal, que aun dentro de nuestra propia familia se la juzgaba insignificante, y se decía «que habiendo entrado demasiado joven en el convento, su instrucción había sido trunca, y que de ello se resentiría toda su vida».

*

«Cuando yo no sea ya de este mundo, nos dijo a nosotras, sus tres hermanas, cuidad de no vivir vida de familia, de no contaros nada de las visitas sin permiso, y ni aun de preguntar, a no ser que se trate de cosas útiles y no sólo divertidas».

*

En cuanto al locutorio, buscaba siempre el modo de esquivarse de él cuando preveía que iba a encontrar gusto, mientras que, por el contrario, se quedaba sin hacerse de rogar cuando se trataba de sacrificarse.

DESAPEGO

33 Cuando Sor Teresa estaba enferma se lo decía por obediencia a nuestra Madre, sin ocuparse de ser atendida o no, y si alguna cosa le faltaba, pensaba que Dios estaba seguro de su paciencia, de lo cual se enorgullecía y se gozaba.

*

«Cuando emprendáis un trabajo, me decía, es necesario que lo hagáis con desprendimiento, que permitáis que vuestras Hermanas os den consejos y aún que lo retoquen en vuestra ausencia, y que os hagan perder, en consecuencia, varias horas de esfuerzo si por ventura no tienen el mismo gusto que vos. Aun más: si vuestra labor, de esta suerte retocada, pierde valor, os debéis alegrar de ello, pues se ha de trabajar no tanto con el fin de realizar una obra perfecta cuanto con el de hacer la voluntad de Dios» (Nota 6)

Amor propio

34 Durante su enfermedad imaginé, para aliviarla, toda una táctica, que llevé a la práctica tan rápidamente y le parecía tan ingeniosa que me miraba toda sorprendida. Me agradeció entonces mi caritativa prontitud, mi destreza, y añadió:

«Si os hubiesen mandado esto, si hubiese sido idea de vuestra primera de oficio, ¿lo habríais ejecutado con tanta alegría?». Y, desarrollando su pensamiento, me demostró lo muy inclinada que está la naturaleza a encontrar fácil lo que nace de la propia inspiración personal, mientras que por el contrario siempre hay peros y condiciones cuando se trata de adoptar las ideas de los otros. Así, vemos con buenos ojos los alivios que se dan a las demás cuando los hemos obtenido por nuestra mediación. Si no intervenimos en su concesión, ¡mil tentaciones se levantan en nuestro corazón, y hallamos modos de desaprobar todo aquello en lo que no hemos puesto las manos!».

Sacrificio de los afectos familiares

35 Un nuevo ejemplo de su desapego resalta de su conducta cuando sacaban alguna fotografía de un grupo de Comunidad.

Estando encargada yo de preparar el aparato, cuando era llegado el momento de colocarme no hallaba lugar disponible entre las novicias, por haberse ya éstas reunido en torno de nuestra Maestra de manera que pudiesen estar lo más cerca posible de ella. Mi querida Hermanita las dejaba hacer, no sin lamentar, sin embargo, alguna vez, el que no tuviesen la delicadeza de proporcionarnos la dicha de estar la una cerca de la otra. Me confesó que esto le había hecho sufrir.

Una vez, no obstante, alteró este modo habitual de comportarse: fue en el grupo del lavado»: en aquella ocasión ella rogó a Sor Marta de Jesús que se alejase un poco para dejarme sitio.

En verdad, no hubiera sido posible encontrar un corazón más afectuoso que el suyo, pero sólo en la intimidad nos testimoniaba a nosotras, sus hermanas, toda su ternura.

Habiendo leído que ciertos Santos se alejaban de sus parientes por deseo de perfección o modificaban sus relaciones para con ellos, ella nos decía «que estaba muy gozosa de que hubiera muchas moradas (Juan 14, 2) en la casa de Dios», añadiendo que «la suya no sería la de los grandes santos, sino la de los pequeños, los cuales aman mucho a su familia».

RENUNCIAMIENTO

«No pactar con el mundo»

36 Cuando, desterrada en el mundo, me veía obligada a seguir la corriente del ambiente en que vivía, mi querida Teresita probaba una pena profunda; sobre todo un día en que había de asistir a una velada de baile.

Lloró, me dijo, como nunca había llorado, y me rogó que la visitase para hacerme sus recomendaciones. Como me pareciese que exageraba un poco y que era demasiado severa, pues no hay que ponerse en ridículo, ella se mostró indignada y me dijo con energía: «¡Oh, Celina! Considera la conducta de los tres jóvenes Hebreos, que prefirieron ser arrojados en un horno ardiente antes que doblar la rodilla delante de la estatua de oro; y tú, la esposa de Jesús, ¿quieres pactar con el mundo, adorar su ídolo entregándote a placeres peligrosos? Acuérdate de lo que te digo de parte de Dios; mira cómo recompensó la fidelidad de sus servidores y trata de imitarles».

Después de tomar la firme resolución de no bailar, y no sabiendo cómo arreglármelas para poner en práctica mis designios, me metí en el bolsillo un gran crucifijo y recé una fervorosa plegaria.

Estaba la velada casi terminada y había resistido todo el tiempo a las apremiantes solicitudes que se me habían hecho, hasta el punto de disgustar a ciertas personas, cuando, yo no sé cómo, me vi arrastrada por un joven. Pero me fue imposible ejecutar un sólo paso de baile. Era verdaderamente extraño. Cada vez que la música se reanudaba, el pobre señor trataba de lanzarse, y yo hacía verdaderamente lo posible; ¡trabajo inútil! Por fin, después de pasearse conmigo muy religiosamente, se esquivó, rojo de confusión.

En cuanto a mí, no me hallaba en manera alguna turbada, y me volví muy contentas entre las señoras que estaban de mironas y a quienes divertí mucho contándoles mi aventura.

«Hacer su propia voluntad no haciéndola»

37 Algunos meses después de mi entrada en el Carmelo, hallando la vida religiosa un poco dura para la naturaleza, fui animada por Sor Teresa del Niño Jesús:

«Os quejáis de no hacer vuestra propia voluntad, me dijo: esto no es justo. Admito que no la hacéis en los detalles de cada jornada, pero ¿la vida en sí, no es la que habéis escogido? Luego hacéis vuestra voluntad no haciéndola, pues sabíais muy bien lo que abrazabais viniendo al Carmelo.

»Os confieso que yo no me quedaría aquí ni un minuto a la fuerza. Si se me forzase a vivir esta vida, no podría vivirla; pero soy yo quien la quiere... Quiero todo aquello que me contraría. Sí, soy yo quien quiere todo lo que es contra mi

voluntad, pues dije muy alto el día de mi Profesión: «que quería ser carmelita de grado y de libre voluntad» (Nota 7)

*

38 En el mes de marzo de 1895, estando en el jardín con las novicias, descubrí una campanilla blanca. Me eché a cogerla, pero Sor Teresa del Niño Jesús me retuvo diciéndome: «Eso no está permitido». El pensar que ya no podría ni coger una flor me pareció tan duro que las lágrimas brillaron en mis ojos. Era un domingo. Al volver a nuestra celda, quise consolarme componiendo un cántico que expresase todo lo que había yo abandonado por hallar a Jesús, pero sólo me salió este final:

«La flor que cojo, ¡oh, Rey mío!,
Eres «Tú»

Teresa, a quien fui a confiar mi pena, no dijo nada, pero algunos días después me trajo una poesía titulada: «El cántico de Celina», que fue publicado más tarde con el título de «Lo que yo amaba».

En cada línea brilla, junto con su esperanza, su desprendimiento de las cosas de este mundo.

Ejemplos de renunciamento

39 Los escribo, o porque yo misma fui testigo de ellos, o porque ella me los confidenció para exhortarme al sacrificio.

Nuestra Madre había leído en recreación un día que ella estaba ausente una carta en que se hacía referencia a Sor Teresa del Niño Jesús. Me pidió que se la enseñase. Yo se la pasé con permiso.

Algunos días después tuve necesidad de la carta. Me la devolvió; y como yo le preguntase si le había interesado, se vió obligada a confesarme que no la había leído. Se la remití de nuevo para que la leyese, pero fue inútil, no la abrió. Así mortificaba ella en todas las cosas sus más inocentes deseos, y en esta ocasión quiso castigarse particularmente por habérmela pedido.

No se informaba nunca de las noticias. Si veía un grupo de Hermanas a las que la Madre Priora parecía contar alguna nueva, se guardaba mucho de ir a su lado.

*

40 A mi entrada en el Carmelo, el 14 de septiembre de 1894, Sor Teresa del Niño Jesús se alegró viendo realizado su más entrañable deseo, pues iba a poder ella misma instruirme y guiarme en su «Caminito». Sin embargo, cuando franqueé la puerta de la clausura, su primer acto fue un renunciamento. Después de haberme abrazado como las demás religiosas, se marchaba ya, cuando nuestra Madre Inés de Jesús le hizo señas para que fuese a esperarme a la celda que se me había destinado. Ella tenía derecho como «ángel» y ayudante de la Maestra de novicias, pero no hubiera ido sin aquella indicación.

*

41 Del mismo modo, a la entrada en el Carmelo de Sor María de la Eucaristía (Nota 8), en el momento de ir la Comunidad a buscarla a la puerta conventual, Sor Teresa del Niño Jesús, formando grupo con las más jóvenes se mantuvo en lugar separado. Una Hermana le dijo: «Adelantaos: veréis a vuestra familia mientras la puerta está abierta» (Nota 9) pero ella no se movió.

Se ha de advertir que por estar los locutorios en construcción, no habíamos visto a nuestros parientes desde hacía un año. Como yo le hiciese más tarde el reproche de haber sido la única en faltar a la cita, me dijo que se había privado para mortificarse, añadiendo que este sacrificio le había costado mucho.

*

42 Algunas veces sentía ella verdadero deseo de echar una mirada al reloj del coro, durante la oración o en otras circunstancias. Se privaba siempre, y esperaba pacientemente a que sonase la hora: «Tengo prisa, es verdad, pero no adelanto nada con saber si faltan todavía cinco o diez minutos».

*

43 Soportaba con una paciencia de ángel y por espíritu de mortificación los excesivos cuidados que le prodigaba su primera de oficio en el Torno. Era una buena anciana, muy lenta y muy maniática, que le cuidaba sus manos llenas de sabañones y de grietas durante el invierno. Esta Hermana le envolvía los dedos uno por uno en una multitud de pequeñas vendas. Un día ya no quedaba libre más que la última falange del dedo meñique, ¡pero no tardó en ser amortajada como las otras! ¡Y, ante mi estupefacción, Sor Teresa reía!

*

44 Durante su enfermedad, nos trajeron una caja de almendras de bautismo (Nota 10) muy lindamente pintada. La ponderaron delante de ella, pusieron la caja sobre la mesa, no lejos de su lecho, olvidando enseñársela: ella se abstuvo de pedirla.

Sacrificios

45 Mi querida Hermanita me confió que a fin de excitar a la virtud a su compañera de noviciado, una Hermana conversa, a quien trataba de dirigir, fingió tener ella misma necesidad de toda una dirección cotidiana de los actos para adelantar en la perfección.

Cada día le ofrecían al Niño Jesús un don especial: a veces flores o frutos, a veces vestidos, o bien le hacían oír conciertos melodiosos con instrumentos de música que variaban sin cesar. Método que iba muy en contra de sus gustos de gran sencillez, pero al que se dedicaba con tanta gracia, que su compañera podía quedar persuadida de que esos estimulantes le eran necesarios a Sor Teresa.

*

46 Al principio mismo de mi vida religiosa, pasando en el jardín junto a una parra, le ofrecí algunos pequeños «pámpanos», que tanto gustábamos de chupar cuando éramos pequeñas. Pero los rehusó, diciendo que en el Carmelo estaba prohibida esta satisfacción que tantos recuerdos infantiles despertaba en ella. Insistí aquella vez -era un día de fiesta-, esperando que aceptaría en aquella ocasión lo que se le ofrecía. Todo fue inútil: «He prometido al Niño Jesús, me dijo, no gustar de los «pámpanos» de la parra sino en su Reino»

Amplitud de miras en la mortificación

47 Por el contrario, tuve ocasión de experimentar su amplitud de miras para no impedir a una postulante una distracción que podía causarle provecho. Cuando yo entré, me hizo observar que desde la ventana de nuestra celda se divisaba, a lo lejos, entre dos casas, la vía del ferrocarril, y me dijo: «Estaréis contenta de ver pasar el tren... ».

No me hizo ninguna alusión a la mortificación que habría consistido en privarme de este inocente placer. ¡Pero Dios tuvo a bien imponérmela, pues la construcción de un nuevo edificio me ocultó, casi en seguida, la vía del ferrocarril!

Sor Teresa no buscaba para mortificarse cosas extraordinarias, ni era de un rigorismo absoluto respecto a las satisfacciones permitidas. En esto, como en todo lo demás, procedía con sencillez y no rehusaba bendecir a Dios en sus obras. Así, gustaba de tocar los frutos, el melocotón en particular admirando su piel velluda; igualmente, de distinguir, unos de otros, los perfumes de las flores. Pero si hubiese sentido un placer natural, aun en estas cosas inocentes, ella se hubiera privado en seguida, lo cual hacía fielmente, puesto que en el momento de morir no tenía que reprocharse en su vida sino el haberse permitido, una vez y por un instante, el placer de respirar un frasco de agua de Colonia que le habían dado en un viaje.

INSTRUMENTOS DE PENITENCIA

48 Antes de su entrada en el Carmelo, Teresa se desvió deliberadamente de esta forma de mortificación. Ya religiosa, fue muy fiel a las ordenaciones de la Regla, y, en cuanto se le permitió, llevó los instrumentos de penitencia supererogatoria usados en el monasterio. Por mi parte, habiendo experimentado que cuando se lleva esta clase de objetos se evitan instintivamente muchos movimientos dolorosos, y que para la disciplina se atiesa una de suerte que se sufra menos, le revelé a mi virtuosa Hermanita mi experiencia, y ella exclamó:

«¡Ah! ¡A mí no me pasa eso! Juzgo que no vale la pena hacer las cosas a medias. Yo tomo la disciplina para hacerme daño, y deseo hacerme lo más posible». Me confesó que, a veces, le venían las lágrimas a los ojos, pero que se esforzaba por sonreír, a fin de no manifestar en su rostro la huella de los sentimientos de su corazón, gozosa de sufrir en unión con su Amado, para salvarle almas.

Sin embargo, había ella notado que las religiosas más inclinadas a las austeridades sangrientas no eran las más perfectas, y que aun el amor propio parecía encontrar un alimento en las penitencias corporales excesivas. Esto contribuyó no poco a mostrarle el peligro que en ellas había (Nota 11).

Nos decía que todas las penitencias corporales no eran nada comparadas con la caridad.

*

49 Durante su noviciado -lo supe en los últimos meses de su vida- una de nuestras Hermanas, habiendo querido hacerle el favor de sujetarle el escapulario por la espalda, le atravesó por descuido la epidermis con su gran alfiler, sufrimiento que ella soportó durante varias horas con alegría.